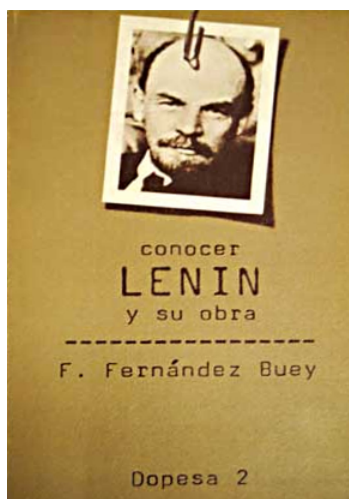


Conocer Lenin y su obra



Francisco Fernández Buey



La Caja de Herramientas
archivo.juventudes.org

Introducción

La emancipación de los trabajadores en la Rusia de principios de este siglo exigía una afirmación de la voluntad colectiva de cambio mayor aún, si cabe, que en los países de la Europa occidental. La vida y la obra de Vladímir Ilich Uliánov fue en gran medida fruto de esa voluntad colectiva de transformación de un régimen autocrático y a la vez elemento catalizador del deseo para su conversión en una estrategia rectamente dirigida hacia el objetivo de la toma del poder político por el proletariado industrial. En la exclusiva dedicación a la política revolucionaria que fue su vida desde 1894 hasta 1923 hubo una preocupación central, una verdadera pasión: elevar la consciencia de la clase más oprimida de aquella sociedad y organizarla.

Esa pasión tuvo, como es natural, diferentes fases, conoció diversos giros y se enriqueció con el conocimiento no sólo del movimiento obrero ruso sino también del de otras varias nacionalidades europeas. A la extensión de esas fases y a la importancia de los diferentes giros en la vida de Lenin se hace referencia con cierto detalle en los seis capítulos en que se ha estructurado este libro. Pero por encima del interés del estudio de esos giros y de los varios matices que en ellos es posible encontrar se ha puesto aquí el énfasis en lo que se considera como el hilo conductor de su pensamiento: el análisis de la naturaleza de la revolución rusa y la vinculación de ésta con las revoluciones europeas. Pues Lenin ha sido uno de los revolucionarios marxistas que más en serio se tomó la tantas veces repetida afirmación marxiana de que los obreros no tienen patria.

En el caso de Lenin, además, la preocupación por vincular la revolución rusa a las revoluciones de la Europa occidental no fue cosmopolitismo intelectual de literato incapaz de comprender los sufrimientos y las necesidades de la clase obrera del país de origen, sino verdadero internacionalismo. Por eso muchos años después de la revolución de octubre de 1917 el estudio de su obra sigue siendo obligado para todo aquel que sienta la necesidad de la emancipación de los trabajadores y que esté dispuesto a luchar contra la explotación de clase. Y ello pese a que la historia siguió un curso distinto en gran manera al que preveía el autor de El Estado y la revolución.

Por paradójico que pueda parecer, la combinación de estos dos hechos, a saber, el que las cosas se desarrollaran después de 1911 de manera distinta a la prevista en la teoría, y la orientación internacionalista de toda la obra de Lenin, da a muchas páginas de ésta una nueva actualidad en la Europa occidental.

Pero para recuperar a Lenin, para comprender lo que de universal hay en su obra y para valorar con verdad la actualidad de su pensamiento político también en la Europa occidental, hay que desprenderse al mismo tiempo del talante laudatorio y embalsamatorio de los varios “leninismos” que se impusieron a su muerte. Esto implica tener presente en todo momento que su obra, incluida aquella parte de la misma escrita como presidente del consejo de los comisarios del pueblo de la república soviética, fue esencialmente una obra polémica, nada sistemática; una obra, por tanto, cuyo conjunto es complejo y en el que para conocer cada pieza es preciso saber la fecha en que fue redactada, el debate que la originó y hasta la personalidad del contradictor o de los contradictores del momento.

Desde ese punto de vista, recuperar a Lenin hoy quiere decir sobre todo añadir a la autocrítica del último Lenin, parcialmente distanciado del ejercicio del poder, la autocrítica del leninismo.

Cronología

- 1870 Nacimiento de Vladímir Ilich Ulánov en la ciudad de Simbirsk (22 de abril).
- 1879 Ingresa en el liceo de Simbirsk dirigido por Fédor Kerenski (1 de septiembre).
- 1886 Muerte del padre (enero).
- 1887 Ejecución del hermano mayor, Alejandro.
- 1888 Se inscribe en la universidad de Kazán (septiembre), de la que es expulsado (diciembre).
- 1889 Lee el volumen primero del *Capital*.
- 1891 Entra en relación con los populistas de Samara. Es autorizado a examinarse por libre en la universidad (abril).
- 1892 Se le autoriza a ejercer la abogacía (julio). Primeras disputas con los populistas.
- 1893 Sale de Samara para establecerse en Petersburgo como pasante del jurista Wolkenstein.
A propósito del llamado problema de los mercados.
- 1894 Conoce a Nadia Krupskaia (febrero).
Quiénes son los Amigos del Pueblo.
- 1895 Viaja a Suiza, París y Berlín.
Federico Engels, artículo necrológico.
- 1896 Es detenido por la policía (diciembre).
- 1897 Es condenado a tres años de destierro en Shushénskoie.
¿A qué herencia renunciaremos?
- 1898 Primer congreso del Partido Obrero Socialdemócrata ruso (marzo), en la ciudad de Minsk. Contrae matrimonio con Nadia Krupskaia (10 de julio). Termina la deportación en Shushénskoie (enero). Convoca una conferencia del partido en Paskov (abril en la que recibe el encargo de salir para el extranjero). Aparece el primer número de *Iskra* (diciembre). Se establece inicialmente en Munich.
- 1899 Publica *El desarrollo del capitalismo en Rusia*.
- 1900 Termina la deportación en Shushénskoie (enero). Convoca una conferencia del partido en Paskov (abril en la que recibe el encargo de salir para el extranjero). Aparece el primer número de *Iskra* (diciembre).
- 1901 Se establece inicialmente en Munich.
- 1902 Escribe *Qué hacer y El programa agrario de la socialdemocracia rusa*. Traslado de la redacción de *Iskra* a Londres. Encuentro con Trotski.
- 1903 Celebración del II Congreso del POSDR en Bruselas y Londres (julio-agosto). Lenin sale de la redacción de *Iskra*.
- 1904 Encuentro con Bogdánov. Preparación de un nuevo periódico con ayuda de Gorki.
Un paso adelante, dos pasos atrás.
- 1905 Sale el primer número del nuevo periódico, *Vpered* (Adelante) el 4 de enero.
Primeros brotes revolucionarios en Rusia: «domingo sangriento» (9 de

- enero).
- III Congreso del POSDR en Londres (abril): Lenin entra en conflicto con una parte de los funcionarios de los comités bolcheviques.
- Dos tácticas de la socialdemocracia en la revolución democrática.
- Formación de los primeros soviets de diputados obreros (octubre). Lenin en Petersburgo. Insurrección en Moscú (diciembre).
- Conferencia de Tamerfors (Finlandia).
- Sobre la reorganización del partido.
- 1906 Elecciones a la primera Duma (marzo), que sería disuelta unos meses después.
- IV Congreso del POSDR en Estocolmo: unificación de las fracciones bolchevique y menchevique.
- Nace *Proletarii*, nuevo periódico de los bolcheviques (agosto).
- 1907 Elecciones a la II Duma (enero)
- Congreso del POSDR en Londres (abril-mayo) con mayoría bolchevique.
- 1910 Nuevo viaje a Capri a la casa de Gorki (agosto). Se traslada a Copenhague para asistir al congreso de la II Internacional. Viaja a Estocolmo, donde ve a su madre por última vez.
- Notas de un publicista.
- 1911 Conoce a Inés Armand.
- Creación de una escuela de formación de cuadros bolcheviques en los alrededores de París con la colaboración de Inés Armand.
- Asiste en Zurich a la conferencia de la Oficina Internacional Socialista (septiembre).
- En memoria de la Comuna.
- 1912 Conferencia de Praga de la fracción bolchevique en la que adopta el nombre de POSDR (b). Polémica con Trotski sobre la unidad de los socialdemócratas.
- Nace Pravda.
- Lenin se traslada a Cracovia para seguir más de cerca los acontecimientos de Rusia (verano).
- 1908 Lenin vuelve a establecerse en Ginebra con la intención de editar allí *Proletarii*.
- Conflicto con Bogdánov sobre cuestiones filosóficas. Prepara *Materialismo y empiriocriticismo*. Viaja a Capri (mayo) para entrevistarse con Gorki y Bogdánov.
- Trabaja en la biblioteca del Museo Británico.
- 1909 Vive en París (desde principios de diciembre del año anterior). Trabaja en redacción del *Sotsial-Demokrat*, órgano del partido. Tiene que retirarse a descansar en dos ocasiones por agotamiento nervioso.
- Sobre la fracción de los abstencionistas y de los Constructores de Dios.
- Enfrentamiento con Bogdánov en la redacción de *Proletarii* en París.
- Contra el boicot.
- 1913 Escribe *Notas críticas sobre la cuestión de las nacionalidades*.
- 1914 Declaración de guerra de Alemania a Rusia (agosto). Lenin publica un manifiesto contra la guerra y crítica a los socialdemócratas alemanes.
- Es detenido durante algunos días en Polonia y obligado a abandonar el país. Se traslada a Berna. *Sobre el derecho de las nacionalidades a la autodeterminación, La guerra y la socialdemocracia, Karl Marx* (para la Enciclopedia Granat).

- 1915 Rompe definitivamente con la II Internacional. Conferencia de Zimmerwald (septiembre), en la que cuaja la corriente internacionalista de Lenin. Escribe varios artículos sobre la bancarrota de la II Internacional.
- 1916 Trabaja en la preparación de *El imperialismo, estadio superior del capitalismo*, cuya redacción termina en junio.
Enfermedad de Krupskaja (julio-agosto).
El programa militar de la revolución proletaria.
- 1917 Comienza la revolución rusa (febrero).
Importante conferencia de Lenin sobre la Comuna de París (18 de marzo).
Cartas desde lejos.
Parte hacia Rusia (29 de marzo) vía Estocolmo.
Tesis de abril.
Intervención de Lenin en el I Congreso panruso de los soviets (junio).
Importantes manifestaciones en Petrogrado (junio/julio): se impone la consigna bolchevique de «Todo el poder a los soviets». Lenin en la clandestinidad, escribe *El estado y la revolución*.
Llamada a la insurrección (octubre).
Los bolcheviques toman el poder.
Lenin, presidente del Consejo de los Comisarios del Pueblo.
Negociaciones germano-rusas sobre la paz.
- 1918 Importantes diferencias en el CC del PC(b) sobre la paz con Alemania.
Ultimátum de Alemania al gobierno de los soviets (febrero).
Firma del Tratado de Brest-Litovsky (marzo). Traslado de la capital rusa a Moscú.
Generalización de la guerra civil, ataque japonés y atentado contra Lenin (agosto).
La revolución proletaria y el renegado Kautsky, Las tareas inmediatas del poder soviético.
- 1919 I Congreso de la III Internacional (marzo). Polémica sobre la caracterización del estado soviético en el VII Congreso del PC(b).
Continuación de la guerra civil en Rusia. Conferencias de Lenin sobre el estado en la universidad Sverdlov (julio). Publica *Las elecciones a la Asamblea Constituyente y la dictadura del proletariado*.
- 1920 Victoria sobre las tropas de Denikin en Siberia.
IX Congreso del PC(b), consagrado principalmente a las cuestiones económicas. Polémica sobre la dirección unipersonal o colegiada.
Lenin publica La enfermedad infantil del izquierdismo en el comunismo.
Debate con Trotski sobre la cuestión de los sindicatos (desde noviembre).
- 1921 Insurrección de Cronstadt (finales de febrero). El IX Congreso del PC(b) prohíbe las fracciones en el partido.
III Congreso de la IC, que propugna el frente obrero único.
Enfermedad de Lenin (diciembre).
Nueva política económica.
- 1922 Lenin presenta un importante informe en el XI Congreso del PC(b) a finales de marzo.
Stalin secretario general del partido (abril). Agravación de la enfermedad de Lenin (mayo). Pero reanuda el trabajo (octubre) y presenta un informe en el IV Congreso de la IC (noviembre): «*Cinco años de la revolución*»

- rusa y perspectivas de la revolución mundial».*
Sobre el significado del materialismo militante. Último discurso de Lenin (20 de noviembre). El 13 de diciembre sufre un nuevo ataque que le obliga a abandonar definitivamente sus tareas de estadista.
Carta al Congreso (dictada a finales de diciembre). Es el «testamento político» de Lenin.
- 1923 Dicta un postscriptum a la carta anterior en el que recomienda desplazar a Stalin (4 de enero). Escribe a Trotski.
Sobre la cooperación, Nuestra Revolución, Cómo tenemos que reorganizar la inspección obrera y campesina, Más vale poco y bueno.
Se traslada a una casa de campo en el pueblo de Gorki (cerca de Moscú), donde permanece desde mayo.
- 1924 El 21 de enero, tras una agravación súbita de la enfermedad, muere Lenin en Gorki.

Arrancar de nuestra aldea las flores imaginarias que la adornan

Cuando en el verano de 1893 Vladímir Uliánov deja la casa materna de Samara para ir a establecerse como pasante del abogado Wolkenstein, en San Petersburgo, era todavía un joven de veintitrés años en el que sin embargo se advierten ya los rasgos de una madurez inequívoca. Las personas que le conocieron y le trataron mediada la década de los noventa coinciden en resaltar que su físico daba la apariencia de un hombre considerablemente mayor de lo que en realidad era. Y, sin duda, la calvicie incipiente, la barbilla rojiza, la mirada escrutadora y penetrante en un rostro concentrado y siempre alerta abonan esa impresión de sus interlocutores de entonces. Pero los índices de la maduración no son en este caso solamente físicos. Para hacerse una idea de la temprana plenitud intelectual de Vladímir Uliánov basta con recordar que a los veinticuatro años ha escrito ya un texto como *Quiénes son los “Amigos del Pueblo”*, en el cual además de una documentada refutación de la sociología populista hay algunos de los mejores esbozos metodológicos de la historia del marxismo, o que antes de los treinta ha publicado una obra de investigación de las dimensiones del *Desarrollo del capitalismo en Rusia*.

Los golpes de la vida durante la adolescencia, suele decirse, forman. En menos de dos años, entre 1886 y 1887, Vladímir tuvo la oportunidad de conocer en la carne de los suyos toda la brutalidad de la autocracia zarista: la muerte del padre, en gran parte como consecuencia de una jubilación forzada, inesperada y represiva, el ahorcamiento del hermano, Alejandro, tras un atentado fallido contra el zar, y su propia expulsión de la universidad apenas iniciados los estudios de derecho, acusado de actividades subversivas. Lenin casi nunca ha hablado o escrito sobre sí mismo, sobre su vida privada, por lo que no es fácil saber en qué forma interiorizó esos acontecimientos. Pero a juzgar por los recuerdos de quienes convivieron con él durante cierto tiempo, particularmente de Nadia Krupskaja, la impresión de aquellas dolorosas experiencias de la adolescencia dejó profundas huellas en la personalidad de Vladímir Uliánov. Su odio a los liberales, su desprecio por los intelectuales académicos le vino muy probablemente de ahí, de la comprobación del aislamiento en que los colegas y amistades del padre dejaron a su familia después de la muerte de aquél y de la ejecución de Alejandro.

Cierto es que en esos mismos golpes tempranos de la vida, así como en otros derivados del constante batallar político en las catacumbas del zarismo o en la infelicidad del exilio, se puede ver también la raíz de esa punta de exagerada intransigencia del Lenin estadista que, según cuentan, “heló la sangre en las venas” a Lord Bertrand Russell y que, más recientemente, indujo a un profesor liberal inglés a caracterizarlo como un “monstruo sombrío”. En cualquier caso, y por lo que hace a ese rasgo del carácter de Lenin —la intransigencia hasta la exageración— señalado en los recuerdos de amigos y enemigos, parece conveniente seguir el consejo de Bertolt Brecht y pensar con indulgencia en quien no pudo ser amistoso de tanto luchar contra la bajeza y la injusticia social. Pero en esa indulgencia ha de caber también la comprensión de un estado de ánimo como el experimentado por Bertrand Russell ante la risa de Lenin en 1920, pues no puede olvidarse que una sensación en cierto modo similar había sufrido Krupskaja ante esa misma risa muchos años antes, durante su primer encuentro con el joven marxista del Volga. Y el talante de Krupskaja no era precisamente el propio de un profesor liberal inglés.

No había llegado aún la primavera de 1894. Aunque parcialmente debilitados se

hacían sentir todavía los estragos de la gran sequía del invierno del noventa y uno al noventa y dos que había asolado gran parte de las zonas rurales rusas, y en los círculos revolucionarios se comentaban las consecuencias del hambre de los campesinos, la espontánea reacción de no pocos de ellos ocupando fincas en busca de alimentos para subsistir mientras la construcción del ferrocarril Transiberiano, obra paradigmática de la industrialización rusa de la época, ponía el contrapunto a la ruina del campo. La Europa occidental está saliendo de la fuerte depresión económica de las últimas décadas: el sindicalismo crece, los obreros industriales se organizan, los partidos obreros toman cuerpo y ven aumentar de modo considerable el número de los afiliados. En Rusia, los marxistas tratan de explicar la contradictoria evolución de la sociedad en que viven, persuadidos de que la crítica moral del capitalismo y de la industria maquinista resulta insuficiente y falsea las relaciones entre la ciudad y el campo idealizando las tradiciones de la vieja aldea; buscan la relación con el proletariado de las fábricas, establecen contactos en la clandestinidad tratando de evitar la sombra de los agentes de la policía zarista que se cierne sobre ellos; esbozan proyectos de actuación política que les saquen de los círculos cerrados y les permitan entrar en relación con los problemas sentidos por las masas.

Fue en una de aquellas innumerables reuniones para encontrar el camino de actuación de los revolucionarios marxistas de San Petersburgo donde Krupskaja conoció a Vladímir Uliánov, el joven marxista llegado del Volga. Uliánov acababa de escribir uno de sus primeros folletos en el que hacía la crítica de las ilusiones románticas sobre la futura evolución de la vieja Rusia campesina y combatía también, aunque en menor medida, el fatalismo inactivo de aquellos otros que, llamándose marxistas, ponían todas sus esperanzas en el mecánico desarrollo de aquella sociedad hacia el capitalismo siguiendo miméticamente los pasos recorridos por la civilizada Europa.

Allí, en la casa de un ingeniero llamado Klasson, miembro del mismo grupo de estudios en el que trabajaba, Krupskaja vio a Lenin por primera vez y oyó su risa: *Recuerdo especialmente bien un momento de aquella reunión. Estábamos discutiendo la línea a seguir y parecía no haber un acuerdo general. Alguien dijo que lo más importante era trabajar en los comités contra el analfabetismo. Vladímir Ilich se rió con una risa fea que nunca más le oí, y comentó con ironía: «¡Muy bien. Quien crea que la patria puede salvarse con comités contra el analfabetismo que empiece a trabajar en eso!»*¹.

En aquella reunión, como en tantas otras por lo demás, no hubo acuerdo. Si se tiene en cuenta la obsesión de ese mismo Lenin, durante los últimos años de su vida, por el tema de la lucha contra el analfabetismo y en favor de la instrucción y de la revolución cultural, habrá que coincidir con Krupskaja en que aquel sarcasmo de 1894 era, por lo menos, feo. Pero la anécdota indica muy bien el rasgo diferenciador de la formación de Vladímir Uliánov respecto de los otros miembros del círculo revolucionario y permite adelantar el sentido de sus preocupaciones sociales y políticas durante esa época de su vida que se extiende desde la llegada a San Petersburgo hasta los comienzos de 1900, cuando, cumplida ya la pena de destierro en la aldea siberiana de Shushénskoie, se apresta a abandonar Rusia para organizar el partido desde el exilio.

La formación de Vladímir Uliánov durante ese arco de tiempo estuvo marcada por al menos tres acontecimientos bastante decisivos para su vida de teórico hombre de acción al servicio de la causa revolucionada. En primer lugar por el viaje que en 1895 hizo a Ginebra, París y Berlín; pues en su transcurso trabó conocimiento con los

¹ En N. KRUPSKAJA, *Mi vida con Lenin*, Barcelona, Madrágora, 1976, págs. 8-9.

principales marxistas rusos exiliados, señaladamente con Plejánov y Axelrod, pudo darse cuenta de las dimensiones reales de la incipiente socialdemocracia rusa organizada en el grupo que llevaba por nombre *Emancipación del Trabajo* y tuvo además la oportunidad de contemplar de cerca por primera vez las costumbres y las actividades del proletariado industrial europeo-occidental así como, sobre todo, de su modélica vanguardia en la época: la socialdemocracia alemana, el partido de Engels, de Kautsky, de Bebel...

En segundo lugar, por su detención a finales de 1896. En las condiciones de la lucha política clandestina en la Rusia zarista la detención por la policía era una especie de prueba del fuego en la que había que mostrar la capacidad del revolucionario. Vladímir Uliánov la pasó con tanto éxito como sus exámenes en la Facultad de Derecho de San Petersburgo: la policía no logró encontrar la maleta llena de folletos de propaganda que Lenin trajo consigo de su viaje al extranjero; tampoco consiguió ninguna información del detenido sobre las actividades de los marxistas en el país. Ésta fue la declaración de Lenin:

«Me llamo Vladímir Ilich Uliánov. No me considero culpable de pertenecer al partido socialdemócrata ni a ningún otro. Ignoro la existencia de un partido antigubernamental cualquiera. No he hecho propaganda antigubernamental entre los obreros. En cuanto a las pruebas de convicción que me son presentadas, debo explicar que el llamamiento a los obreros y el informe de una huelga [se trata de la huelga general de los trabajadores del textil que se desarrolló durante el verano de ese mismo año] fueron hallados en mi casa por casualidad. Los tomé para leerlos en casa de una persona cuyo nombre no recuerdo. La factura que se me presenta fue redactada por una persona cuyo nombre no deseo decir y que me encargó la venta de los libros mencionados... A la pregunta que se me ha hecho sobre mis relaciones con el estudiante Zaparotetz contesto que, de una manera general, no deseo hablar de mis relaciones a fin de no comprometer a nadie»².

Hay finalmente, en tercer lugar, otro hecho ocurrido en ese período y que habría de tener transcendental importancia para la vida de Vladímir Uliánov: su unión con Nadia Krupskaja, en julio de 1898, durante el destierro en la aldea de Shushénskoie. Desde entonces, casi sin interrupción hasta 1924, Nadia sería la compañera infatigable de Lenin: la copista del *Desarrollo del capitalismo en Rusia*; la organizadora material de las innumerables casas por las que la pareja pasó, en Munich, en Londres, en Ginebra, en París, en Berna, en Cracovia, en Petersburgo, en Moscú; la secretaria de varios de los periódicos que Vladímir Uliánov dirigió en el exilio; la estafeta de la organización socialdemócrata rusa en el exilio; el enlace de Lenin con diferentes círculos revolucionarios; el único apoyo moral en tantas ocasiones como el dirigente bolchevique se quedó solo en las repetidas y agobiantes reuniones del núcleo central del partido o de los comités de redacción de las varias revistas en que colaboraba; la compañera de marcha en las excursiones a la montaña después de cada uno de los periódicos agotamientos nerviosos de Vladímir; la amiga vigilante que trata de defender la voluntad del compañero frente a las ingerencias de Stalin y la precipitación de los médicos cuando Lenin, paralizado, vive los últimos meses de su vida.

Así, pues, en los años en que Vladímir Uliánov compone sus primeros escritos económico-políticos, con anterioridad a la preparación de los materiales que servirían de base para su obra culminante de este período, *El desarrollo del capitalismo en Rusia*, contaba ya con una experiencia vital y con un bagaje cultural de considerable solidez

² Esta declaración de Lenin ante los funcionarios de la policía zarista ha sido recogida por G. WALTER, *Lenin*, Barcelona, Ediciones Grijalbo, 1967, pág. 51.

para un joven de su edad. Ha conocido las costumbres y tradiciones de los campesinos, así como el papel del capital comercial y usurario en el campo, administrando la propiedad de su madre en Samara; tiene la instrucción universitaria del jurista de la época complementada por el deseo de autosuperación del joven estudiante al que la represión política ha expulsado de los estudios superiores; ha advertido por el contacto directo con los obreros de la industria de Petersburgo la voluntad de conocimiento y de transformación social que anida en las clases dominadas; ha leído ya algunas de las más interesantes aportaciones del marxismo a la ciencia de la sociedad, particularmente el tomo primero del *Capital*, el *Anti-Dühring* de Erigels, la crítica marxengelsiana a los jóvenes hegelianos; y, sobre todo, se ha ido imponiendo en el conocimiento global de la historia y de la realidad presente de la economía rusa.

Tales son las armas con que Lenin entra en la batalla teórico-política de la época. El rasgo externo central de sus escritos económico-políticos de entonces (y de toda la producción leniniana) es la polémica, la controversia, en este caso con los defensores del populismo³ y con el grupo de intelectuales a los que más tarde se daría el nombre de *marxistas legales* para diferenciarlos de aquellos hombres que, como el propio Vladímir Uliánov, se inspiraban en el marxismo para “luchar efectivamente” contra la autocracia y por el socialismo desde la única posición de verdad posible entonces, esto es, desde la ilegalidad de los círculos clandestinos. Tema fundamental de aquella controversia de los años noventa en Rusia era éste: el futuro desarrollo económico-social del país. O enunciado más precisamente, con palabras del propio Lenin en su primer escrito de importancia:

¿Puede el capitalismo desarrollarse plenamente en Rusia donde la masa del pueblo es pobre y continúa empobreciéndose cada vez más? La ruina del campesinado, ¿no mina el mercado interior, amenaza con estrangularlo por completo y hace imposible la organización del orden capitalista? ¿Es posible en Rusia el pleno desarrollo del capitalismo?

A esa pregunta los más destacados economistas y sociólogos del populismo contestaban poniendo en primer plano el aspecto moral abstracto del asunto. Por su conocimiento del proceso de transición desde el feudalismo al capitalismo en varios de los países de la Europa occidental aquellos economistas y sociólogos, que se definían como socialistas, sabían de los horrores que la expoliación de los cultivadores, base material de todo ese proceso, conllevó especialmente en Inglaterra. Sabían también de los rasgos particularmente inhumanos que en esos mismos países tuvo y estaba teniendo la introducción y generalización de la gran industria maquinista. Por ello, para evitar a la población campesina rusa los enormes traumas físicos y psíquicos por los que tuvieron que pasar los agricultores de Occidente, veían en la salvación de la comuna rural tradicional, y su reorientación en un sentido socialista, la única vía de salida.

Pues, en efecto, el hecho de que la comuna rural tradicional siguiera conservando como rasgo característico una forma de usufructo colectivo de la tierra por los campesinos, incluso después de la reforma de 1861 que abolió la servidumbre, parecía ser un dato que daba plausibilidad a la hipótesis de una vía no-capitalista hacia lo que aquellos teóricos llamaban el socialismo comunal. En apoyo de dicha hipótesis los economistas populistas solían aducir el carácter extranjero, extraño como un injerto,

³ Para la evolución seguida por el populismo ruso conviene leer el excelente estudio de F. VENTURI, *II populismo russo*, Turín, Einaudi, 1952 (hay traducción castellana). Una exposición más detallada de la controversia entre populistas y marxistas rusos puede verse en el capítulo III del libro de ANDRZEJ WALICKI, *Populismo y marxismo en Rusia*, Barcelona, Estela, 1971.

de la adopción de las primeras medidas capitalistas en Rusia, la inexistencia o debilidad de un mercado interior propio y la resistencia del mismo campesinado frente a lo que se denominaba “descampesinización”. Desde un punto de vista teórico más general los sociólogos de aquella corriente trataban de reforzar el análisis de los economistas con la consideración de que los sucesos históricos son siempre únicos e irrepetibles, y con la generalización de la creencia en que, de todas formas, los factores subjetivos (en este caso, la idiosincrasia del campesino ruso) juegan un papel decisivo en la historia modificando constantemente las denominadas leyes objetivas del desarrollo económico-social.

Partiendo de la idea de que el sedicente progreso del capitalismo era en realidad una nueva forma de barbarie, pero sin despreciar de modo unilateral el papel productivo de la técnica, los populistas rusos de los años noventa llegaban a la matizada conclusión de que, dadas las particularidades de la estructura económica y social de aquel país, resultaba en cualquier caso imposible un desarrollo capitalista orgánico y normal. Ese razonamiento, sin embargo, no tenía por qué conducir necesariamente a un programa político de contenido reformista y de orientación liberal. De hecho, en las décadas anteriores, el populismo había deducido de esas mismas premisas una actuación revolucionaria centrada sobre todo en el terrorismo y en la organización rígidamente conspirativa, nada reformista.

Lo cierto es, en cambio, que en el momento en que Lenin polemiza con esa corriente el fracaso de los métodos terroristas, él desplazamiento de la llamada burguesía liberal hacia el compromiso con el zarismo y la misma convicción de que, pese a los esfuerzos subjetivos y los frenos objetivos complementarios, la introducción del capitalismo y la crisis del campo seguían su avance, había conducido ya a una parte importante del populismo hacia una utópica política de colaboración de clases según la cuál toda la sociedad (incluidos los aparados del estado) debían centrarse en salvar lo todavía salvable de las virtudes e instituciones tradicionales. Política ésta cuyo destinatario principal, diría Lenin, no podía ser ya más que una parte de la población campesina: la pequeña y media burguesía rural.

Pero para comprender plenamente la acritud de los términos entonces empleados por Vladímir Uliánov contra los populistas hay que tener en cuenta que éstos habían mantenido constantes relaciones, así como una importante correspondencia, con Marx y con Engels acerca del problema ruso, y que, precisamente, en su controversia con los marxistas legales e ilegales acostumbraban a argumentar que en ciertos aspectos los marxistas occidentales estaban más cerca de ellos mismos que de los marxistas rusos. La crispación de Vladímir Uliánov tanto en *Quiénes son los “Amigos del Pueblo”* como en otros escritos de los años noventa y cuatro al noventa y nueve no es ajena a ese argumento.

Efectivamente, de un lado, algunos marxistas de la Europa occidental, principalmente alemanes, tendían a destacar con gran énfasis eurocentrista, no exento a veces de nacionalismo, la particularidad diferenciadora del caso ruso por comparación con las tradiciones liberales europeas, de acuerdo en esto con una concepción del “progreso” sumamente estrecha, muy de la época, pero no por ello menos dependiente de la ideología liberal burguesa. De otro lado, una buena parte de los primeros marxistas rusos de formación académica tendían a ver en la obra de Karl Marx una concepción suprahistórica de validez general para todo tipo de sociedad y estimaban, más particularmente, que el volumen primero del *Capital* contenía en esquema las leyes fatales del desarrollo de cualquier economía precapitalista al capitalismo de la gran industria maquinista, en concordancia con el modelo histórico inglés. Pues si bien la historia de la sociedad inglesa había servido como ilustrador principal del esquema teó-

rico del *Capital* aquellos filomarxistas consideraban que el “sobre ti cuenta el cuento” dirigido por Karl Marx explícitamente a los alemanes era también aplicable a los rusos. De todo lo cual y de la evidente evolución que se había producido en su país desde comienzos de la década de los sesenta deducían que por mucha subjetividad que las fuerzas revolucionarias desarrollaran y pese a la innegable presencia de los residuos precapitalistas, nadie podía salvar a la sociedad rusa de seguir un camino semejante al ya emprendido por las sociedades europeas.

Por último, la evolución del propio Marx durante los diez últimos años de su vida, su innegable giro hacia una consideración más matizada y equilibrada, menos optimista, del progreso capitalista, así como su mismo preocupado interés por los modos de producir anteriores a los propios de las sociedades burguesas (preocupación principalmente por las formas de organización de la comuna rural rusa), parecía abonar la tesis populista de que existía una importante divergencia de criterios entre los marxistas occidentales y los rusos.

En ese complejo contexto de interpretaciones esquemáticas e instrumentalizaciones forzadas del pensamiento de Marx, lo cual había hecho declarar a éste “yo no soy marxista”, se enclavan los primeros tanteos teóricos de Lenin. En su polémica con los populistas, Vladímir Uliánov no niega en sustancia la realidad de las diferencias entre los marxistas occidentales y rusos o entre los mismos marxistas rusos. En cambio, prácticamente hasta 1900 prefiere velar y quitar hierro a esas diferencias por motivos de táctica política, esto es, con la consideración de que por entonces todavía era posible la unificación de *todos* los marxistas rusos en un solo partido socialdemócrata. En esas condiciones, siguiendo un método que habría de caracterizarle toda la vida como polemista, decide pasar al ataque y resaltar implacablemente todas y cada una de las contradicciones del populismo, tanto por lo que hace a la fundamentación filosófica del mismo como en lo que respecta a su interpretación del desarrollo del capitalismo en Rusia.

Ese pasar al ataque se ve además favorecido desde el punto de vista formal por el oportunismo con que Mijailovski y Krivenko (principales teóricos populistas discutidos por Lenin) actuaban en esos años. Así Vladímir Uliánov puede cargar las tintas en la utilización unilateral de una correspondencia con Marx que procedía de un momento en el que el populismo era *todavía* un movimiento de orientación revolucionaria, en la crítica de la denuncia, en sustancia policíaca, que aquellos teóricos habían hecho de los círculos marxistas ilegales *desde la prensa legal*, o en su ilusoria exigencia de colaboración entre las clases para mantener la comuna rural. De este modo el poso de verdad teórica, la verdad a medias contenida en la argumentación de los populistas, se mostraba a la luz de la práctica política inmediata como una miserable falsedad.

Pero más allá de la polémica aunque arrancando de ella, como ya hiciera Engels al criticar a Eugen Dühring, Vladímir Uliánov tenía que definirse de forma positiva ante una serie de cuestiones de tanta enjundia teórica y práctica como esas mencionadas. Y, en efecto, en sus trabajos de este período hay ya una caracterización positiva del materialismo histórico, una idea propia acerca de la actualidad y del futuro del desarrollo del capitalismo en Rusia y también un esbozo de programa político revolucionario alternativo a la actividad conciliadora de populistas y marxistas legales.

Se ha dicho ya antes cuáles habían sido las lecturas del joven Vladímir Uliánov en su camino hacia el marxismo. Pues bien, basándose en ellas y de forma especial en el volumen primero del *Capital*, en el *Anti Dühring*, en el prólogo a la *Contribución a la crítica de la economía política*, así como en el *Manifiesto Comunista*, construye una interpretación del materialismo histórico bastante pregnante y no exenta de cierta ori-

ginalidad si se la compara con lo producido hasta entonces por los teóricos de la Segunda Internacional; una interpretación en la que, poniendo el énfasis en la importancia del marxismo como ciencia de lo social no se olvida, sin embargo, su otro rasgo complementario: el de ser fundamentación de un programa político revolucionario al servicio de una clase. En su visión de entonces del materialismo histórico el joven Lenin privilegia el concepto de “formación económica y social” considerándolo como categoría central de la obra de Marx; evita dar una definición de ese concepto que lo tecnifique, y declara que la idea fundamental de Marx fue precisamente mostrar que el desarrollo de las formaciones económico-sociales es un proceso histórico-natural para cuyo estudio hay que dar primacía al análisis de las relaciones de producción como relaciones esenciales.

Esa idea es, para el Lenin de *Quiénes son los “Amigos del Pueblo”*, un descubrimiento que ha permitido revolucionar la sociología y elevarla al grado de ciencia social, puesto que permite introducir en el estudio del acontecer histórico *un criterio objetivo* para diferenciar, en la confusa amalgama que son los fenómenos sociales, aquello que es esencial de lo secundario o inesencial. Al partir de las relaciones de producción como factor explicativo de ese conjunto que es la realidad social, el materialismo histórico permitía aplicar el criterio científico de *la reiterabilidad y regularidad de los fenómenos sociales*; lo cual, a su vez, implicaba la posibilidad de pasar desde la mera descripción de aquellos mismos fenómenos a una consideración rigurosamente científica. En ese punto Vladímir Uliánov rinde culto al lugar común de los teóricos marxistas de la época según el cual Marx era el Darwin de las ciencias sociales y *El Capital* el estudio equivalente en ese plano de lo que representaba *El origen de las especies* para el ámbito de las ciencias naturales.

Tal era, en la versión del joven Lenin, *el esqueleto del Capital*. Pero, solventando al mismo tiempo un objetivismo estrecho al que podía conducir la acentuación unilateral de la crítica de la sociología subjetivista, añade inmediatamente después dos matizaciones notables. La primera es que Marx se dedicó al análisis de *una sola* formación económico-social, la formación capitalista; de donde concluye que, como ese no es un esquema histórico-filosófico obligatorio para todos los casos, resulta absurdo el argumento de que en Rusia debe haber capitalismo porque lo ha habido en Occidente. La existencia y el hipotético desarrollo del capitalismo en Rusia tiene que probarse, por tanto, *mediante un estudio particular al respecto*.

La segunda matización de interés que introduce el joven Lenin en ese esquema general es que el marxismo *no reduce* toda la vida social a la base económica de la misma, sino que sencillamente *retrotrae para su explicación* las diversas manifestaciones sociales a la estructura en que se fundamenta la formación económico-social, esto es, a las relaciones en que los hombres producen. Por eso, y a partir de ahí, no se contenta con el “esqueleto” sino que “recubre a éste de carne y le inyecta sangre” estudiando las sobreestructuras correspondientes a esas relaciones de producción⁴. En esta metáfora del esqueleto (=base económica) al que se recubre de carne y se le inyecta sangre (=sobreestructuras) se continúa y en cierto sentido concluye la comparación un tanto naturalista de las formaciones sociales con organismos vivos. Y tiene interés indicar aquí que en tal metáfora hay una cierta reducción de los conjuntos sociales, de las totalidades que son las sociedades concretas, así como una separación excesiva de las partes que componen el todo, porque la unilateralidad de ese esquema (conservado

⁴ Para completar ese esquema de la concepción que el joven Lenin tenía del materialismo histórico, esquema que ha sido tomado de *Quiénes son los «Amigos del Pueblo»*, conviene leer también su artículo titulado «Federico Engels» (1895), en *Obras Escogidas*, tomo 1, págs. 53-60.

por Lenin durante muchos años) es uno de los factores que explican sus dificultades en 1905 para captar la naturaleza de la sociedad y de la revolución rusas.

De todas formas, lo esencial de momento es indicar que, aun sin diferenciar demasiado bien en ese concepto de formación económico-social entre el estudio de toda una civilización como la capitalista y el análisis particularizado de una sociedad determinada, Vladímir Uliánov supo entrever ya a los veinticuatro años que lo importante no era ponerse a discutir acerca de las minucias académicas sobre ese concepto, o acerca de los matices de una determinada carta de Marx sobre la comuna rural rusa escrita veinte años antes, sino *investigar* en qué situación real, concreta se hallaba entonces la sociedad en que vivía. Y así lo dice explícitamente:

Para dar respuesta a la cuestión planteada nos ha parecido insuficiente aducir hechos que hablan de la formación y crecimiento del mercado interior [en Rusia], pues hubiera podido objetarse que esos hechos habían sido elegidos de manera arbitraria y que se omitían los hechos que hablaban de lo contrario. Nos ha parecido necesario examinar e intentar exponer todo el proceso del desarrollo del capitalismo en Rusia en su conjunto.

De esa consideración y de ese modo de entender el materialismo histórico nació, precisamente, *El desarrollo del capitalismo en Rusia*, cuyo subtítulo. “El proceso de la formación de un mercado interior para la gran industria”, indica con claridad los objetivos de la investigación de Lenin y su limitación temática. La obra se inicia con un capítulo de orientación teórica general cuyo núcleo central lo constituye una recuperación de la teoría de Marx acerca de la realización de plusvalía en el capitalismo, para, desde ella, refutar la tesis populista según la cual la combinación de factores como la ruina del campesinado, la falta de un mercado exterior y, consiguientemente, la imposibilidad de realizar la plusvalía operaban sobre el mercado interior ruso reduciéndolo y minando la base para el desarrollo del incipiente capitalismo.

En su investigación Lenin defiende que la realización de la plusvalía no puede hacerse depender de la existencia del mercado exterior; muestra que la ruina del campesinado, esto es, su desintegración como clase favorece precisamente el desarrollo del capitalismo; señala las diferentes etapas por las que ha pasado el mercado interior ruso desde la reforma campesina de 1861; valora los datos estadísticos sobre el crecimiento de la industria y la aplicación de maquinaria a la agricultura; y concluye que, pese a los factores que frenan esa evolución, la vía capitalista en Rusia es inevitable y su progresión sensiblemente semejante, aunque más lenta, a la seguida por los países de la Europa occidental.

En lo que puede considerarse como la preocupación básica de su estudio, aquel *arrancar las flores imaginarias* que los economistas y sociólogos románticos vieron en la aldea, en las comunidades rurales, Lenin mantiene la tesis —apoyada también en este caso por una detallada valoración interpretativa de los datos estadísticos existentes— de que el medio socioeconómico en el cual se mueve el campesinado es ya el propio de una economía mercantil, de tal forma que «incluso en las zonas más atrasadas el campesino se halla totalmente supeditado al mercado». El análisis de tales relaciones socioeconómicas pone de manifiesto, por lo demás, la existencia de todas las contradicciones características «de cualquier capitalismo»: competición, acaparamiento de la tierra, concentración de la producción, lucha por la independencia económica y, lo que es más importante, *la desintegración de la vieja comunidad campesina* en nuevos tipos sociales de los cuales los más importantes serían la burguesía rural acomodada y el proletariado agrícola. En este sentido, la desintegración de los campesinos es, precisamente, en la opinión de Lenin, lo que contribuye a crear mercado interior sobre

la base de los consumos personales y de los medios de producción.

Cierto —reconoce Lenin— que otros factores, como la extensión del capital usurario y los restos de la economía basada en la prestación personal, el pago en trabajo, operan como obstáculos que todavía se alzan frente a la desintegración del campesino; pero esos restos precapitalistas y las correspondientes instituciones características de los mismos *no son ya un elemento decisivo* en el proceso de la llamada “descampesinización”. Incluso más: en el *post-scriptum* añadido al prólogo para la 1ª edición de aquella obra, Vladímir Uliánov, al dar cuenta de la sustancial coincidencia de las tesis por él mantenidas con las defendidas por Karl Kautsky en *La cuestión agraria* (publicada durante el mismo año, 1899), llega a hablar de *identidad* de los rasgos fundamentales en el desarrollo de la agricultura para el oeste de Europa y para Rusia. La polémica insistencia —frente a los populistas— en esa identidad de los procesos capitalistas de la Europa occidental y de Rusia tiene allí su natural correlato en el rotundo acuerdo con Kautsky en que *no cabe ni pensar* en el paso de la comunidad rural tradicional a la agricultura moderna en gran escala sobre bases comunales⁵.

Arrancadas las flores que adornaban ilusoriamente la aldea, sólo queda para Lenin la realidad escueta de la sociedad rusa. Hela aquí: de un total de 125:600.000 pobladores, según datos del censo de 1896, el autor del *Desarrollo del capitalismo en Rusia* considera que 63.700.000 (aproximadamente el 50 %) son proletarios (por lo menos 22.000.000) y semiproletarios; 35.800.000, pequeños patronos pobres; 23.100.000, pequeños patronos acomodados; y unos 3.000.000 (menos del 3 %), gran burguesía, terratenientes, altos funcionarios, etc. Esa elaboración propia de los datos del censo de 1896 suponía la desmitificación previa de las relaciones de trabajo existentes en el campo y una valoración adecuada de la verdadera naturaleza de la producción artesanal y semiartesanal tanto en las zonas rurales como en los principales centros industriales. Desmitificación y valoración que fundamentan, al complementarse, aquel resultado que Vladímir Uliánov caracteriza como papel históricamente progresivo del capitalismo en Rusia, como *misión* positiva del mismo pese a sus aspectos negativos y sombríos.

De esa consideración que pone el acento en la decisiva importancia de las masas proletarias y semiproletarias para el futuro de Rusia brota un programa político, el primer proyecto de programa para el partido obrero socialdemócrata redactado por Lenin. Pero éste no constituye una deducción automática, sin mediaciones, de unos determinados datos estadísticos, puesto que aquel arrancar flores imaginarias para que los «trabajadores comprendan cómo se forjan las cadenas que les esclavizan» y «tender así la mano a la verdadera flor» es sólo la condición necesaria —no suficiente— de una política tendente a despertar la conciencia del obrero. Si se ve en el obrero —argumenta Lenin— sencillamente al ser que más sufre bajo el régimen existente, al hombre que al no tener nada que perder puede alzarse contra el absolutismo zarista con la mayor resolución, entonces se le situará a la cola de los radicales burgueses y se perderá la perspectiva del socialismo. Por el contrario, los socialdemócratas han de ver al obrero como lo que es realmente, «el *único* combatiente por el régimen socialista» y, consecuentes con ello, considerar la lucha por la libertad política, el democratismo, como *una de las condiciones* que facilitan la consecución del objetivo final al que se tiende, como *el medio* que facilitará la lucha contra la burguesía.

La importancia de esta condición, de este medio, de la lucha por la libertad política y la democracia burguesa implicaba para Lenin la exigencia de combatir por el

⁵ Para esta parte de la exposición he seguido bastante literalmente la argumentación de V. I. LENIN en *El desarrollo del capitalismo en Rusia*, trad. castellana, Barcelona, Ariel, 1974.

pleno derecho a la ciudadanía de los campesinos, por la abolición de los privilegios de la nobleza terrateniente, por la superación de los restos institucionales del vasallaje y de la servidumbre, por la destrucción de la tutela burocrática sobre los campesinos, sin olvidar la denuncia del enorme peso de aquella institución, esencialmente rusa y profundamente reaccionaria, cuya tarea o finalidad era coordinar, conjugar los intereses de los terratenientes y de la burguesía: *la burocracia nacional* reclutada entre la intelectualidad media y pequeñoburguesa que, en palabras de Lenin, reunía «las taras del despotismo asiático y de los campeones de la reacción de la Europa occidental».

Pues bien, para a través de ese medio llegar a alcanzar el fin (“la revolución comunista victoriosa al lado del proletariado de todos los países”) la tarea inmediata de entonces era para Lenin, ya desde *Quiénes son los “Amigos del Pueblo”*, saber concretar y adaptar a la situación rusa los consejos del veterano de la socialdemocracia alemana Liebknecht:

Estudiar, hacer propaganda, organizarse.

Hay que soñar

Antes de entrar en la exposición de las formulaciones más detalladas de aquel programa así como de las dificultades con que había de topar el mismo hasta la revolución de 1905 parece conveniente detenerse todavía un momento para esbozar un juicio acerca del tipo de marxismo configurado en los escritos leninianos de San Petersburgo y de Shushénskoie. Pues en esa cuestión muy probablemente exageran algunos de los críticos actuales de Lenin cuando ven en sus obras económico-políticas del noventa y cuatro al noventa y nueve contra el populismo una parcial desviación respecto de las tesis de Marx con consecuencias negativas tanto para la articulación posterior del programa agrario de los bolcheviques como, sobre todo, en el modelo seguido después de la revolución de octubre al tratar de resolver las contradicciones entre industrialización y atraso rural.

Una de esas críticas viene a decir que Lenin aplicó de manera inadecuada al caso ruso los esquemas contenidos en el segundo volumen del *Capital* sobre la realización de la plusvalía, hizo una equiparación errónea del desarrollo del capitalismo en la agricultura y en la industria e hinchó de manera desorbitada las cifras de población proletaria y semiproletaria, con todo lo cual tenía que llegar a una visión unilateral y, en suma, más ilusoria que real de la composición de las clases sociales en presencia y de la relación entre las mismas.

Una segunda interpretación de aquellos escritos de Vladímir Uliánov argumenta, de modo muy parecido, que en ellos hay una patente reducción de la categoría marxiana de fuerzas productivas a los nuevos adelantos técnicos, un olvido de la peculiaridad asiática de la acumulación de capital en Rusia y, en consecuencia, una aplicación abstracta de las supuestas leyes generales de desarrollo del capitalismo a una sociedad cuyo rasgo distintivo era por entonces el predominio en lo económico y en lo social de instituciones precapitalistas. La causa del error, según esa misma crítica, habría que buscarla en el hecho de que Lenin odiaba la versión asiática del capitalismo, se orientaba de manera apriorista hacia la necesidad de un desarrollo al modo europeo y, consecuentemente con ello, se inspiró desde el punto de vista teórico en los marxistas europeo-occidentales, señaladamente en Karl Kautsky, los cuales, sin embargo, por significativa paradoja, no creían precisamente en la posibilidad del socialismo en Rusia.

E incluso ha habido una tercera crítica aún más radical que las anteriores, y ya con casi cuarenta años de existencia, la cual ve en los escritos de San Petersburgo y de Shushénskoie acerca del desarrollo del capitalismo en Rusia un simple recubrimiento ideológico con lenguaje marxista de las aspiraciones democrático-radicales de la intelectualidad rusa de la época, de modo que por encima de todas las controversias teóricas de entonces habría habido un sustancial acuerdo entre los populistas y Lenin favorecido por “las importantes concesiones” que Marx y Engels hicieron a estos últimos desde la década de los setenta del siglo pasado. De creer a los defensores de esta tesis, la rusificación nacionalista del marxismo característica de los tiempos de Stalin habría tenido su origen, aunque desde luego no directo, en aquellas lejanas fechas en que Marx y Engels se carteaban con los populistas acerca del porvenir de la comuna rural tradicional rusa⁶.

⁶ Para un estudio más detallado de esas críticas puede verse: A. PANNEKOEK, K. KORSCH, P. MATTICK, *Crítica del bolchevismo*, Barcelona, Anagrama, 1976; R. DUTSCHKE, *Lenin* (Tentativas de poner a Lenin sobre los pies), Barcelona, Icaria, 1977; ALESSANDRO SIMONICA, «Su alcuni aspetti teorici del dibattito su

En el fondo la mayoría de esas críticas no suelen expresar tanto la intención de comprender la particularidad y la originalidad del marxismo del joven Lenin como la preocupación de ciertos círculos comunistas occidentales por captar las razones del desigual e inesperado camino seguido por las revoluciones en el este y en el oeste de Europa. Pero en las consideraciones de ese tenor acostumbra a haber también un justo interés por romper el cliché instrumentalizador según el cual el “leninismo” habría sido una continuación lineal de las teorías expuestas por los fundadores del marxismo tanto en el plano del análisis económico-social como en lo que respecta a las orientaciones políticas más particularizadas. Recogiendo en parte esas preocupaciones y liberándolas, no obstante, de ciertas exageraciones evidentes como la conclusión de que sin los errores de Lenin en *El desarrollo del capitalismo en Rusia* tal vez la revolución habría triunfado allí ya en 1905, o, como, por ejemplo, la latente sobrevaloración de las consecuencias histórico-mundiales de lo que un hombre (además desterrado y en los inicios de la organización del partido) pudiera pensar y decir en aquel momento dado, sí que debe afirmarse de todas formas que el joven Lenin se aparta en algunos puntos bastante esenciales de las concepciones de Marx o, para ser más exactos, de las concepciones del viejo Marx cada vez más aterrado por la inhumanidad de la civilización capitalista, como ha escrito el historiador inglés Eric J. Hobsbawm.

Esa diferencia entre el viejo Marx y el joven Lenin afecta sobre todo a dos aspectos de la teoría muy próximos entre sí y además complementarios: *la valoración global de la civilización capitalista occidental en su nivel de relativa madurez y la opinión acerca de la posibilidad de tránsito a la cooperación comunista desde sociedades caracterizadas por una economía en la que dominan las instituciones precapitalistas*. Respecto del primer punto debe tenerse en cuenta que allá por 1875-1880 Karl Marx había perdido su matizado optimismo anterior sobre las grandes conquistas del capitalismo y los progresos técnicos del mismo, mientras que el joven Lenin profesaba dos décadas más tarde un optimismo progresista bastante unilateral. Para comprender cabalmente esa diferencia basta con comparar los escritos de Lenin a que antes se ha hecho referencia con las durísimas críticas de Marx a la exportación del “progreso” capitalista inglés a la India, por ejemplo. Pero aun prescindiendo de esa comparación la unilateralidad del progresismo del joven Lenin se pone de manifiesto también si se contrastan las páginas que él dedica a la industrialización y a la introducción de maquinaria en la agricultura⁷ con el apartado dedicado por Marx al mismo tema en el volumen primero del *Capital*.

En efecto, tanto en su folleto titulado *Para una caracterización del romanticismo económico* como en *El desarrollo del capitalismo en Rusia* Vladímir Uliánov no ve más que gigantescos progresos en la utilización generalizada de la técnica capitalista en el campo porque esa es, desde su punto de vista, la garantía de aniquilación de las conservadoras relaciones tradicionales existentes en las comunidades agrícolas. E incluso, argumentando contra el “romanticismo reaccionario”, le parecen también progresivas las contradicciones de todo tipo que el uso capitalista de las máquinas genera en ese ámbito. La unilateralidad de esos textos resalta tanto más cuanto que Lenin conocía muy bien —y lo cita en varios lugares— el capítulo XIII del libro primero del *Capital* dedicado a la maquinaria y a la gran industria, en el que Karl Marx, además de utilizar términos tales como *ruina física, innatural enajenación, atrofia moral, esterilización intelectual, desmedida prolongación de la jornada de*

Lenin nella RFT (Acerca de ciertos aspectos teóricos del debate sobre Lenin en la República Federal Alemana), *Problemi del socialismo*, n.º 3 de 1976.

⁷ Principalmente en «Para una caracterización del romanticismo económico», apartado IX titulado *Las máquinas en la sociedad capitalista*, y en *El desarrollo del capitalismo en Rusia*, capítulos V, VI y VII.

trabajo para caracterizar algunos de los efectos de la gran industria en el capitalismo, dedicaba un apartado especial al tema *gran industria y agricultura* en el que están contenidas precisamente las palabras más duras contra una concepción progresista estrecha de la técnica:

En la esfera de la agricultura es donde la gran industria actúa del modo más revolucionario, en la medida en que aniquila el baluarte de la vieja sociedad, el "campesino", y desliza bajo él el trabajador asalariado, había escrito Marx con un lenguaje que, sin duda Lenin compartía. Pero a continuación añadía: Por otra parte, dificulta el intercambio entre el ser humano y la naturaleza, esto es, el regreso a la tierra de los elementos del suelo gastados por el hombre en la forma de medios de alimentación y de vestido, o sea, perturba la eterna condición natural de una fecundidad duradera de la tierra. Con eso la producción capitalista destruye al mismo tiempo la salud física de los trabajadores urbanos y la vida mental de los trabajadores rurales. Y concluía con una consideración completamente olvidada por Lenin en su polémica con los populistas rusos asimilados a epígonos de Sismondi: Al igual que en la industria urbana, en la agricultura moderna el aumento de la fuerza productiva y la mayor fluidificación del trabajo se compra al precio de la devastación y la extenuación de la fuerza de trabajo misma. Y todo progreso de la agricultura capitalista es un progreso no sólo del arte de depredar al trabajador sino también y al mismo tiempo del arte de depredar el suelo; todo progreso en el aumento de su fecundidad para un plazo determinado es al mismo tiempo un progreso en la ruina de las fuentes duraderas de esa fecundidad. Cuanto más parte un país de la gran industria como transfondo de su evolución... tanto más rápido es ese proceso de destrucción. Por eso la producción capitalista no desarrolla la técnica y la combinación del proceso social de producción más que minando al mismo tiempo las fuentes de las que mana toda riqueza: la tierra y el trabajador⁸. Algo bastante distinto, como se ve, de la ridiculización por el joven Lenin de los lloros populistas ante la acción destructora del capitalismo en el campo.

Respecto del segundo punto, esto es, sobre la diferencia de opinión entre el viejo Marx y el joven Lenin acerca de la posibilidad de tránsito al comunismo desde las comunidades precapitalistas, habría que decir algo parecido. Hacia 1880 Marx había llegado a conclusiones muy radicales sobre este tema: sabía ya que la eliminación de la propiedad común de la tierra en las zonas llamadas "atrasadas" del planeta constituyó casi siempre un acto de vandalismo de los defensores del progreso capitalista y que ese acto, a su vez, no trajo consigo progreso sino atraso a los nuevos civilizados: sabía que precisamente por el desarrollo del capitalismo en la época y por la inestabilidad misma que en esas condiciones caracterizaba a las comunas rurales éstas se hallaban en trance de desaparición; y como su idea de la evolución futura del capitalismo occidental era ya considerablemente pesimista, se inclinaba a pensar que el libre desarrollo de la comuna rural podía representar tal vez el elemento regenerador de la sociedad rusa y también parcialmente un factor de su superioridad futura sobre los países sometidos al capitalismo. Pero para que esa evolución fuera posible Marx consideraba *como conditio sine qua non la revolución social*, la complementación de la revolución en Rusia con la revolución proletaria en Occidente. Algo bastante distinto también (aunque no en las conclusiones sobre la revolución en Oriente y Occidente) de lo que veinte años después pensaba el joven Lenin cuando, citando a Kautsky, afirmó que el mantenimiento de las comunidades rurales tradicionales constituía una utopía reaccionaria fomentada por los terratenientes.

⁸ Esa larga cita está tomada de KARL MARX, *El Capital* (traducción castellana de M. Sacristán), OME-41, Barcelona, Grijalbo, 1976, págs. 139-142.

Sería, sin embargo, un tanto precipitado extraer de ahí excesivas conclusiones sobre el futuro de la revolución en Rusia y, desde luego, además de precipitado, falso, instrumentalizar esas diferencias para oponer Lenin a Marx en el plano general de la concepción del mundo y de las ideas políticas. Primero porque en aquellas fechas Lenin no podía conocer todo el desarrollo de las últimas ideas de Marx sobre la comuna rural; segundo porque entre unos y otros textos habían transcurrido casi veinte años y, con ellos, se había producido una importante alteración tanto de las sociedades del occidente capitalista como de la misma industrialización en el país de los zares. Y tercero porque esas diferencias son sólo dos desacuerdos en el ámbito general de una comunidad de ideas sobre el desarrollo del capitalismo, sobre la lucha entre las clases y sobre el futuro de la revolución, comunidad de ideas que resulta innegable.

Más interesante es, en cambio, tratar de comprender el por qué de esas diferencias. Y en ese sentido se puede adelantar la hipótesis de que, al tratar sobre el progreso técnico en la agricultura y sobre la comuna rural, Marx y Lenin tenían presentes dos realidades distintas, tan alejadas como los observatorios desde los cuales escribían. Marx está observando las consecuencias del agudizarse del colonialismo hipócritamente deformadas en un sentido progresista por sus conciudadanos burgueses; está observando un desarrollo infinitamente superior y cualitativamente nuevo de la aplicación de los descubrimientos científicos (por ejemplo, de la industria química) a la agricultura sobre todo en Inglaterra y los Estados Unidos; está observando los esfuerzos de los populistas rusos, por entonces la única fuerza revolucionaria existente en aquel país, para salvar la comuna rural y reorientarla en un sentido socialista. Lo que Lenin, en cambio, tiene enfrente veinte años después es el deslizamiento del populismo hacia el compromiso y el oportunismo políticos, la desintegración mucho más avanzada ya de la comuna rural y —¿cómo no?— la esperanza de gran parte del campesinado ruso en el avance de la maquinización, así como —y este es un dato que conviene no olvidar— el renacer del optimismo progresista en la Europa occidental (especialmente en Alemania) al salir de la depresión económica de las últimas décadas, un optimismo favorecido incluso por el más próximo de los compañeros de Karl Marx, Friedrich Engels.

Eso explica en buena parte, según pienso, la peculiaridad del marxismo del joven Lenin. Pero la comprensión de la dificultad que tenía en Rusia la aplicación del consejo de Liebknecht —*estudiar, hacer propaganda, organizarse*— exige añadir algunos otros datos.

El partido obrero socialdemócrata ruso (POSDR), equivalente de otras organizaciones de orientación marxista ya existentes en la Europa occidental, no se constituyó formalmente hasta la primavera de 1898 en un congreso celebrado clandestinamente en Minsk mientras Vladímir Uliánov se hallaba en el destierro. De la precariedad de aquella organización, pese al avance que el congreso mismo suponía, da idea el hecho de que a la reunión asistieron solamente nueve delegados representando a la exigua cifra de seis organizaciones de toda Rusia, y que, además, los asistentes (el comité central elegido en el congreso, como suelen decir pomposamente las historias posteriores) fueron detenidos por la policía no mucho tiempo después. De manera que cuando, a principios del año 1900, Vladímir Uliánov se dirige nuevamente a San Petersburgo para reintegrarse a la vida política activa desde su recién recuperada libertad, el partido con el que tiene que ponerse en contacto era en realidad una pequeñísima organización formada por unos pocos círculos clandestinos en las zonas industriales, con su dirección en el extranjero y además dividida en varias tendencias constantemente contrapuestas.

Por esas fechas estaban llegando al país de los zares los primeros ecos de las disputas teóricas de fin de siglo entre algunos de los principales dirigentes y or-

ganizadores del modelo de los revolucionarios marxistas de entonces, la socialdemocracia alemana, y muy especialmente los artículos de Eduard Bernstein que habían de constituir lo que se llamó la primera “revisión” del marxismo. Todavía en el destierro Vladímir Uliánov se había visto obligado a interrumpir por dos veces su trabajo sobre el desarrollo del capitalismo en Rusia para tratar de hacer frente a la influencia que las posiciones de Bernstein estaba cobrando en algunos círculos marxistas rusos. La primera vez para traducir con Krupskaja un artículo del marxista ortodoxo Kark Kautsky en el que se criticaban las desviaciones reformistas de aquél; la segunda para organizar una protesta contra las tesis defendidas en un manifiesto que circulaba con el título de *Credo* y en el cual se limitaban las tareas de la clase obrera rusa a la lucha económica en favor de la elevación de los salarios y el mejoramiento de las condiciones de trabajo en la fábrica argumentando que en aquella fase no era misión del proletariado inmiscuirse en la lucha política por la democracia burguesa.

El *Credo* de aquella corriente “economista” de la socialdemocracia rusa tal vez no tuvo la repercusión política que Lenin calculaba entonces; pero su importancia se debía sobre todo a que en él se resumían actitudes de amplia circulación y se sintetizaba un estado de ánimo tan compartido como para que, como recuerda Krupskaja, en esas posiciones cayeran sin desearlo, espontáneamente, algunos de los obreros del círculo en que se movía el propio Lenin. La influencia y extensión de esa actitud programática según la cual la lucha de la clase obrera debe quedar reducida al ámbito de lo económico tenía, sin duda, su base teórica en las posiciones del ala reformista de la socialdemocracia alemana, como lo prueba el hecho de que la autora del *Credo* hiciera hincapié en que, en el Occidente, el “marxismo primitivo”, intransigente y negador de la sociedad estaba dejando paso a un “marxismo democrático”, abierto y crítico que “reconoce” a la sociedad en la cual actúa; pero era, en mayor medida, la consecuencia teórica puntual, históricamente determinada, de la dificultad con que los marxistas rusos habían de enfrentarse a la hora de conjugar de una manera articulada sus objetivos socialistas en un medio caracterizado por la falta de maduración de la base material y por el dominio absoluto de la autocracia, así como por una situación del movimiento obrero en la que éste no había hecho más que esbozar la necesidad de una organización independiente.

En un artículo escrito en 1897 y publicado durante el año siguiente en el extranjero, *Las tareas de los socialdemócratas rusos*, Vladímir Uliánov había tratado precisamente de establecer con cierto detalle la articulación de la lucha socialista contra la clase de los capitalistas y de la lucha democrática contra el absolutismo zarista que correspondía desarrollar a los marxistas revolucionarios en Rusia. El núcleo de la argumentación de aquel escrito era el supuesto de que existía *una indivisible afinidad* entre la propaganda y la agitación socialistas y las tareas democráticas; pero esa afinidad exigía tener presentes en todo caso varias condiciones, la más importante de las cuales era poner en primer plano el trabajo en favor de la organización de los obreros fabriles, pues, en opinión de Lenin, no resultaba práctico «enviar agitadores a los obreros a domicilio y a los obreros agrícolas» mientras quedara por organizar una gran cantidad de trabajadores de los centros industriales.

Cierto es que en ese escrito Vladímir Uliánov había expuesto ya con claridad cuál debía ser la actitud concreta de la clase obrera ante las demás clases y grupos de oposición al absolutismo, señalando que el apoyo de los socialdemócratas a los otros grupos para acelerar la caída del zarismo había de ser siempre *condicional*, de manera que en las alianzas temporales para conseguir objetivos políticos parciales lo más importante era subrayar siempre los intereses del proletariado y *mantener su independencia* respecto de los elementos meramente democráticos, entre los que había

que contar a los representantes de las nacionalidades oprimidas o de las organizaciones religiosas perseguidas. Ello no obstante, en esa argumentación hay todavía varias vacilaciones o equívocos que ponen de manifiesto la objetiva dificultad del problema que tanto Lenin como los “economistas” trataban de resolver: la subvaloración de las tareas de propaganda y organización en el campo, entre el proletariado rural, lo cual — dada la composición de clases que el propio Lenin había analizado— equivalía a fomentar la consciencia de los trabajadores urbanos admitiendo sin más un desarrollo espontáneo en las zonas rurales o el predominio en ellas a corto plazo de tendencias más conservadoras; o la relativa contradicción existente entre considerar, de un lado, al proletariado *como el luchador de vanguardia*, como el único destacamento consecuente en la lucha por la libertad política, y restringir, de otro lado, su papel político en las alianzas contra el absolutismo al *mero apoyo*, aunque condicional, a los partidos y grupos democráticos o minorías oprimidas; o, por último, una idea de la relación entre las tareas propiamente socialistas y las tareas democráticas que tampoco escapa del todo a la identificación parcial de la lucha económica con objetivos socialistas y de la lucha política con las alianzas por el vértice con los otros grupos políticos para alcanzar la democracia.

Ese esquema, directamente inspirado por las consideraciones de Marx sobre la revolución alemana en los años 1848-1850, sería modificado en parte, como se verá, en los años posteriores a 1905. Sirve aquí, en todo caso, para indicar bastante plásticamente cuál era la concepción estratégica de Vladímir Uliánov en el momento de gestación de *¿Qué hacer?* y para explicar al mismo tiempo por qué tanto en los artículos anteriores a esa obra como en ella misma se dedica tanta atención a la cuestión de la relación entre lucha económica y lucha política.

La vida de Vladímir Uliánov, quien desde finales de 1901 adopta ya habitualmente el nombre conspirativo de Lenin, estuvo marcada durante estos años anteriores a la revolución de 1905 por una idea fija: la organización del partido dentro y fuera de Rusia y el mantenimiento de un periódico entendido como *organizador colectivo*, como elemento homogeneizador de posiciones, como enlace centralizador de las actividades políticas. El objetivo del periódico aparece en la conferencia de Pskov (marzo-abril de 1900) a la que Lenin asiste antes de abandonar Rusia para, cumpliendo precisamente los acuerdos de la conferencia, buscar en el extranjero el lugar adecuado, la imprenta necesaria y los componentes indispensables con la finalidad de poner en marcha aquel instrumento considerado fundamental para el futuro de la socialdemocracia rusa: *Iskra (La Chispa)*.

Con *Iskra*, ayudado por Krupskaja y un tan reducido como variable grupo de colaboradores, irá saltando fronteras, cambiando de nombre, de pasaporte, adoptando falsas nacionalidades para así evitar las infiltraciones de las policías. Vive primero en Leipzig, luego en Munich, más tarde en Londres, finalmente (durante este período) en Ginebra; conoce el orgullo y las debilidades de Plejánov, el padre del marxismo ruso; recibe a los revolucionarios que traen noticias del interior de Rusia; discute hasta la extenuación con los exiliados las orientaciones del partido y del periódico; sigue en las calles, observando desde los suburbios, la evolución real de la socialdemocracia alemana, pero evita los contactos con sus dirigentes más notorios, salvo con Rosa Luxemburg, mientras lamenta la rápida difusión en Rusia (tres ediciones distintas y seguidas en un solo año, 1901) del libro de Bernstein que abría el camino al “revisionismo”, *Socialismo teórico y socialdemocracia práctica*; frecuenta con entusiasmo la biblioteca del Museo Británico, en Londres, al tiempo que contempla desde los tranvías y en los parques londinenses la naturaleza del sindicalismo y del socialismo inglés o trata de arrancar a Vera Zassulich de la influencia del maestro

todavía incontestado, Jorge Plejánov. Entretanto Vladímir Uliánov sigue escribiendo y recitando en voz alta, moviéndose por las habitaciones como un león enjaulado, los trabajos más conocidos de esa etapa, siempre en relación con los acontecimientos de Rusia: *Por dónde empezar, Qué hacer, El programa agrario de la socialdemocracia rusa, A los campesinos pobres, Las tareas de la juventud revolucionaria...*

Pese a esa actividad desbordante aún tiene tiempo para trasladarse desde Londres a París y dar allí una conferencia a los universitarios de la Escuela de Altos Estudios Sociales sobre los problemas de la agricultura en Rusia cumpliendo con los requisitos académicos de rigor en la época. Pero sobre todo durante esos años forja aquella enorme capacidad de resistencia en los debates y de convencimiento de los antagonistas que tanto admiraría a los opositores de entonces y del futuro, desde Márkov a Trotski, desde Bujárin a Alexandra Kollontai. Ya por aquellas fechas de las primeras controversias internas acerca de la organización de la socialdemocracia rusa uno de sus contrincantes lo definía así: *No hay un solo hombre en el mundo que como él se ocupe de la revolución las veinticuatro horas del día, que no tenga más pensamientos que los relativos a la revolución y que, hasta cuando duerme, no vea más que la revolución en sus sueños.* Y la propia Krupskaja, al tratar de resumir cómo era Lenin entonces, lo recuerda en el II Congreso del POSDR (julio-agosto de 1903), célebre por las agrias polémicas que en él se sucedieron, replicando a un camarada que se quejaba de la atmósfera deprimente y del tono sectario de las discusiones: «¡Esto es lo que a mí me gusta! ¡Esto es la vida!»⁹.

Una vida, sin embargo, demasiado dura incluso para un hombre como Vladímir Ilich, el cual ya en 1903, a los treinta y tres años de edad, tuvo que afrontar la primera crisis nerviosa importante, como consecuencia del enorme desgaste al que estaba sometiendo su organismo aquel desenfundado desvivirse.

¿*Qué hacer?* es en más de un sentido el resumen de aquel político desvivirse en la etapa de la redacción de *Iskra*. La gestación de *¿Qué hacer?*, que fue la obra más importante de Lenin durante este período y una de las de mayor y más continuada influencia entre las suyas en el movimiento comunista posterior, comienza prácticamente con la llegada del exiliado a Munich, a finales de marzo de 1901, pero su redacción no estuvo terminada hasta febrero del año siguiente. En esos meses la idea que Lenin pensaba desarrollar inicialmente en un artículo fue tomando cuerpo, entrelazándose con otros escritos motivados por la extensión del “economismo” y el acontecer de las luchas sociales en Rusia, mientras que su plasmación en el papel se interrumpía o se aplazaba en función de las varias conferencias del partido y de las tareas políticas que exigía la organización. Ese escribir a golpes, inspirado unas veces por la reflexión de tipo general sobre la consciencia de los trabajadores o acerca de la relación entre lucha sindical y lucha política, pero literalmente dominado en otros pasos por la inmediatez y la urgencia de las controversias tal cual se estaban viviendo, queda reflejado en gran medida en el resultado final del libro que se publicó en marzo de 1902.

Algunos críticos demasiado apresurados de *¿Qué hacer?*, los cuales ven en ese texto la primera teorización del dogmatismo y del monolitismo en el seno de los partidos comunistas, suelen olvidar con demasiada frecuencia que la reflexión de Lenin toma pie allí de una cita de Lassalle que revela justamente la intención contraria de Lenin: *...La lucha interna da al partido fuerza y vitalidad; la prueba más grande de la debilidad de un partido es el amorfismo y la ausencia de fronteras claramente delimitadas; el partido se fortalece depurándose...* Respecto de ese punto de partida no cabe pensar en maquiavelismo alguno a corto plazo, puesto que precisamente la

⁹ En N. KRUPSKAJA, *Mi vida con Lenin*, ed. cit., pág. 83.

profundización de la batalla de ideas, la agudización de la lucha interna, no iba a beneficiar en los meses siguientes a Lenin sino más bien a sus adversarios de entonces en la organización. Es sabido, por lo demás, que la utilización de una cita de otro al comenzar un libro suele ser un recurso polémico que indefectiblemente acaba exagerando la opinión que el citado tenía sobre el mismo tema.

Esto último es en gran parte lo que ocurre a lo largo de las páginas de *¿Qué hacer?* En ellas no hay tanto dogmatismo, espíritu de homogeneización o monolitismo, como se cree a veces, cuanto lo contrario: exageración de las diferencias, acentuación de las delimitaciones. Si se compara con otros trabajos de Lenin puede comprobarse con facilidad que el tono de ese escrito es en muchos momentos defensivo y su argumentación, dirigida contra la corriente entonces dominante, crispada por lo que Vladímir Ilich considera un deslizamiento de la socialdemocracia internacional y de los “economistas” rusos hacia el oportunismo político, hacia su reconversión como organización obrera en un partido “democrático” que abandona el objetivo de la revolución social para limitarse a exigir reformas graduales del capitalismo. Ese tono y el cultivo de la diferencia es consecuencia —como el propio Lenin señalaría en parte de manera autocrítica algunos años después— del espíritu de secta característico de una organización que está en su adolescencia y que busca el espacio político que la corresponde abriéndose paso a codazos a derecha e izquierda y depurándose internamente. Pero ese espíritu no es sólo el objetivo reflejo de una época cargada con la tradición de «las mil mezquindades que se fraguan en la cocina» de los círculos reducidos; es también la expresión de uno de los rasgos más constantes del hacer político de Vladímir Ilich, de su convicción, puesta en práctica una y otra vez hasta 1924, de que «primero hay que separar, dividir, para después juntar en mejores condiciones, en condiciones más favorables para la tendencia u opción que se representa».

Las tesis principales de *¿Qué hacer?* suelen ser suficientemente conocidas por lo que no parece necesaria una extensa exposición de las mismas aquí. Bastará con un breve resumen de la argumentación de Lenin y la consideración previa de que si ya en su época la lectura del libro en conjunto resultaba complicada (hay que estar directamente inmersos en aquel magma de las polémicas organizativas para apasionarse con esa discusión y comprender el hilo del discurso o el sentido de cada matiz, venía a decir Krupskaja en sus *Recuerdos*) hoy puede ser sumamente tediosa para quien no la inicie con el interés y la perspectiva del historiador. Desde este punto de vista, en cambio, no cabe dudar de que el conocimiento de la argumentación y de las afirmaciones polémicas de *¿Qué hacer?* constituye un elemento indispensable no sólo para comprender la evolución del propio Lenin sino también para no perder *una* de las piezas esenciales de ese complejo rompecabezas que fue el dilatado proceso de la revolución rusa.

Tras un apunte inicial sobre la naturaleza internacional de la revisión deformadora de la teoría marxista y sobre la degradación de la práctica política socialdemocrática, cuyos ejemplos paradigmáticos eran Eduard Bernstein en Alemania, Millerand en Francia y la tendencia “economista” en el partido ruso, Lenin aborda uno de los dos temas básicos de su reflexión: el problema de la relación entre espontaneidad y consciencia en el movimiento obrero. Su concepción al respecto —liberada de todo el fárrago polémico— es la de que por sí solos, esto es, espontáneamente, autónomamente, los obreros no pueden rebasar el nivel de consciencia sindicalista o tradeunionista, no pueden ir más allá de «la convicción de que es necesario agruparse en sindicatos, luchar contra los patronos y reclamar del gobierno la promulgación de tales o cuales leyes necesarias para ellos». Tal hecho estaría demostrado por toda la historia de la clase

obrero *en todos los países* y de manera particular por la evolución de las luchas obreras en Rusia durante los últimos lustros del siglo. Para reforzar la validez de esa idea Lenin trae a colación la autoridad de Karl Kautsky (como había hecho ya en *El desarrollo del capitalismo en Rusia*) y algunas consideraciones de Engels acerca del movimiento obrero alemán. De todo lo cual concluye:

1.º Que la espontaneidad pudo haber sido valiosa en los primeros momentos del movimiento obrero, pero que seguir cultivándola equivale a negar la posibilidad del socialismo y a entregar a la clase obrera, sin defensas, a la influencia ideológica de su clase enemiga, de la burguesía.

2.º Que la consciencia socialdemocrática (comunista) tiene que ser aportada a la clase obrera *desde fuera de la misma clase* por los verdaderos portadores de la ciencia que son los intelectuales; de manera que la lucha de clases, el enfrentamiento con los miembros de la clase adversa, no imprime en la clase trabajadora verdadera consciencia sino que ésta es el resultado del conocimiento de las relaciones entre *todas* las clases. Algunos obreros podrán llegar por sí mismos a ese conocimiento, pero secundariamente, esto es, no como obreros sino convirtiéndose en intelectuales.

3.º De ahí que el modelo del socialdemócrata (comunista) no deba ser el dirigente sindical sino *el tribuno popular que sabe sintetizar todos los hechos para trazar un cuadro de conjunto de la brutalidad policíaca y de la explotación capitalista... para explicar a todos y a cada uno la importancia histórico-mundial de la lucha emancipadora del proletariado.*

4.º Esa separación entre espontaneidad sindicalista y consciencia socialdemocrática implica una diferenciación tajante entre la organización de los obreros y la organización de los revolucionarios. Mientras que la primera será sindical, lo más extensa y lo menos clandestina posible, la segunda, por el contrario, habrá de reunir los rasgos de la profesionalidad, una relativa extensión numérica y la mayor clandestinidad posible.

Partiendo de esas diferencias Lenin pasa a la caracterización del partido, esto es, de la organización de los revolucionarios que han de imprimir la consciencia socialdemocrática a los obreros. Las notas principales del mismo, en su opinión, deberían ser éstas:

1.ª Estabilidad y continuidad del núcleo dirigente en el que no habrá diferencias entre intelectuales y obreros.

2.ª Profesionalización de sus miembros o cuadros en las tareas revolucionarias para evitar los métodos “artesanales” y las vacilaciones del aficionado, así como las infiltraciones policíacas.

3.ª Discreción conspirativa, rigurosa selección de afiliados y preparación de los revolucionarios profesionales, de modo que este criterio asegure *algo mucho más importante que la democracia interna, la plena y fraternal confianza mutua entre los revolucionarios.*

4.ª Centralización de la dirección y rígida división técnica de las tareas varias de agitación, propaganda, etc., con la consideración de que un órgano de prensa único para todo el país, también centralizado, es la mejor concreción de un organizador colectivo.

Tal es lo esencial del razonamiento de *¿Qué hacer?* Se podrían añadir ciertos matices introducidos por Lenin en notas para moderar el exceso polémico de algunas de esas afirmaciones, pero en ese caso tampoco se pueden olvidar algunas otras crispadas exageraciones del texto, que en sus últimas páginas da la impresión de ser el acta de una o de varias reuniones redactada en la precipitación del funcionario que tiene que escribir a medida que fluyen las palabras de los interlocutores. «Hay que soñar», apunta Lenin casi al final de *¿Qué hacer?* Y en seguida añade: «He escrito estas palabras y me he asustado». Sigue luego el sarcasmo contra los opositores. Y la conclusión: «Pues bien, los sueños de esta naturaleza, por desgracia, son sobradamente raros en nuestro movimiento. Y la culpa la tienen sobre todo los representantes de la crítica legal y del seguidismo ilegal que presumen de su ponderación, de su proximidad a lo concreto».

El propio Lenin reconocería cinco años más tarde que en esa caracterización de la consciencia de clase y de la organización de los revolucionarios se le había ido la mano en el furor polémico. Lo cual, sin ninguna duda, es cierto. No lo es tanto, en cambio, tratar de explicar las exageraciones antiespontaneístas de *¿Qué hacer?* por la influencia kautskiana en su autor. Kautsky era entonces para Lenin, evidentemente, una autoridad; pero una “autoridad” no tan influyente en este caso como la situación real del movimiento obrero ruso, escuálido, incipiente, dividido, minado una y otra vez por la represión y al cual se atribuía ya —“hay que soñar”— nada menos que la función de vanguardia en la revolución en Rusia, esto es, en un país enorme de gran predominio campesino y con una clase obrera concentrada en muy pocas ciudades. Como preveyó muy bien por entonces Rosa Luxemburg el propio Lenin quedaría cogido por el prurito organizativista y centralizador de su concepción de la consciencia de clase y del partido. Y desde que eso ocurrió, allá por los años veinte, *¿Qué hacer?* ha sido objeto de incabables polémicas sobre el centralismo y la democracia, sobre la idea de un partido calcada de la organización militar, sobre la adecuación o inadecuación de esas ideas para el occidente capitalista, sobre el espíritu de “vigilante nocturno” y la eficacia de las organizaciones rígidamente centralizadas.

Polémica que todavía sigue, pese a ser en gran parte absurda, pues un partido de esas características no existe ya en lugar alguno, suponiendo que en la Europa occidental haya existido algo así alguna vez. Muy probablemente, por tanto, la universalidad y la continuidad del debate acerca de *¿Qué hacer?* no se debe tanto a las ideas de Lenin allí vertidas como a la falta de ideas de quienes vuelven una y otra vez sobre ese texto acriticamente. Con su fárrago polémico *¿Qué hacer?* es hoy de difícil lectura; liberado de su fárrago polémico, es un esquema demasiado simple y, como todos los esquemas simples, facilitador de las más burdas tergiversaciones. Por eso con *¿Qué hacer?* ha ocurrido algo parecido a lo que, en otro momento y en otro plano, sucedió con el *Anti-Dühring* de Friedrich Engels. A saber, que leído con las largas citas de Dühring (o en este caso con las largas tiradas de los colaboradores rusos de *La causa obrera* y de *La gaceta obrera*) es casi trabajo de historiadores del marxismo; y leídos sin ellas presentan el riesgo de ser convertidos en una enciclopedia o en un catecismo para uso de candidatos, esto es, en lo contrario de lo que tanto una obra como otra pretendían ser.

Pero en el sencillo esquema de aquel libro de Lenin hay también la formulación o el planteamiento de algunos problemas que no por elementales son menos complicados. Elementales porque son problemas *de todos* aquellos que se plantean con sinceridad la transformación radical de la sociedad en la cual se les explota; complicados porque, como muestra la dilatada historia de la lucha por la emancipación, son problemas *de todas las épocas* y de todos los revolucionarios. Por ejemplo, y sin ir más lejos, esa sencilla pero constantemente repetida y siempre irresuelta contraposición

Francisco Fernández Buey, *Conocer Lenin y su obra*

entre “democracia” y “confianza plena y fraternal entre los revolucionarios”, entre la necesidad de operar con la disciplina de un cuerpo militar, *dado que se trata de lucha de clases*, y la necesidad de evitar la burocracia para que la confianza plena y fraternal no se convierta (como ocurrió más de una vez en vida del propio Lenin) en compadreo sectario. Una contraposición ésta que ha operado y sigue operando en todo movimiento emancipatorio de verdad, no literario. Aunque no fuera más que por eso convendría ser también un poco historiadores antes de echar alegremente por la borda *¿Qué hacer?*.

Aprender las lecciones de una revolución derrotada

No fue Rosa Luxemburg la única en hacer profecías amargas durante aquellos años a costa de las ideas de Lenin sobre la organización del proletariado y de los revolucionarios profesionales. Después del II Congreso del POSDR la división entre bolcheviques y mencheviques que allí se había creado iba a profundizarse: la segunda mitad del año 1903 y los meses que siguieron hasta los primeros brotes revolucionarios en Rusia serían un rosario de acusaciones y contracusaciones, de forcejeos sordos entre ambos grupos para hacerse con el control de *Iskra* cuyo reducido comité redaccional había adquirido amplios poderes de dirección sobre el conjunto del partido. La defección de Plejánov, sus vacilaciones políticas iniciales y su definitivo deslizamiento hacia las posiciones de los mencheviques, dejó a Lenin en minoría tanto en el comité de redacción del periódico como en la organización misma. Durante esas disputas se oyeron por primera vez críticas a su concepción del partido que luego serían habituales, repetidas desde la derecha o desde la izquierda.

Efectivamente, casi la totalidad de los dirigentes conocidos de la socialdemocracia rusa y alemana se pronunció en contra de Vladímir Ilich; se comparó su actitud hacia el partido con la de Luis XIV respecto del estado, se intentó ver en sus ideas influencias tan contrapuestas como las de Blanqui y Bakunin, se le acusó de jacobinismo burgués, de confundir la dictadura del proletariado con la dictadura sobre el proletariado, de introducir leyes de excepción en el partido con el objeto de asumir en él poderes dictatoriales. Kautsky le negó las páginas de *Neue Zeit* para su defensa. Y ya entonces L. Trotski vio en esa intransigencia jacobina de Lenin, en aquel monocorde repetir las palabras “irreconciliable” y “lucha despiadada” para aclarar y profundizar las diferencias, un peligroso indicio de que el partido podía ser sustituido por el comité de organización, éste por el comité central y, finalmente, el comité central por el despotismo de un solo hombre¹⁰.

Las crónicas de los aduladores amigos e incluso de los adversarios de entonces luego unilateralmente convertidos a la justificación de la eficacia o, con más sinceridad, a la defensa de la revolución contra todos sus muchos enemigos, han contribuido a crear la imagen de un Lenin impertérrito ante las críticas, en el que no hacía mella alguna el aislamiento y superador siempre de los adversarios de la época en capacidad para inventar insultos o emplear adjetivos hirientes en la polémica. Esta imagen de Lenin es inexacta. Algunas de las anécdotas relativas a esos años pueden servir para reforzar, sin duda, la impresión de que Vladímir Ilich vivía absorto en su mundo de disputas y conspiraciones, como, por ejemplo, aquella que lo recuerda chocando con la parte trasera de un tranvía mientras se dirigía a una reunión en bicicleta, incidente en el que estuvo a punto de perder un ojo.

Pero si antes del Congreso sus nervios habían fallado ya una vez, tampoco luego pudieron resistir toda la tensión de las nuevas controversias: en julio de 1904 Lenin estaba tan destrozado como sus oponentes, irritado consigo mismo por algunos de los pasos dados que consideraba imprudentes. Y, como haría luego en tantas otras ocasiones, busca el descanso con Krupskaja en la montaña, evita a las gentes, sigue los senderos más agrestes, anda hasta olvidar los libros que lleva en la mochila y pasa días y días *observando las cumbres cubiertas de nieve perpetua, los lagos azules y los saltos de agua. Después de un mes de vivir de ese modo* —comenta Krupskaja— *los nervios*

¹⁰ Un resumen más amplio de esas críticas puede verse en E. H. CARR, *La revolución bolchevique (1917-1923)*, volumen 1, capítulo 2, págs. 41-60 (traducción castellana: Madrid, Alianza Editorial, 1972).

*de Vladímir Ilich se calmaron otra vez. Fue como si los arroyos de la montaña se hubieran llevado las intrigas*¹¹. Esa misma historia se repetiría varias veces más en la existencia de Lenin y constituye en parte una constante de su obrar político: enorme dedicación en la preparación de los congresos, utilización de todos los recursos psíquicos durante los debates, marcha a la montaña y regreso con nuevos ánimos. Tal vez por eso Vladímir Uliánov era tan aficionado en su lucha política a repetir la frase «hay que volver a empezar desde el principio».

El principio, el principio de las nuevas esperanzas, fue en este caso el nueve de enero de 1905, un día que ha pasado a la historia de la revolución rusa con el célebre nombre de “domingo sangriento”. Aquel domingo, en el que cerca de 150.000 manifestantes encabezados por el cura Gapón marcharon desde los suburbios hasta las inmediaciones del palacio de los zares en Petersburgo, testimonia mejor que muchas palabras el arranque contradictorio de la revolución en Rusia. Hasta tal punto que todavía hoy los historiadores siguen discutiendo acerca de las motivaciones de fondo y de los objetivos de aquella gran concentración que terminó con más de un millar de muertos y varios miles de heridos; una manifestación popular en la que se mezclaron los efectos de la desesperación de las masas empobrecidas —*estamos en un terrible momento en el que la muerte es preferible a la continuación de insoportables tormentos*—, la solidaridad de los obreros industriales frente al despido reciente de algunos compañeros, la vigencia enorme que todavía tenían las tradiciones (iconos y retratos del zar alzados por los participantes en la manifestación) con el ascenso de lo nuevo (primeras banderas rojas al fondo de la manifestación) y con la evidente provocación policíaca que tuvo en Gapón su instrumento, su agente o quién sabe si el esquizofrénico sujeto que hace suya una situación verdaderamente sin salida.

La intensidad de los enfrentamientos del pueblo con los poderes del absolutismo seguiría en ascenso durante la primavera a raíz del motín de los marinos del *Potemkin* y alcanzaría su punto crítico en las jornadas insurreccionales de noviembre y diciembre para, después de la represión y de las concesiones del gobierno, conocer un parcial rebrote sustancialmente campesino a principios del verano de 1906. En esos dos años Lenin aprendió muchas cosas y otras tantas cambiaron en su concepción de la revolución, del partido, de las organizaciones de masas, del papel de los campesinos. Si se compara, por ejemplo, su primer comentario apasionado a los sucesos del nueve de enero, escrito tres días después de los hechos en *Vperiod (Adelante)*, el nuevo periódico de los bolcheviques, con sus reflexiones de 1906 sobre el problema agrario, sobre el tema militar o sobre la organización del partido, resulta fácil captar ese cambio. Y se explica, porque entre aquel día en que Lenin, emocionado, confuso y sorprendido, recibió en Ginebra la noticia de la primera manifestación ante el Palacio de Invierno, y las fechas en que empieza a meditar acerca de las causas de la derrota había acumulado una masa de enseñanzas importante para él y preciosa para el conjunto del movimiento en las futuras y decisivas jornadas de noviembre de 1917.

En efecto, su primer artículo sobre los hechos de 1905, *El comienzo de la revolución en Rusia*, no pasa de ser una precipitada mezcla de frases grandilocuentes acerca de «los formidables acontecimientos históricos» que se estaban sucediendo con conclusiones tomadas del análisis de Marx sobre las revoluciones europeas del cuarenta y ocho. Una sola idea se repite allí obsesivamente sirviendo al mismo tiempo de recordatorio y de consigna:

Hay que armarse; sólo el pueblo armado puede ser un verdadero baluarte de la libertad popular, el armamento inmediato de los obreros y de todos los ciudadanos en general, la

¹¹ En *Mi vida con Lenin*, ed. cit., pág. 91 y ss.

preparación y organización de las fuerzas revolucionarias para acabar con las autoridades y las instituciones del gobierno es la base práctica alrededor de la cual pueden y deben agruparse todos los revolucionarios sin distinción alguna para asestar el golpe común.

Demasiada generalidad, como se ve. Y es natural. Pues del simple esquema de que aquella era una revolución similar a las democrático-burguesas de Occidente, una revolución de ciudadanos, y de la interiorización de las orientaciones tácticas que Marx diera a los obreros alemanes en 1850 precisamente sobre su participación en una revolución democrática, tenían que salir en este caso recordatorios y consignas excesivamente abstractos. Los hechos posteriores lo prueban.

En el interior de Rusia, mientras los soviets se extienden, las células bolcheviques tratan de poner en práctica con escaso éxito la consigna del armamento del pueblo. Lenin, que espera consecuencias inmediatas, pierde los nervios y critica a los camaradas que pasan el tiempo en reuniones, haciendo planes, «hablando de bombas durante meses sin elaborar ni una sola bomba». Y en su impaciencia, se lanza a la aventura: concierta entrevistas con Gapón en Ginebra y llega a un acuerdo con él para conseguir armas en Inglaterra, fletar un barco, hacérselas llegar a los obreros de Petersburgo y extender la lucha armada en Rusia. El barco, pilotado por brazos inexpertos y nada revolucionarios, embarranca, las armas se pierden mientras un grupo de bolcheviques espera en vano su llegada en una isla próxima a la frontera rusa... No es casual el hecho de que las páginas en que Krupskaja da su versión de esa aventura sean de las pocas defensivas que hay en su libro de recuerdos¹². Pero esa misma circunstancia sugiere que ni Lenin fue siempre el estratega lúcido que acierta con la medida adecuada en cualquier caso ni los militantes bolcheviques del interior ignorantes incapaces de aplicar las directrices de su jefe.

Cosa esta última que no habría ni que mencionar si no fuera por la proliferación de hagiografía al respecto: el aprendizaje del dirigente no está exento de complicadas paradojas. Algunas de esas paradojas pueden servir para explicar plásticamente la evolución de las concepciones de Lenin durante esos dos años en una serie de puntos importantes. Lenin había aprendido en *su* Marx la naturaleza capitalista del futuro desarrollo económico de Rusia, había aprendido en *su* Marx el necesario carácter democrático-burgués de la próxima revolución, había aprendido en los libros y en los museos las técnicas militares de las clases en lucha durante las revoluciones del cuarenta y ocho, había aprendido de su estancia en varias naciones europeas el talante conservador y vacilante del campesinado. Y de pronto los acontecimientos de Rusia le complican considerablemente ese cuadro: la revolución rusa es una revolución burguesa, pero, contradictoriamente, dirigida por el proletariado *contra* la burguesía (además de *contra* los terratenientes y la burocracia zarista); el campesinado ruso es también vacilante, pero su tipo de vacilación es diferente, en nada parecido a la vacilación de la pequeña burguesía urbana; la técnica militar aprendida resulta indispensable, pero es insuficiente e inadecuada tanto por los cambios que se han introducido en el armamento militar como por las condiciones específicas de la relación entre ciudad y campo en Rusia.

De Gapón, o de alguno de los marinos amotinados en el *Potemkin*, no aprendió Lenin aquello de lo que éstos más solían hablar, las técnicas de la insurrección o las formas de sublevar a los soldados, pero de su conversación con ellos, campesinos de

¹² En *Mi vida con Lenin*, ed. cit., pág. 98 y ss.: «En esta empresa [la aventura de Gapón] Vladimir Ilich veía cómo las palabras se transformaban en hechos, pues los obreros necesitaban armas a cualquier precio...».

origen y que habían vivido entre campesinos, sacó la intuición de que su idea anterior sobre el papel del campesinado en la revolución había sido demasiado abstracta y que el programa agrario del partido necesitaba ser corregido en ese punto. De los militantes obreros de San Petersburgo no tomó Lenin la idea acabada de lo que habría de ser el papel del soviét, pero sus experiencias y reflexiones le obligaron a matizar su propia concepción anterior acerca de la relación entre el partido y las masas, entre la espontaneidad sindicalista y la consciencia socialdemocrática. Estos ejemplos permiten, a su vez, explicar más en general el método, el camino lógico del pensamiento del Lenin revolucionario.

El método de Lenin apenas tiene nada que ver con la actitud del discípulo devoto que se queda en las palabras del maestro (sea éste Marx o Kautsky) para cada caso. Pocos revolucionarios, siendo marxistas, conservando lo esencial del marxismo, han leído a Marx de maneras tan diferentes en función del desarrollo de los acontecimientos que estaban viviendo y de las contradicciones de la realidad que querían transformar. En 1896-1897, cuando está estudiando el desarrollo del capitalismo en Rusia, Marx es para Lenin sobre todo el autor de los dos primeros volúmenes del *Capital*, en 1905-1906 a Lenin le interesa sobre todo el Marx que se ocupa de la evolución de la agricultura norteamericana o el Marx que analiza detalladamente las revoluciones democrático-burguesas atípicas, por así decirlo, de la Europa occidental; en ese momento olvida e incluso tergiversa al Marx de *La guerra civil en Francia*, al Marx que extrae las lecciones de la Comuna de París (y lo tergiversa porque ve en las actitudes semianarquistas de un sector del movimiento puesto en marcha por la revolución de 1905 el principal peligro para el futuro de esa misma revolución). Sin embargo, en 1916-1917 es precisamente este Marx, antes olvidado o tergiversado, el que interesará a Vladímir Uliánov. La lectura de Marx por Lenin no es, desde luego, una lectura académica o profesoral, sino sustancialmente *una lectura instrumental* (con sus peligros, por supuesto) en función de las vivencias políticas correspondientes.

Ahora bien, si nos concretamos a esa fase que se inicia en 1905 puede verse con claridad cómo en el aprendizaje de Lenin la lectura o relectura de Marx es sólo *un aspecto* de la maduración de sus concepciones y qué lugar ocupa ese aspecto en el conocimiento o en la estimación de las realidades ante las que se encuentra. Lenin parte sobre todo de aquellos hechos nuevos y relevantes que complican su esquema anterior, avanza una interpretación general de los mismos y elabora una línea de actuación también general, contrastando opiniones de amigos y adversarios, con la intención de trazar claramente el camino a seguir, el núcleo central de la estrategia (esto es lo que representa *Dos tácticas de la socialdemocracia en la revolución democrática*). Inmediatamente después, y también en función de las necesidades prácticas, empieza a revisar aquellas partes más específicas de su concepción global que considera que han quedado más alteradas por los nuevos hechos; esta revisión la hace, por así decirlo, con un ojo puesto en la realidad rusa e internacional de la época y el otro en las obras de Marx y Engels, subrayando en estas últimas justamente aquellos pasajes que le han pasado desapercibidos en una lectura anterior y que interesan para el tema ahora tratado. Finalmente, cuando la complejidad de la realidad y los problemas que plantea rebasan el marco de las sugerencias de Marx y de Engels al respecto, o entran parcialmente en contradicción con esas mismas sugerencias, acude a la información complementaria bien sea de libros técnicos en la materia, bien sea procedente de la experiencia de otros.

Desde 1905 en adelante, y hasta antes de la Primera Guerra Mundial (que introduce un nuevo y esencial factor en la evolución de las ideas de Lenin), es fácil seguir las diferentes fases de ese camino de aprendizaje en una serie de cuestiones importantes: la caracterización de la estrategia revolucionaria, el programa agrario y la

posición con respecto al campesinado, las funciones del partido político en las nuevas circunstancias, y el problema militar de la revolución. Pasemos a ver cómo desarrolla Lenin cada uno de esos temas.

Cuando el militante o simplemente el lector desinteresado topa por primera vez, sin más información, con el libro titulado *Dos tácticas de la socialdemocracia en la revolución democrática* (escrito por Lenin entre junio y julio de 1905) suele quedarse perplejo. Y la verdad es que no hay para menos: pocos textos de Vladímir Ilich están tan plagados como éste de paradojas y formulaciones aparentemente contradictorias. La primera de esas paradojas brota ya al tratar de caracterizar la revolución en ciernes. Hasta entonces bolcheviques y mencheviques, todos los marxistas rusos, habían coincidido, por encima de sus desacuerdos sobre problemas de organización o sobre aspectos de la táctica inmediata, en afirmar que la revolución en Rusia sería una revolución burguesa. Y ese es, desde luego, el punto de partida de Lenin, subrayado incluso polémicamente contra ciertas minorías que se hacían ilusiones al respecto:

El grado de desarrollo económico de Rusia (condición objetiva) y el grado de consciencia y de organización de las grandes masas del proletariado (condición subjetiva indisolublemente ligada a la objetiva) hacen imposible la absoluta liberación inmediata de la clase obrera. Sólo la gente más ignorante puede no tomar en consideración el carácter burgués de la revolución democrática que se está desarrollando; sólo los optimistas más cándidos pueden olvidar cuán poco conocen aún las masas obreras los fines del socialismo y los procedimientos para realizarlo. Pero todos nosotros estamos persuadidos de que la emancipación de los obreros puede ser obra solamente de los obreros mismos; sin la consciencia y la organización de las masas, sin su preparación y su educación por medio de la lucha de clases abierta contra toda la burguesía, no se puede ni hablar de revolución socialista¹³.

Hasta aquí la tradición, lo sabido por todos, el *abc* del socialdemócrata de la época. Pero nótese ya el matiz: se empieza diciendo que la condición objetiva (esto es, el grado de desarrollo económico) y la condición subjetiva (esto es, el grado de consciencia y de organización del proletariado) determinan el carácter burgués de la revolución democrática, hacen imposible, por tanto, la revolución socialista. Y, sin embargo, se acaba poniendo el acento exclusivamente *en uno de los dos elementos determinantes*: la condición subjetiva, el hecho de que las masas no están todavía lo suficientemente organizadas ni tienen la consciencia requerida para su liberación. A ese matiz seguirán luego las aparentes paradojas: una revolución burguesa para cuya realización el factor decisivo es el proletariado industrial y el campesinado (secundariamente), una revolución burguesa sin la burguesía y parcialmente dirigida contra la burguesía, una revolución burguesa cuya naturaleza de clase viene definida por la fórmula «dictadura democrática revolucionaria del proletariado y del campesinado».

Es natural que ante definiciones de ese tipo y ante fórmulas así el militante no advertido o el lector desinteresado, acostumbrados ambos a pensar con las categorías políticas salidas de las revoluciones burguesas de Occidente, no comprendan y creen ver contradicciones por todas partes. A varios maestros marxistas europeo-occidentales de la época les pasó lo mismo y creyeron ver en aquellas formulaciones mero verbalismo debido a la polémica entre bolcheviques y mencheviques. No obstante lo cual, la apariencia paradójica o contradictoria de esas frases se explica precisamente porque Lenin (como los otros bolcheviques y mencheviques, por lo demás) *está utilizando categorías descriptivas de las revoluciones burguesas europeo-occidentales para*

¹³ V. I. Lenin, *DOS tácticas de la socialdemocracia en la revolución democrática*, Obras Escogidas, tomo 1, pág. 489. En esa edición se basa también la exposición que sigue.

caracterizar una situación distinta, particular. De manera que si se hace el esfuerzo de evitar la comparación con otras revoluciones burguesas europeas anteriores, la línea de Lenin no tiene nada de paradójica, al contrario: describe con cierta exactitud la situación rusa del momento y las posibilidades reales de la revolución en aquellas condiciones.

Pues bien, esa aparente paradoja se va aclarando en el texto mismo de Lenin a medida que se ve precisado a definir su línea polémicamente respecto de los otros grupos políticos y a medida que él mismo va abordando la comparación con las revoluciones europeas: la revolución rusa no puede ser una revolución burguesa *sin más*, como creen los mencheviques, en la cual el proletariado se limite a apoyar a la burguesía liberal en la hora de la toma del poder conservando, en cambio, «las manos limpias» para preparar la revolución que verdaderamente interesa a los trabajadores, la socialista; tampoco puede ser la versión rusa de la Comuna de París de 1871, porque admitir eso significaría «no distinguir claramente entre los elementos de la revolución democrática y de la revolución socialista». «De modo que a los utopistas que pretenden crear comunas revolucionarias» añade Lenin en este punto «habría que contestarles que *la Comuna de París fue un gobierno como no debe ser el nuestro*».

Quedaba, por supuesto, la comparación con la revolución francés? y particularmente con los acontecimientos de 1793 que enfrentaron a girondinos y jacobinos. Esa comparación venía además sugerida por el hecho de que el propio Lenin aceptaba con orgullo la acusación de jacobinismo que solían lanzar los mencheviques a los bolcheviques. Pero en *Dos Tácticas* aclara que ese símil sirve sólo para explicar que, al igual que en el siglo XVIII, también en el siglo XX los representantes de la clase avanzada se dividen en dos alas: la revolucionaria (jacobinos-bolcheviques) y la oportunista (girondinos-mencheviques). «Esto no significa —argumenta Lenin— que queramos en modo alguno imitar a los jacobinos de 1793, adoptar sus concepciones, su programa, sus consignas, sus métodos de acción. Nada de eso».

No hay duda de que para Lenin uno de los objetivos centrales de la revolución rusa era desarraigar del país —del campo y de la ciudad— todos los rasgos característicos del asianismo para elevar a Rusia a la altura de la civilización europea occidental; no hay duda tampoco de que para él tanto el avance como el mantenimiento de la revolución en Rusia seguía dependiendo, entre otras cosas, de la revolución proletaria en Occidente; ni siquiera puede haber duda acerca del origen europeo-occidental de los conceptos que emplea para caracterizar la revolución rusa en ciernes. Pese a todo lo cual no logra encontrar el ejemplo, el modelo de revolución democrático-burguesa europea apropiado para aplicar en el caso ruso. Encuentra, sí, múltiples ejemplos de ese tipo para expresar *lo que no es* o lo que no debe ser la revolución rusa; distingue, contra los extremistas, los grados de democracia burguesa en los países occidentales; recurre, para explicar la posición del campesinado, a la revolución alemana. Pero no puede pasar de ahí. ¿Qué tipo, pues, de revolución democrático-burguesa será la revolución rusa?

Esta pregunta tiene su respuesta cuando Lenin deja a un lado las comparaciones demasiado genéricas, forzadas por la polémica, y entra de lleno en la valoración concreta de las posibilidades de la revolución en Rusia, es decir, en el análisis de los desarrollos previsibles de los acontecimientos en curso. *Primer paso*: «La transformación del régimen económico y político en Rusia en el sentido democrático-burgués es *inevitable e ineluctable*. No hay fuerza en el mundo capaz de impedir esa transformación». *Segundo paso*: Sin embargo, teniendo en cuenta el papel de las fuerzas sociales en presencia, caben «dos cursos, dos formas o dos desenlaces» de esa misma transformación. O bien «una victoria decisiva de la revolución sobre el zarismo», o bien «un arreglo entre el zarismo y los elementos más inconsecuentes de la burguesía». Para

lo primero es necesario que el proletariado y los campesinos encabecen la revolución, consigan la fuerza suficiente para atraerse a la pequeña burguesía rural y establezcan un gobierno revolucionario provisional cuya naturaleza sería precisamente una *dictadura* (en el sentido de que ese gobierno tendría que apoyarse en la fuerza de las armas y en el despotismo para aplastar la también previsible resistencia de los tenatientes, la gran burguesía y la burocracia zarista) *democrática* (en el sentido de no-socialista, esto es, que no tocaría las bases del capitalismo) *del proletariado y del campesinado* (mediante la “unidad de voluntad” de dos clases que tienen a más largo plazo intereses contradictorios). A falta de un término mejor, Lenin utiliza para caracterizar *esta forma, curso o desenlace de la revolución democrático-burguesa* el término de *revolución popular*.

O bien —se decía— «un arreglo entre el zarismo y los elementos más inconsecuentes de la burguesía». Esta segunda hipótesis es, efectivamente, la más probable para Lenin si las fuerzas populares resultan insuficientes, si la revolución popular no llega a realizarse. En cuyo caso —sigue argumentando— el desenlace será una Constitución mutilada o una parodia de Constitución. Para caracterizar esa hipotética situación sigue empleando también el término de revolución burguesa, pero ahora entre comillas como queriendo simbolizar con ellas la significación negativa de ese desenlace. Y añade ratificando esto de manera inequívoca: esa revolución sería «un aborto, un abortón, un monstruoso engendro». Lo más notable de la argumentación de Lenin en este punto es, no obstante, *el tercer paso*, la conclusión que se desprende: «Este desenlace se parecería más o menos al de casi todas las revoluciones democráticas de Europa en el transcurso del siglo XIX y en tal caso el desarrollo de nuestro partido seguirá una senda difícil, dura, larga, pero conocida y trillada». O sea, si la revolución en sentido estricto, la revolución popular, proletario-campesina, no llega a realizarse, si las cosas salen mal, *entonces y sólo entonces* habrá en Rusia una “revolución” “democrática” semejante a las europeas conocidas. O dicho todavía más drásticamente: se aspira, a corto plazo, a una situación similar a la de ciertos países avanzados de la Europa occidental, pero, de darse en Rusia, esa situación sería un aborto, un monstruoso engendro. Tal es la paradoja de Lenin en *Dos Tácticas* motivada por el carácter contradictorio de la revolución rusa en ciernes.

Y esto es así porque en el razonamiento de Lenin operan a la vez tres factores relativamente heterogéneos: las categorías del marxismo “ortodoxo”, el conocimiento de las revoluciones habidas hasta entonces en la Europa occidental y la observación de la radical novedad de los acontecimientos que tienen lugar en Rusia, un país que avanza por la senda del capitalismo conservando al mismo tiempo rasgos propios, particulares, euroasiáticos, cuyo reflejo más patente está en las orientaciones de las clases sociales y en la correlación de fuerzas políticas. Pues bien, operando con esos tres factores la conclusión lógica de *Dos Tácticas* era ésta: una revolución proletario-campesina, no socialista ni burguesa a la manera occidental. Lenin debe haber pensado: una cosa así no existe en ninguna parte ni tiene antecedente histórico alguno. Pero esa conclusión está latente en todo su razonamiento. Está latente en el esbozado concepto de “revolución popular” y, sobre todo, en este interrogante no desarrollado luego en el texto:

Todos nosotros contraponemos la revolución burguesa y la socialista, todos nosotros insistimos incondicionalmente en la necesidad de establecer una distinción rigurosa entre las mismas, pero ¿se puede negar acaso que se entrelacen en la historia elementos aislados, particulares, de una y otra revolución? ¿Acaso la época de las revoluciones democráticas en Europa no registra una serie de movimientos socialistas y de tentativas socialistas? ¿Y acaso la futura revolución socialista en Europa no tendrá todavía mucho que hacer para culminar lo que se ha quedado sin terminar en el terreno de la

democracia?

Si esa lectura de *Dos Tácticas* no es equivocada podría acabarse diciendo que si, por una parte, el excesivo atenerse a la comparación con las revoluciones burguesas de Occidente impidió a Lenin encontrar los conceptos adecuados para caracterizar con exactitud la revolución rusa de 1905-1906, por otra, también la reflexión pormenorizada de la particularidad y de la originalidad de los acontecimientos rusos de entonces le sirvió para adelantar sugerencias de innegable interés acerca de uno de los aspectos centrales de la futura revolución socialista en la Europa occidental, el de la relación entre democracia y socialismo. La guerra mundial haría que la revolución popular, proletario-campesina rusa se transformara, por voluntad de sus protagonistas, en “socialista” y la derrota de la revolución socialista en la Europa occidental dejara pendiente nuevamente e incluso agudizara “lo que había quedado sin terminar en el terreno de la democracia” política.

Fin de una época

Las derrotas suelen exacerbar las diferencias entre los combatientes vencidos. Con el aplastamiento por el ejército zarista de los insurrectos de diciembre de 1905 se iniciaba la fase más difícil y de mayor desorganización de la socialdemocracia rusa: la mayoría de los dirigentes conocidos se ve obligada a tomar de nuevo el camino de la emigración a Suiza, Polonia, París, Capri, Alemania o incluso a los Estados Unidos de Norteamérica y Japón. Casi ninguno de ellos volvería a ver su país de origen hasta 1917. Todavía en un primer momento las concesiones constitucionales arrancadas a la autocracia permitieron alimentar ciertas ilusiones mientras las fracciones bolchevique y menchevique tendían a la reunificación, más —ésta es la verdad— por la inercia de las declaraciones conciliadoras de 1905 que como resultado de un verdadero acuerdo. Pero enseguida las recriminaciones mutuas sobre la actuación de unos y otros en las jornadas de noviembre-diciembre y las diferencias tácticas acerca de la forma en que había que aprovechar la legalidad de la Duma mantuvieron abierto aquel desgarró de 1903 que ya no iba a cerrarse nunca.

A medida que transcurrían los años la división en el seno mismo de la fracción bolchevique añadió un nuevo elemento distorsionador a las anteriores diferencias entre socialdemócratas mayoritarios y minoritarios. Por primera vez ya en 1907 Vladímir Uliánov choca con un grupo comunista a su izquierda dentro de la reducida organización que dirige. Ese grupo, cuya figura más conocida era el filósofo Alexander Bogdánov pero que contaba además con el apoyo o la simpatía de Lunacharski y Gorki, proponía la retirada de los diputados bolcheviques de la Duma (y el boicot a la misma), acusaba a Lenin de mantener en ese punto posiciones muy próximas a las de los mencheviques y, en un plano más general, veía en la concepción leniniana de entonces un exagerado moderantismo contradictoriamente doblado por un voluntarismo que, en su opinión, no estaba nada fundado. Menos optimistas que Lenin sobre la evolución de las posibilidades revolucionarias a corto plazo, los seguidores de Bogdánov habían llegado pronto a la conclusión de que se estaba abriendo en Rusia un largo período de retroceso en las movilizaciones de masas durante el cual, por tanto, la tarea principal de la organización debía ser abandonar las acciones legales y formar cuadros obreros fuera de Rusia. Con ese objetivo instalaron una escuela de formación comunista en Capri (1908-1909) trasladada más tarde a Bolonia.

En esta ocasión, sin embargo, el debate entre las dos tendencias bolcheviques de la socialdemocracia rusa no quedó reducido a las cuestiones de estrategia política o al, sin duda, importante tema de la participación en un parlamento sustancialmente reaccionario, sino que afectó a casi todos los principales temas de la visión marxista del mundo, desde la filosofía hasta la crítica de la religión y desde ésta hasta la consideración del papel de la cultura burguesa y las posibilidades de una cultura proletaria alternativa. Ese debate característico de años de reflujo en la actividad política inmediata o de momentos de acumulación de fuerzas ha sido luego, por desgracia, relegado a un lugar muy secundario por la mayoría de las corrientes historiográficas que suelen privilegiar el tratamiento de las luchas de ideas entre bolcheviques y mencheviques. Pese a lo cual, lo cierto es que en él se prefiguran con rara anticipación algunos de los problemas que habían de ser vitales no sólo para el movimiento obrero ruso sino también para el de la Europa occidental después de 1917. En este sentido el protagonismo de Lenin en la revolución de octubre y su papel como estadista ha oscurecido parcialmente y en cierto modo desvirtuado alguno de los aspectos más interesantes de su enfrentamiento con esa corriente «empiriomonista-boicoteadora»,

como él mismo la llamó.

Las características y la duración de este enfrentamiento, piezas del cual son trabajos tan conocidos como *Materialismo y empiriocriticismo*, *Diez preguntas al disertante*, *Contra el boicot*, *La clase obrera y la religión*, *La actitud del partido obrero frente a la religión*, *Acerca de la fracción de los abstencionistas y los Constructores de Dios*, etc., sugiere en primer lugar la relativa parcialidad de la tesis que identifica izquierdismo político con idealismo en lo filosófico, pues Bogdánov y algunos de sus seguidores defendían un tipo de criticismo de orientación positivista en absoluto asimilable a un hegelianismo y sólo reducible a un idealismo subjetivo con la óptica un tanto inadecuada en ese campo que utilizaba Lenin durante esos años. En favor de éste, no obstante, jugaba el hecho de que el propio Bogdánov hubiera publicado algunas de sus opiniones filosóficas en una recolección de trabajos en la que, junto al suyo, aparecían otros de mencheviques notorios o de dudosos marxistas, factor éste al que se añadía la contradictoria mezcla de opiniones varias que en lo ideológico caracterizó a su grupo «izquierdista».

Pero, pese a esto último, no puede ocultarse tampoco que la posterior crítica del Lenin estadista contra los comunistas defensores en 1908-1909 de la retirada de los parlamentos burgueses o de la abstención de participar en los mismos utilizaba aquella polémica con Bogdánov de una forma más bien unilateral, esto es, como si de la posición del grupo leninista entre 1907 y 1914 pudiera desprenderse el éxito de la revolución de octubre y, por consiguiente, el necesario fracaso de la opción de sus oponentes de aquellos años¹⁴.

La verdad en este caso es más compleja por lo que hace a los aspectos filosófico y cultural del debate y plausiblemente también más matizada en lo político de como la presentaba el propio Lenin en 1920. Su actitud ante el grupo de Bogdánov en relación con temas filosóficos hace sospechar en él un cierto complejo de inferioridad frente a intelectuales que no eran, por así decirlo, «puros» sino, como el propio Lenin, intelectuales directamente vinculados al aparato del partido y a la lucha política revolucionaria. Y en cuanto a la apreciación de la situación político-social de Rusia antes de la guerra mundial no puede descartarse la hipótesis de que la corriente criticista-abstencionista estuviera más cerca de lo cierto que Vladímir Ilich. Dos datos al respecto. *Primero*: la fracción parlamentaria bolchevique en la Duma no parece haber alcanzado ninguna resonancia entre las masas obreras y campesinas durante aquellos años sino que más bien contribuyó a aumentar la influencia de los mencheviques y de los socialistas revolucionarios, como lo prueba la correlación de fuerzas a principios de 1917. Pero es que además aquel grupo parlamentario, al que durante años Lenin atribuyó la misión de crear un nuevo «parlamentarismo social- democrático», distinto del parlamentarismo de los partidos de la burguesía, estuvo durante otros tantos años orientada en parte por la policía zarista a través del agente Malinovski, quien llegó a ser jefe de dicho grupo parlamentario con el apoyo personal de Lenin y a pesar de las sospechas de otros bolcheviques como Nicolai Bujárin. En cualquier caso, parece evidente que sólo después de que se aclarara el turbio asunto de esa infiltración policíaca, en 1914, dio el grupo parlamentario bolchevique en la Duma muestras de una actividad eficaz (particularmente en el momento del estallido de la guerra mundial).

¹⁴ Muestras de esa unilateralidad de Lenin en la reconstrucción de la historia del partido durante estos años pueden encontrarse varias en *La enfermedad infantil del izquierdismo en el comunismo* (folleto escrito en abril/mayo de 1920), *Obras Escogidas*, ed. cit., tomo 3. Véanse sobre todo las págs 369-370. Para el aspecto filosófico de la polémica de V. I. Lenin con los empiriocriticistas debe consultarse el artículo de Manuel Sacristán «El filosofar de Lenin», en *Realidad*, n.º 19, diciembre de 1970.

Segundo dato: Lenin tuvo que acabar reconociendo a principios de 1911 que su valoración de las posibilidades revolucionarias en Rusia era desacertada y que, dada la descomposición del partido y la apatía de las masas obreras y campesinas, no quedaba otra opción que seguir el ejemplo de los partidarios de Bogdánov y dedicar las escasas fuerzas de que se disponía a la tarea de la formación de cuadros salidos del país. En efecto, entre 1907 y 1910 Lenin escribe un artículo tras otro insistiendo en la idea de que un próximo 1905 está a punto de estallar y que, por tanto, hay que tener a la organización preparada para esa eventualidad. Pero el nuevo 1905 no llega; lo que llega en su lugar es la falta de medios económicos para el mantenimiento del partido, las constantes detenciones como consecuencia de la infiltración policíaca en el mismo, la nula respuesta del movimiento obrero ante esas detenciones, los fallos en los contactos con el interior, la inexistencia de canales para hacer entrar en el país desde el extranjero la prensa bolchevique. En una palabra, a finales de 1910 el partido prácticamente no existe ni dentro ni fuera de Rusia. Y con ello se produce una situación dramática de la que hay constancia en los diferentes testimonios de la época: los intelectuales se dan de baja, se pasan al grupo de Bogdánov o ceden al pesimismo generalizado; los profesionales del aparato en el exilio tratan de encontrar algún trabajo manual para sobrevivir y se dan casos de locura producida por el hambre, por la desesperación o por la inhabituación a la nueva vida (Lenin mismo vio morir casi en sus brazos a algún camarada víctima de esa tragedia); varios militantes conocidos, cansados ya de las continuas disputas en la socialdemocracia rusa, deciden dedicar sus esfuerzos al movimiento obrero de la patria de adopción.

En esas circunstancias se produce la crisis política seguramente más importante de la vida de Lenin, a la cual no es ajeno el desprecio que le quedó para siempre de la ciudad de París en la que vivía entonces. En esa encrucijada conoce a Inés Armand, se entusiasma con alguna sonata de Beethoven interpretada por ella al piano, se interesa por ciertos problemas de la vida cotidiana sobre los que no había tenido oportunidad de reflexionar en otros momentos. Pero no logra remontar la cuesta del todo. Son meses durante los cuales Vladímir Uliánov, cuya resistencia había sido alabada por todos los que le conocieron, se siente agobiado por las reuniones tensas y se ve obligado a multiplicar los períodos de descanso: viaja a Capri invitado por Gorki, con la condición de que no se hable de política; se aficiona a las estancias en el mar y recupera la vieja práctica de la excursión a la montaña para reponer las gastadas fuerzas. Sigue escribiendo pero la procesión va por dentro. Comenta: «No veré ya el próximo ascenso de la marea revolucionaria», a lo que Krupskaia añade: *Un año más así y no hubiéramos podido resistir*. Vladímir escribe a Gorki, en abril de 1910:

«Parece que la incongruencia es la nota predominante de la unidad. Eso proporciona buen material para los chismes y las burlas. Es muy deprimente tener que vivir en esta incongruencia, entre riñas y escándalos. Como deprimente es también observarlo. Pero uno no debe dar rienda suelta a su estado de ánimo. La vida en el exilio es ahora cien veces más dura que antes de la revolución; el exilio y las disputas se han convertido en cosas inseparables. De todas formas, las disputas constituyen un asunto menor, simplemente un subproducto del que nueve décimas partes se quedan en el extranjero. Lo importante es que el desarrollo del partido sigue adelante a pesar de las difíciles condiciones actuales»¹⁵.

Si se tiene en cuenta que esa carta está escrita en un momento en el que la

15 La carta a Gorki está recogida por N. Krupskaia en obra citada, págs. 173-174. La opinión de Gorki sobre el estado de ánimo de Vladímir Uliánov durante esos años puede verse en *Lenin por Gorki*, Madrid, Nostromo, 1974, págs. 37-44.

socialdemocracia rusa tocaba fondo y la desmoralización crecía por doquier entre los militantes, se comprende la enorme fuerza de la voluntad de Vladímir Ilich. Durante los años siguientes atisba con impaciencia el más pequeño indicio de que la marea puede volver a subir. Pero los golpes siguen, la recuperación se hace muy lenta. Cuando en octubre de 1911 se suicidan los Lafargue, Lenin, impresionado, no pierde sin embargo la calma ni tampoco la oportunidad de sacar la moraleja didáctica. Comenta: «Si uno no tiene ya la fuerza necesaria para trabajar en el partido debe tener el valor de mirar la verdad cara a cara y morir como los Lafargue». No mucho después los indicios de que la situación va a cambiar se concretan: el movimiento huelguístico rebrota en Rusia. Y Lenin da un ejemplo más de cómo la fuerza de la voluntad puede transformarse en voluntarismo: convoca una conferencia de la organización en Praga (enero de 1912), la convierte de hecho en congreso del partido y da a su fracción el nombre de POSDR (bolchevique) rompiendo definitivamente con los mencheviques, con aquellos hombres a los que en el congreso anterior Rosa Luxemburg había ridiculizado con estas palabras: *Vosotros no os apoyáis en el marxismo; vosotros estáis sentados sobre el marxismo o, mejor dicho, acostados encima.*

Una vez más Lenin sueña con el periódico para toda Rusia y cuando, al fin sale el primer número de *Pravda*, gracias a los buenos oficios de Stalin, parece convencido de que, otra vez, la revolución está a un paso, como si la existencia misma del periódico pudiera romper el muro de las condiciones objetivas. Absoluto convencimiento de estar en posesión de la verdad, voluntarismo que raya algunas veces en la febrilidad y pasión por el periódico como organizador colectivo: tales parecen haber sido, por encima de otras consideraciones, los rasgos que permitieron a Lenin remontar una cuesta que se llevó a muchos otros hacia los abismos de la colaboración entre las clases o al escepticismo argumentado con mayor o menor lucidez.

En varios aspectos, y no sólo en los estrictamente filosóficos, estuvo todavía durante esos años bajo la influencia de Karl Kautsky y de Jorge Plejánov. Lo cual pone de manifiesto la existencia de un desfase entre su interpretación global del materialismo histórico y la línea política que se dejaba adivinar ya en *Dos Tácticas*. Ese desfase se salda con un compromiso que había de tener también, como suele ocurrir, consecuencias para la misma estrategia leniniana anterior a la guerra mundial. Así, por ejemplo, en abril de 1908, o sea, en un momento en el que había decidido pasar ya al ataque contra el grupo extremista de Bogdánov, Lenin defiende calurosamente, las concepciones filosóficas de Plejánov considerando a éste como el único marxista que supo oponerse en Rusia a los revisionistas «desde el punto de vista del materialismo dialéctico consecuente». Pero para establecer esa alianza en lo filosófico con el «oportunismo táctico» de Plejánov, esto es, con aquel mismo Plejánov al que estaba criticando por sus vacilaciones en la revolución de 1905, se ve obligado a identificar como si fueran una misma cosa el revisionismo de los seguidores de Eduard Bernstein con «los nuevos revisionistas rusos» partidarios de Bogdánov, o sea, a la derecha política con la izquierda política. Identificación ésta que, como es obvio, no sólo representa una falsificación desde el punto de vista teórico sino también un error desde el punto de vista político-práctico.

Algo parecido podría decirse con respecto a la actitud adoptada hasta 1914 para con la posición centrista que representaba Karl Kaustky en el movimiento socialista alemán. Cuando, a finales de 1910, Lenin escribe sobre las divergencias en el movimiento obrero europeo y acerca de las particularidades del desarrollo histórico del marxismo, esboza una interesante explicación socioeconómica de fenómenos tan extendidos como el reformismo y el sindicalismo de orientación anarquista; pero, a pesar de que su fuente de inspiración es ya en ese caso Antón Pannekoek, prefiere el

compromiso con los llamados centristas y evita criticar a Kautsky aunque él mismo afirmará luego que en 1910 Kautsky era ya un “oportunista”. Ese compromiso explica también, entre otras cosas, el que todavía en 1913, al ocuparse del problema de las nacionalidades, Lenin siga citando la autoridad del alemán Karl Kautsky contra la polaca Rosa Luxemburg.

No es posible, por otra parte, justificar la relativa instrumentalización de las posiciones de los adversarios que hay en la obra de Lenin durante esos años aduciendo que estaba defendiendo una política de principios sin más o que estaba haciendo una defensa de la ciencia del marxismo para la cual las cuestiones tácticas son secundarias (como, por ejemplo, el oportunismo de Plejánov), puesto que cuando Lenin decidió escribir contra los bogdanovistas (concretamente *Materialismo y empiriocriticismo*) fue *en el momento justo* en que a las diferencias filosóficas entre éstos y él mismo se unieron las diferencias políticas¹⁶.

De manera que, como consecuencia de ese compromiso tácito con el centrismo, durante años el revisionismo de Bernstein fue para Lenin una especie de herramienta apta para su utilización contra *todos sus oponentes*: en 1902, bernstenianos son los «marxistas legales»; en 1905, los mencheviques; en 1908, la izquierda bolchevique...

Muy probablemente esa esquemática visión leniniana del revisionismo tiene su explicación en el hecho de que, como tantos otros socialdemócratas revolucionarios de la época, tampoco Lenin supo ver con claridad hasta 1914 la sustancia real de los infinitos matices del marxismo de la Segunda Internacional. Esto explicaría, a su vez, las reticencias de Vladímir Ilich a la hora de entrar en las polémicas del movimiento obrero internacional de la época, su actitud reservada y misteriosa durante las pocas reuniones de la Oficina Socialista Internacional a las que en representación de los bolcheviques asistió antes de 1914, actitud que contrasta claramente con la desenfundada actividad que le caracterizó después del comienzo de la guerra mundial las conferencias de Zimmerwald y de Kienthal. La afirmación de que hasta esa última fecha no rompió del todo los puentes que le unían a Plejánov y a Kautsky viene confirmada, sin duda, por su reacción al conocer las posiciones de uno y otro sobre el tema de la guerra: primero sorpresa; después una irrefrenable animadversión que le lleva a considerarlos como los peores enemigos en las nuevas circunstancias.

En octubre de 1914, cuando por las referencias de una conferencia que Plejánov había dado en Ginebra se entera de la actitud de éste, partidario de la defensa de la patria rusa en tiempo de guerra, Lenin comenta: «Es imposible creerlo. Eso debe ser un resto del pasado militar de Plejánov». Por entonces los seis diputados bolcheviques en la Duma rusa habían votado ya en ella contra el gobierno, contra la exigencia de créditos extraordinarios para la guerra, adoptando así una actitud contraria a la de la mayoría de los socialistas europeos. Hacia esas mismas fechas Lenin escribe frases igualmente reveladoras sobre la naturaleza de los centristas en la socialdemocracia alemana:

Kautsky es ahora el más peligroso de todos. No hay palabras para describir cuán peligrosos y mezquinos son sus sofismas: con ellos trata de velar lo que los oportunistas dicen con frases más llanas y sencillas. Los oportunistas son un mal conocido, pero el centro alemán, con Kautsky a la cabeza, es un mal encubierto por el agradable aspecto de sus fines diplomáticos, los cuales enturbian la vista, la inteligencia y la consciencia de los obreros. Eso es lo más peligroso de todo.

¹⁶ Las diferentes circunstancias de esta polémica, así como la maduración de la actitud de Lenin respecto de los bogdanovistas, es conocida sobre todo por las cartas a Gorki (25.11.1908) y a Vorovski (verano de ese mismo año), recogidas ambas en N. Krupskaja, obra citada, págs. 151 y ss

Ello no obstante, para comprender plenamente esa compleja evolución intelectual de Lenin y dar así cuenta de su grandeza, de aquello que le sitúa por encima de tantos otros socialdemócratas revolucionarios contemporáneos suyos, hay que añadir un rasgo de su personalidad, patente en la obra de esos años, pero agudizado en gran forma por las circunstancias que motivaron su quehacer como estadista: la rapidez de una intuición política que le permite captar en seguida lo sustancial de las situaciones nuevas y encontrar con igual celeridad la vía de salida de una encrucijada antes de haber hallado los conceptos adecuados para hacer esa intuición inteligible a los demás. Por eso *Dos tácticas de la socialdemocracia en la revolución democrática* adelanta sugerencias y desarrollos sobre la revolución rusa que no tienen su adecuada correspondencia en la teorización posterior de Lenin; por eso la conferencia de Praga, convocada con urgencia y cuya orientación no parece corresponderse con los compromisos teóricos que Lenin todavía mantiene en 1911, adelanta decisiones que sólo algunos años más tarde encontrarán la explicación conceptual adecuada; por eso el alejamiento político respecto del marxismo de la Segunda Internacional es mucho mayor y anterior que su alejamiento desde el punto de vista de la teoría y de la conceptualización de las diferencias.

En cualquier caso, el comienzo de la guerra mundial y los dos años que siguieron sería decisivos para la evolución del pensamiento de Lenin. Agosto de 1914 fue para él el final de una época. En ninguna otra fase de su vida logró combinar de forma más productiva el estudio atento con el trabajo político cotidiano del revolucionario profesional. Desde agosto de 1914 hasta abril de 1917, fecha ésta última en la que vuelve a Petersburgo (entonces Petrogrado), tiene la oportunidad de trabajar casi sin interrupción en los aspectos más fundamentales de la teoría y del programa de un marxista.

En efecto, en esas fechas lee con detenimiento buena parte de la obra de Hegel: resume y anota la *Ciencia de la Lógica*, las *Lecciones acerca de la Historia de la Filosofía*, las *Lecciones sobre Filosofía de la Historia*; consulta varios ensayos sobre temas relacionados con la teoría del conocimiento, se interesa por los filósofos griegos, resume también la *Metafísica* de Aristóteles... E ininterrumpidamente empieza a hacer acopio de libros y artículos sobre el imperialismo con la idea puesta en la urgencia de una interpretación global, popular y asequible, del desarrollo último del capitalismo así como de las causas que han conducido al desencadenamiento de la guerra mundial. Mientras tanto no deja de viajar y de trabajar, hasta quedar en ocasiones exhausto en el esfuerzo, para prefigurar un grupo comunista internacionalista capaz de dar una alternativa al orgullo nacional que se ha apoderado de la socialdemocracia. Y, por último, casi sin solución de continuidad, selecciona los materiales que juzga indispensables para, en función también de las principales preocupaciones que observa entre los bolcheviques, dedicarse a una investigación sobre el Estado desde el punto de vista del marxismo a la altura de los problemas nuevos suscitados por la guerra misma.

Esa intensa dedicación al estudio combinado con la participación activa en la lucha de ideas dentro del socialismo europeo de la época dio sus frutos. Tal es el origen, por ejemplo, de tres de las publicaciones más universales y de mayor influencia entre todas las de Lenin: *La bancarrota de la II Internacional*, *El imperialismo, etapa superior del capitalismo*, y *El estado y la revolución*. La correspondencia de esos tres años con Inés Armand, con Alexandra Kollontai y con otros camaradas ponen de manifiesto los progresos que Lenin estaba haciendo en la interpretación de la realidad en la cual vivía y muestra a la vez cómo va desplazándose su óptica hacia posiciones nuevas. Este desplazamiento, este giro, cuyo arco se acabaría de completar en la primavera y el verano de 1917, es observable igualmente, en sus detalles, a lo largo de la producción leniniana de 1915 y de 1916. La influencia de una lectura reciente de Hegel

está ya en *La bancarrota de la II Internacional*, y parece claro que tanto esta lectura como la acumulación de informaciones sobre el desarrollo del imperialismo o la reflexión sobre ambas cosas tiene resultados varios y positivos en la maduración del pensamiento de Lenin durante esos meses: una idea totalizadora de la dialéctica histórica, un afinamiento en el modo de plantear la relación entre revolución rusa y revoluciones europeas, una considerable extensión del concepto de la libertad y, como consecuencia, un replanteamiento de sus nociones anteriores acerca del vínculo entre democracia y socialismo.

Su idea sobre el carácter de la guerra mundial estaba formada en lo esencial algunas semanas después del estallido de la misma:

Anexionar tierras y sojuzgar naciones extranjeras, arruinar a la nación competidora, saquear sus riquezas, desviar la atención de las masas trabajadoras de las crisis políticas internas de Rusia, Alemania, Inglaterra y demás países, desunir y embaucar a los obreros con la propaganda nacionalista y exterminar su vanguardia a fin de debilitar el movimiento revolucionario del proletariado: he aquí el único contenido real, el significado y el sentido de la guerra presente¹⁷.

Pero son muy pocos los militantes de la II Internacional que comparten entonces esa opinión. Lenin entiende sin dificultad el paso de los oportunistas socialdemócratas de los países beligerantes desde el legalismo de preguerra al nacionalismo extremo con que se comportan en esas fechas. Más trabajo le cuesta, en cambio, explicar la patente evolución de Karl Kautsky y de aquellos otros que, como él, se ganaron un día el título de «marxistas ortodoxos» oponiéndose precisamente al oportunismo reformista.

Más allá de los insultos y de las acusaciones Vladímir Ilich empieza mostrándose muy prudente: lamenta la traición de la socialdemocracia alemana, rebate los argumentos nacionalistas en favor de la participación obrera en la guerra al lado de las burguesías, y levanta acta de que la II Internacional ha llegado a su fin. Es, para él, el final de toda una época. En todos los artículos que escribe, al referirse a la II Internacional añade entre paréntesis las fechas de su principio y de su fin: 1889-1914. Y recogiendo las opiniones de su antiguo adversario ruso, Márto, ahora también combatiente contra la guerra, repite una y otra vez: *Vorwärts* (el gran periódico de la socialdemocracia alemana) ha muerto; la II Internacional ha muerto, Kautsky ha muerto. En seguida ensayará explicaciones plausibles de la bancarrota. El hecho de que el socialismo italiano haya sido la excepción europea a la regla de los sometimientos ante las clases dominantes le proporciona una primera razón: aquellos partidos obreros que, como el ruso y el italiano, expulsaron de sus filas a los oportunistas depurándose a lo largo de años, se mantienen ahora firmes. Sin embargo, la extensión de la quiebra y las mismas vacilaciones observadas en la “excepción” italiana le obligan a buscar explicaciones de mayor profundidad, a ir más a la raíz de las cosas: el imperialismo — argumenta unos meses después— produce beneficios suplementarios a unas cuantas naciones y ese resto del pillaje de los colonizados sirve para corromper al estrato superior de la clase obrera, el cual cede ante la ideología burguesa y genera en su mismo seno a los dirigentes social-nacionalistas.

A Kautsky, quien basándose en su teoría del ultraimperialismo afirmaba la existencia de otros factores en el estallido del conflicto para negar así la naturaleza exclusivamente imperialista de éste y justificar al mismo tiempo el delirio nacionalista de la “defensa de la democracia alemana contra la barbarie rusa”, Lenin le contesta

¹⁷ Así se expresaba en «La guerra y la socialdemocracia en Rusia» (septiembre de 1914). Pero esa misma idea la había expresado ya con anterioridad.

citando a Hegel pasado por Marx: se pueden encontrar argumentos para todo, pero lo que diferencia al sofista (Kautsky) del hombre revolucionario que sigue ateniéndose a la dialéctica histórica es que éste último, además de estudiar los hechos dados en todos los aspectos de su desarrollo, busca la explicación de los mismos en “las fuerzas motoras profundas”, a saber, en el desarrollo de las fuerzas productivas y la lucha de clases.

Las fuerzas motoras profundas, el desarrollo de las fuerzas productivas, la lucha de clases: cosas todas elementales para un marxista y que, sin duda, Kautsky sabía igual que Lenin. Pero la caracterización de cómo operan esas fuerzas es ahora distinta en uno y otro. Inicialmente Lenin no se hacía demasiadas ilusiones sobre la evolución de la guerra y su transformación en conflictos civiles de naturaleza revolucionaria. Al contrario, a finales de 1915 se niega a hacer previsiones al respecto limitándose a señalar que la actitud científica obliga a atenerse a la explicación de la realidad sin intentar sustituir al profeta. Ello no obstante, hay algo que sí está claro para él: la situación en Europa es revolucionaria. Y se arriesga a probarlo partiendo de una enumeración de los rasgos o indicios (no leyes, como se dice a veces) característicos de esas situaciones:

Primero: un estado de cosas tal que las clases dominantes *no pueden seguir* manteniendo íntegramente su dominación, mientras que las clases dominadas *no quieren*, no aceptan soportar por más tiempo esa misma dominación. Esto es, la crisis política de la clase que ejerce el poder. *Segundo*: una agravación, por encima de lo normal, de las privaciones y sufrimientos de las clases oprimidas con el consiguiente aumento del protagonismo político de las masas hasta que éstas llegan a tomar la iniciativa de una acción histórica. Rasgos éstos que Lenin ve perfilados en varios países europeos de la época, pero que sin embargo *no garantizan la revolución*, ya que para que la revolución se desencadene no basta la impotencia temporal de la clase dominante y la mera voluntad genérica de cambio por parte de los trabajadores, sino que es necesario un tercer factor, el factor propiamente subjetivo en la concepción de Lenin, la consciencia y la organización de las clases que ya no pueden soportar más esa situación.

Hay diferencia, pues, una diferencia importante, entre situación revolucionaria y revolución. La guerra acelera, sin duda, la crisis revolucionaria tanto en occidente como en oriente, saca a los protagonistas de la lucha de clases de la normalidad histórica, puesto que aún por debajo de las uniones sagradas y de los pactos interclasistas — argumenta Lenin— aletea la agudización de los conflictos civiles. De ahí, sin embargo, no se pueden extraer predicciones exactas para el futuro: los verdaderos revolucionarios saben «que las revoluciones no se hacen, no se fabrican, sino que brotan de las crisis que han madurado objetivamente, con independencia de la voluntad de los partidos y de las clases». A lo más que puede aspirarse en esas condiciones es a explicar entre los sujetos interesados la actualidad de la revolución, la maduración de la situación revolucionaria, para, desde esa elevación de la consciencia, poder luego abordar las tareas decisivas que el proceso mismo ha de plantear. Tal es para Lenin en ese momento histórico la función de los comunistas¹⁸.

Así y todo, cuando una época toca a su fin, cuando un movimiento de larga historia hace crisis, no basta con entonar la canción funeraria ni con explicar las razones de su degeneración. Tampoco basta con esgrimir los textos del creador de ese movimiento un día aceptados por todos y luego convenientemente arrinconados o limados de sus aristas por casi todos. Vladímir Uliánov sabía eso. Sabía que una nueva Internacional obrera no se podía crear simplemente con críticas a lo viejo o por

¹⁸ La exposición anterior resume opiniones vertidas por V. I. Lenin en varios artículos escritos entre finales de 1914 y principios de 1915, pero sobre todo en «La bancarrota de la Segunda Internacional».

definición negativa con respecto a ello. Por esa razón —comenta Krupskaja— *además de su esfuerzo en el campo teórico, Ilich consideró importante trabajar en la elaboración de una línea táctica alternativa*. Era el otoño de 1916.

Lenin comienza a reflexionar sobre la alternativa por lo más próximo, por lo más urgente: la guerra. Se da cuenta de que incluso en la izquierda revolucionaria de la socialdemocracia, incluso entre algunos de los compañeros en quienes piensa para la tarea de regeneración del movimiento internacionalista, florecen las concesiones al pacifismo ante la crueldad de las acciones militares. Y arranca de ahí para un primer esbozo programático inicialmente centrado en la cuestión militar de la revolución proletaria. Rechaza la consigna de “desarme” y adelanta *reivindicaciones* cuyo objetivo es favorecer la conversión de la guerra imperialista en luchas civiles, de clases, dentro de cada uno de los países imperialistas; reivindicaciones como éstas: oficiales elegidos por el pueblo, abolición de la justicia militar, igualdad de derechos para los obreros extranjeros en los países imperialistas, derecho a formar asociaciones libres para aprender el arte militar. Reformas de instituciones, en definitiva; pero reformas con un contenido abiertamente revolucionario que afecta al punto neurálgico de los aparatos estatales capitalistas.

Frente a quienes hablaban sin más de “revolución” utilizando la palabra como un arma arrojada contra el reformismo, argumenta ahora:

En modo alguno estamos contra la lucha por las reformas. No queremos desconocer la triste posibilidad de que la humanidad —en el peor de los casos— pase todavía por una segunda guerra imperialista, si la revolución no surge de la guerra actual... Somos partidarios de un programa de reformas que también debe ser dirigido contra los oportunistas¹⁹.

Ese primer proyecto de alternativa. *El programa militar de la revolución proletaria*, lo escribió Lenin en alemán y fue uno de sus textos más difundidos entre los revolucionarios europeos antes de los acontecimientos de octubre de 1917.

Ahí está ya el tema central que le ocupa en los meses inmediatamente anteriores a la revolución rusa de febrero: articulación de la lucha por las reformas con la actividad revolucionaria para, sin ceder en la cuestión de principios, no dejar tampoco el campo libre a la extensión, entre las masas agotadas por la guerra, de las consignas, aparentemente realizables dentro del capitalismo, propuestas por aquellos otros que quieren detener el impulso hacia transformaciones radicales.

En ese tema tendría que moverse evitando dos extremos: la defensa en abstracto de la profundización de la democracia existente, esto es, de la democracia burguesa, y la negación demasiado genérica del valor de las conquistas democráticas para abrir el camino al socialismo. Cuando por entonces empieza a trabajar en el tema *estado y revolución* Lenin ocupa, pues, una posición intermedia entre dos coherencias formales: de un lado, la teoría del Kautsky ortodoxo cuya práctica, en cambio, rechaza; de otro lado, el extremismo “izquierdista” de Nicolai Bujárin, de Antón Pannekoek y otros junto a los cuales combate en las luchas cotidianas, pero cuyas conclusiones sobre la cuestión del estado considera semianarquistas.

La práctica, la realidad social, habría de ser también en este caso el elemento resolutorio de las vacilaciones de Lenin en ese punto.

¹⁹ En «El programa militar de la revolución proletaria» (septiembre de 1916). Véase *Obras Escogidas*, ed. cit., tomo 1; págs. 805-806.

El doble poder de la parálisis de los soviets

A principios de 1917 el estado psíquico de Lenin parecía ser excelente: ha conseguido una distribución del tiempo adecuada a sus nervios, tiene un plan de trabajo y de estudios que desarrolla con normalidad, logra regularizar sus sesiones de lectura en la biblioteca de Zurich e incluso dispone de algunas horas al día para pasear con Nadia Krupskaja o acercarse a los senderos de la montaña más próxima; sus desplazamientos motivados por la lucha política contra el oportunismo nacionalista, o por las tensiones entre los bolcheviques, se han reducido facilitándole la tarea de profundizar en los principales problemas que le preocupan y de cuya resolución dependían las líneas generales de la estrategia alternativa que se ha propuesto elaborar: la relación entre imperialismo, monopolios y estado, el vínculo entre revolución democrática y revolución proletaria en la fase del capitalismo imperialista, las lecciones todavía válidas de la Comuna de París. La situación de la economía familiar era entonces mala, como durante los últimos tiempos, pero comparativamente mejor que la de los otros exiliados rusos. Lenin fantasea acerca de las formas de salir de la precariedad evitando el hambre propio y el de los camaradas. En el frente, la desmoralización de las tropas rusas estaba alcanzando cotas elevadas y la política de “paz sin victoria”, popularizada por el presidente norteamericano Wilson, ganaba adeptos.

En el mes de enero, dirigiéndose a un grupo de jóvenes socialistas suizos de orientación internacionalista,

Lenin expone en una conferencia sus opiniones sobre la revolución de 1905. Habían pasado entonces doce años desde el “domingo sangriento”. Ocasión, pues, para el homenaje a los luchadores de antaño y también para la reflexión sobre el futuro. En su exposición, dos novedades con respecto a los análisis anteriores hechos al filo mismo de los acontecimientos: una valoración mucho más positiva de los soviets y la consideración de la huelga política de masas como la particularidad central de las movilizaciones de 1905. Se diría que su análisis se aproxima mucho ahora al que hiciera Rosa Luxemburg en 1906. Pero además de esas novedades hay también en aquella conferencia una corrección importante de su anterior crítica al tipo de gobierno que representó la Comuna de París, el cual es visto, desde la nueva perspectiva, como embrión de la democracia obrera, positivamente, sin reticencias. En lo que respecta a la naturaleza de la revolución de 1905 sigue la línea básica de *Dos Tácticas*, pero acentúa la importancia que tuvieron en la misma los aspectos puramente proletarios: «una revolución democrático-burguesa por su contenido y proletaria por los medios de lucha empleados (la huelga general política) así como por ser el proletariado su fuerza dirigente.»

Partiendo de esa caracterización Lenin esboza las posibles relaciones futuras entre la revolución rusa y las revoluciones europeas propiamente dichas. Pero antes recuerda un rasgo sugerido en otro momento y que nunca llegó a desarrollar del todo en esa época: el lugar intermedio, geográfico-cultural, que Rusia ocupa entre Europa y Asia, hace de la futura revolución rusa un *punte*, una mediación a partir de la cual podría empezar a pensarse en serio en la posibilidad de los estados unidos del Mundo como alternativa global, internacionalista, a la consigna dominante de estados unidos de Europa. Por otra parte, y en lo que hace a lo más próximo, la revolución rusa puede ser el *prólogo*, el punto de partida de las revoluciones europeas, las cuales serán proletarias no sólo por el protagonismo en ellas de la clase obrera industrial, como en Rusia, sino también por su contenido, por la misma maduración de las fuerzas productivas en la

Europa central y occidental.

La revolución rusa como prólogo y como puente, pues. Esa es la perspectiva. Pero Lenin no abandona la prudencia de los meses anteriores: sólo parte de las condiciones para la transformación están dadas; la subjetividad revolucionaria —en su opinión— no es aún suficiente. Por eso concluye: «Nosotros los viejos quizá no lleguemos a ver las batallas decisivas de esa revolución futura. No obstante, yo creo que puedo expresar con seguridad plena la esperanza de que los jóvenes... no sólo tendrán la dicha de luchar sino también la de triunfar en la futura revolución proletaria». Y, sin embargo, tampoco en este caso la revolución esperó a que hubieran madurado *todas* las condiciones.

Un mes y medio después la mitad de los obreros de Petrogrado estaban en huelga. El arranque de la misma se parecía mucho al de 1905: contra las sanciones, contra los despidos. Pero hay elementos nuevos que iban a cambiar el curso de la huelga. El hambre provocado por la guerra impulsó a las masas a asaltar las panaderías, las manifestaciones se multiplicaron al tiempo que aumentaba el número de los participantes en ellas. Tres palabras se imponen: ¡Abajo la guerra! ¡Abajo el zar! ¡Pan! En una semana el poder zarista ha acabado por debilitarse de tal forma que no tiene fuerza para contener a los insurrectos. Una parte importante de las tropas estacionadas en Petrogrado se une a los manifestantes; las manifestaciones pasan gradualmente, casi sin ninguna preparación técnica, a la insurrección. El día 28 de febrero de 1917 la insurrección ha triunfado. Cuatro días más tarde el zar Nicolás II abdica. El gobierno provisional revolucionario, hegemonizado por la burguesía liberal, asume las riendas de la nación. El poder está entre la Duma y los soviets que han resurgido con nueva fuerza.

La primera reacción de Lenin en Zurich, basada todavía en informaciones indirectas, notas de prensa alemana e inglesa, resúmenes de telegramas que llegan de Rusia, es una muestra más de su intuición para las situaciones cambiantes, ante los momentos de anormal agudización de la lucha de clases. Los comentarios favorables de la prensa de los principales países imperialistas le dan una clave para interpretar los hechos. Por debajo del aparente milagro de la liquidación, en el curso de una semana, del enorme poder de los zares, Lenin llama la atención sobre las causas reales de los acontecimientos y los motivos verdaderos de los grupos sociales que han intervenido en ellos, e insiste acerca de la contradictoria amalgama formada, de una parte, por las necesidades elementales de las masas obreras y campesinas, hartas de la guerra, azuzadas por el hambre, y, de otra, los intereses de las grandes potencias imperialistas en combinación con la mayoría de los burgueses y terratenientes rusos. La facilidad con que se ha desarrollado el traspaso de poderes es para él un indicio de la intervención de los embajadores extranjeros y la prueba de que el estado sigue estando sustancialmente en las mismas manos. Ningún milagro, por tanto. Y consecuentemente con ello, ninguna ilusión: *la revolución de febrero es sólo “la primera parte de la revolución”* o bien *“una primera revolución que preludia y favorece la segunda, la que ha de llevar al poder a los proletarios y a los campesinos pobres”*.

De acuerdo con esa estimación de las realidades nuevas, se abriría un período de transición cuyo desenlace ha de ser —argumenta Lenin recuperando la vieja línea— «una dictadura democrática del proletariado y del campesinado». Pero en la recuperación de la vieja línea táctica late ya un contenido nuevo, acorde con los datos que se desprenden de la particularidad del momento. Esos datos son dos:

La guerra, que por su naturaleza imperialista internacionalizará de forma necesaria el conflicto civil ruso nada más empezar a romperse el primer eslabón de la cadena, y la debilidad intrínseca del gobierno provisional existente, el cual, por su dependencia de las otras potencias imperialistas europeas, no podrá aplicar las urgentes medidas

administrativas, económicas y militares que el desarrollo de la misma guerra exige y que la mayoría de la población tiene presentes cuando grita en las calles “pan, paz, tierra, libertad”.

En esas condiciones los soviets, principal y original institución de los obreros, no pueden ser ya sólo órganos para la toma del poder, sino que tienen que ser también embrión del futuro poder, prefiguración del futuro estado.²⁰

Y concluye Lenin su argumentación en este punto:

Por eso la tarea más inmediata será la creación y extensión de los consejos de obreros, soldados y campesinos, con una exclusión necesaria dada la nueva función que se les atribuye: la exclusión de los campesinos acomodados, los cuales por sus propios intereses como grupo social serían en ellos un factor de vacilación y freno.

La novedad principal de la línea que ahí se esboza, formulada por lo demás en términos no muy diferentes a la de 1905, es, como resulta obvio, la ampliación del papel atribuido a los soviets. Ese cambio se explica, en primer lugar, por la revisión del análisis de la revolución de 1905 que Lenin hizo en los meses anteriores y al cual se ha hecho ya referencia. Se explica, en segundo lugar, por la reinterpretación de la teoría marxiana acerca del estado iniciada en polémica con Bujárin por una parte y con Kautsky por otra en el otoño de 1916. En este sentido no puede ser casual el hecho de que la redefinición de las funciones del soviets, sugerida en la tercera carta (11.III.1917) enviada desde Zurich para su publicación en *Pravda*, esté directamente vinculada a la cita de algunos de los textos centrales en que se basa *El estado y la revolución* y, más concretamente, al tema de la destrucción del aparato estatal burgués y su sustitución por otro estado cuya sustancia sería “el pueblo en armas”. La forma misma en que Lenin presentaba entonces la cuestión ratifica la idea de la vinculación de su cambio de actitud sobre los soviets a los estudios teóricos que le ocupan desde unos meses antes.

Pero surge la pregunta: ¿qué deben hacer los soviets de diputados obreros? Deben ser considerados como órganos de la insurrección, como órganos del poder revolucionario, escribíamos nosotros en el número 47 del *Sotsial-Demokrat* de Ginebra el 13 de octubre de 1915.

Este principio teórico, deducido de la experiencia de la Comuna de París y de la revolución rusa de 1905, debe ser aclarado y desarrollado con mayor concreción basándose en las indicaciones prácticas justamente de la etapa actual, justamente de la revolución actual en Rusia²¹.

Así, pues, esas dos primeras razones dan cuenta solamente del principio teórico en el que basa Lenin su revisión. La concreción de su actitud posterior sobre los consejos obreros ha de explicarse, en cambio, a partir de la nueva práctica social y política durante los meses que van desde abril a octubre de 1917. En ella, es decir, en las nuevas condiciones creadas por la revolución de febrero, los soviets son ya, de hecho, un contrapoder, un segundo poder. Ahora bien, como en la concepción de Lenin la dualidad de poderes sólo puede resolverse en un plazo corto, el eje básico de la línea

²⁰ Sigo aquí, en líneas generales, la argumentación desarrollada por V. I. Lenin en las cinco cartas enviadas desde Zurich para su publicación en *Pravda* entre los días 7 y 26 de marzo de 1917 (conocidas luego con el nombre de «Cartas desde lejos»).

²¹ Véase la tercera carta enviada desde Zurich y publicada varios años más tarde con el título de «Acercas de la milicia proletaria», en *Cartas desde lejos* (Obras Completas, tomo 23). Refiriéndose a esta carta, N. Krupskaja subraya con razón que «todo aquel que quiera entender a fondo *El estado y la revolución* debe leerla».

política, que es organizar las fuerzas necesarias para poder derribar el gobierno provisional existente, tenía que pasar por la potenciación y el desarrollo de ese contrapoder.

Pero, ¿qué desarrollo? El de un proceso, contesta Lenin, según el cual los soviets crecen, por así decirlo, depurándose en un doble sentido: *socialmente*, o sea, aumentando la participación en ellos de los obreros, de los soldados (que son en su mayoría campesinos pobres) y de los estratos más bajos de la población rural, al tiempo que se excluye de ellos a las categorías medias y elevadas del campesinado, las cuales son más susceptibles de dejarse influir por las promesas del gobierno provisional burgués; y *políticamente*, es decir, dando desde el primer momento la batalla por dejar en minoría dentro de los soviets mismos a aquellas otras líneas políticas más favorables a una solución de compromiso con el poder oficial, señaladamente a los mencheviques y a una parte de los socialistas revolucionarios.

En la concepción de Lenin el cambio en la correlación de fuerzas sociales y la modificación de la mayoría política dentro de los soviets son factores íntimamente unidos. Pues la formación de nuevos soviets con obreros agrícolas y pequeños campesinos que no venden su trigo, sin dejar entrar en ellos a los campesinos relativamente acomodados, tenía que producir como efecto una variación de la correlación de fuerzas políticas en favor de los partidarios de adoptar medidas extremas y radicales («las medidas más extremas y radicales *dentro de lo posible*» afirmaba el mismo Lenin en marzo). No obstante, lo que diferencia la posición de Lenin sobre los consejos de la de otros revolucionarios comunistas de la época es que éste no absolutizó (salvo en casos muy aislados) la validez de esa organización por sus rasgos externos, esto es, como mera organización, sino que vio en ella uno de los lugares (en Rusia el principal) en que tendrían que resolverse las luchas de ideas características de una crisis revolucionaria. Ello no significa una desvalorización del papel de la espontaneidad y de la autonomía obreras, como se dice a veces, sino el recto reconocimiento de que en toda espontaneidad hay ya una línea política, una orientación, una finalidad de fondo basada en la voluntad y en la conciencia de los grupos que componen una masa aparentemente sin articulación.

Es de toda evidencia que esa idea leniniana de los soviets implica una corrección nada desdeñable de la forma de articular conciencia y espontaneidad quince años antes, en la época de *Qué hacer*, puesto que, entre otras cosas, el partido no es visto ahora como una vanguardia externa al movimiento obrero, sino como una parte del movimiento obrero mismo que se hace vanguardia al confrontar en él sus orientaciones con otras líneas políticas. En ese sentido hay dos rasgos de la actividad de Lenin entre abril y octubre del 17 que llaman poderosamente la atención.

El primero es que la iniciativa central de toda su línea política, la reivindicación de *todo el poder para los soviets*, fue formulada en un momento en el que los bolcheviques eran minoría dentro de ellos y con plena conciencia además de esa situación minoritaria, como se dice taxativamente ya en las *Tesis de Abril*. El segundo, más general, se refiere a la preocupación de Lenin durante todo ese período por que sus iniciativas no sean entendidas como un plan, sino como lo que realmente pretenden ser: reflexiones sobre las posibles salidas a la crisis, las cuales sirvan para la discusión en el partido y en los soviets, de manera que sólo después, en el contraste con otras iniciativas, pueda llegarse a la planificación técnica de aquellos aspectos políticos que realmente lo exigen.

Así y todo, pese a esa evidencia, conviene distinguir la concepción leniniana del soviet de otras de orientación sindicalista o autonomista para evitar un error muy frecuente en la interpretación del pensamiento de Lenin durante este período; error que

consiste en exagerar la orientación libertaria que efectivamente hay en algunos de sus trabajos (sobre todo en *El estado y la revolución*) para ver luego, también exageradamente, un giro oportunista en su consideración de los soviets, un giro mediante el cual, una vez conquistado el poder, volvería a ponerse todo el acento en el papel del partido. Tanto la versión que justifica luego ese giro en base a las nuevas condiciones objetivas (la guerra civil, los problemas de la construcción, el bloqueo internacional, etc.), como la versión que lo anatematiza considerando que hubo en él una traición a los soviets y al autogobierno de los trabajadores, acaban cayendo víctimas de su exageración inicial. Parece necesario, por tanto, detenerse en este punto ya que en él radica probablemente la clave para entender la actitud de Lenin ante la revolución de octubre.

En abril las ideas básicas de la línea política que Lenin propone estaban ya configuradas:

1. La paz para los rusos implica derrocar antes al capital. Por consiguiente, negación de cualquier forma de “defensa nacional revolucionaria” de la patria bajo un poder que sigue siendo en lo esencial imperialista.
2. Ruptura abierta con el gobierno provisional preconizando el paso de todo el poder gubernamental a los soviets.
3. Rechazo de la república parlamentaria como forma de estado y defensa en su lugar del estado-comuna, esto es, de una república de los soviets de diputados obreros, campesinos y braceros articulada de abajo arriba. Ese estado se caracterizaría por “la supresión de la policía, del ejército regular y del cuerpo de funcionarios”.
4. Confiscación de todas las posesiones de los terratenientes, nacionalización de todas las tierras y creación, en las adecuadas para ello, de explotaciones modelo bajo el control de los soviets de diputados de los obreros agrícolas. Al mismo tiempo “fusión de todos los bancos existentes en el país” y creación de “un único banco nacional” controlado también por los soviets.
5. Consideración de la revolución rusa como una parte de la revolución proletaria mundial.

De ahí que el proletariado industrial europeo sea, según Lenin, «el mejor aliado con que cuenta la clase obrera rusa».

Esa formulación, que es en sus rasgos generales la contenida en las célebres *Tesis de Abril*, experimentaría sin embargo varias correcciones tácticas en función de la evolución de la coyuntura hasta las jornadas decisivas de octubre. En tales modificaciones influyó, como es natural, el análisis hecho por Lenin de la correlación de fuerzas sociales y políticas en las sucesivas crisis, pero también las discusiones que tuvieron lugar en el seno del partido y muy particularmente de su comité central, durante esos siete meses. Esas modificaciones podrían resumirse como sigue.

Primer momento. Es la fase más larga y puede decirse que se extiende desde los primeros días de abril hasta mediados de julio. En ella Lenin trata de ir aclarando los puntos todavía oscuros de aquella línea general y, al mismo tiempo, de ir haciendo concreciones particulares de cada uno de sus aspectos sin ceder nada en lo que considera esencial. Tanto las informaciones de que se disponen para esa etapa como los escritos mismos de Lenin sugieren la hipótesis de que éste se dedicó en las semanas siguientes a quitar hierro al programa contenido en las *Tesis de Abril* o, por lo menos, a buscar una forma menos cortante para la exposición del programa de los bolcheviques.

Su enfrentamiento durante esas semanas con el ala derecha del grupo dirigente bolchevique (sobre todo con Kámenev) suele interpretarse como un indicio del giro hacia la izquierda extrema por parte del propio Lenin. Y, desde luego, algunas de las acusaciones lanzadas contra él durante esos días (“anarquismo”, “bakuninismo”, “aventurerismo”, etc.), contribuyen a crear esa impresión. Pero se trata de una impresión inexacta: *la radicalización de Lenin en abril afecta a la cuestión básica, la naturaleza de la revolución rusa en ciernes, y no a la actuación práctica inmediata del partido respecto de la cual preconiza suma prudencia.*

Dos hechos debieron haber contribuido a que se decidiera enseguida por una formulación más moderada de las ideas básicas con que llegó a Petrogrado: las varias manifestaciones en parte organizadas por el gobierno provisional (pero que acabaron desbordando a éste por su derecha), en las cuales se pedía abiertamente la cabeza del jefe de los bolcheviques, y el surgimiento de una corriente de izquierda en el comité bolchevique de Petrogrado orientada hacia un enfrentamiento rápido y decisivo con el gobierno para tomar el poder en nombre de los soviets.

Para explicar esto hay que tener en cuenta algunos datos más. Cuando en marzo Lenin formuló desde Zurich su opinión acerca de las líneas generales de actuación de los bolcheviques mantenía un par de ambigüedades conceptuales importantes: la ambigüedad implícita en el uso paralelo de fórmulas como “primera fase de la revolución” o “primera revolución que preludia la segunda”, y la ambigüedad explícita en la recuperación de la consigna “dictadura democrática del proletariado y del campesinado” que había sido acuñada, como ya se ha visto, para describir el hipotético desenlace positivo *de la revolución democrático-burguesa*. En cambio, cuando lee las *Tesis de Abril* no habla ya de “dictadura democrática del proletariado y del campesinado” y, aunque afirma que no se trata todavía de pasar al socialismo, esboza un tipo de estado alternativo y sugiere un tipo de medidas económicas y sociales que muchos militantes identificaron, efectivamente, con el socialismo, acostumbrados como estaban a relacionar Comuna de París con socialismo y “dictadura democrática del proletariado y del campesinado” con culminación de la revolución democrático-burguesa.

Y así fue justamente cómo, según parece, interpretó la izquierda bolchevique de Petrogrado las *Tesis de Abril*. Más aún: en la fórmula «ningún apoyo al gobierno provisional, desenmascararlo como lo que es, un gobierno de capitalistas» esa izquierda vio un llamamiento a pasar a la ofensiva contra el gobierno y, por tanto, a prepararse para derrocarlo *inmediatamente*. Es muy posible que no fueran ellos sólo quienes interpretaban así las posiciones de Lenin, pero, en cualquier caso, el desarrollo de la VII Conferencia del POSDR (bolchevique), la primera que se celebraba legalmente en el interior, muestra que Lenin prefirió la alianza con el ala derecha del partido (Kámenev) a la interpretación izquierdista de sus propias Tesis. En el informe que allí presentó, el 24 de abril, sobre la situación del momento afirma que sus discrepancias con Kámenev no son muy grandes en la cuestión esencial, esto es, la posición de los bolcheviques respecto del gobierno, y, en cambio, fulmina como “criminales” y “aventureros” a algunos miembros del comité de Petrogrado que habían organizado una manifestación con la consigna de “¡Abajo el gobierno provisional!”.

De todos modos, más importantes que la forma desigual de esas críticas a unos y a otros (por significativa que ésta sea) son las aclaraciones que a lo largo de abril y mayo va introduciendo en la línea general para explicar las zonas ambiguas de la misma.

Ante todo hay que dar por terminada en Rusia la revolución democrático-burguesa, pero el que ésta haya sido concluida no implica que la propuesta alternativa en el sentido de

constituir una república de los soviets signifique la implantación del socialismo “de manera inmediata”. Lo que se proponen los soviets, según esa formulación, es sólo el control de la producción y, por tanto, la denominación “república de los soviets” es otra forma de decir “dictadura democrática-revolucionaria del proletariado y del campesinado”.

A quienes protestan con el razonamiento de que no hay fase de transición entre el capitalismo y el socialismo Lenin les contesta que la «dualidad de poderes existente de hecho en Rusia es algo nuevo en la historia», algo sin precedentes, y que, además, afirmar que no hay fase de transición entre el capitalismo y el socialismo es romper con el marxismo.

En cuanto a las tareas inmediatas, aclara que el reconocimiento consciente de que se está en minoría en los soviets debe ampliarse a la constatación de que en ese momento el proletariado no está todavía lo suficientemente maduro y organizado como para poder plantearse tomar el poder. En consecuencia, se trata, en su opinión, de «echar una dosis de vinagre y de bilis a la dulzona limonada de las frases democrático-revolucionarias» dedicando los principales esfuerzos a la crítica de las tendencias al compromiso dominantes en los soviets, con el convencimiento de que «una labor prolongada de propaganda» resulta ser en esa fase «la tarea revolucionaria más práctica». Nada, pues, de ofensiva inmediata contra el gobierno: profundizar el doble poder existente ha de significar sobre todo acumular fuerzas, organizar y denunciar las vacilaciones tanto del gobierno como de los propios soviets, y, ante todo, esclarecer la consciencia de clase proletaria²².

A principios de junio, en su intervención en el I Congreso de los soviets de diputados obreros y soldados de toda Rusia, Lenin lleva esa presentación moderada de su línea política a un nivel nuevo. De una parte, para explicar que no se trata de ir todavía al socialismo generaliza su argumento sobre la novedad del doble poder en Rusia y afirma que “en ninguna parte del mundo existe ni puede existir durante la guerra un capitalismo *puro* que se transforme en socialismo puro”. La realidad, según eso, no tiene nada que ver con «la triste teoría de quienes aprenden marxismo de memoria»: lo verdaderamente existente es algo nuevo, algo sin precedentes en la historia. La razón de esa novedad, que no es sólo rusa sino también internacional, ha de buscarse en la guerra imperialista, la cual lleva a la muerte a miles de hombres». De otra parte, adelanta la hipótesis, en este caso no argumentada, de que la situación rusa puede hacer que *el desarrollo de la revolución en el país sea pacífico...* Al llegar a este punto, cuando Lenin iba a desarrollar el tema, el presidente del Congreso le interrumpe recordando que su discurso rebasa ya el tiempo establecido. Pero tras un tira y afloja subrayado por aplausos y protestas, el portavoz de los bolcheviques sigue hablando, recupera el hilo de su discurso y ratifica drásticamente: «Sólo hay en todo el mundo un país —y ese país es Rusia— que puede hoy, en un terreno de clase, contra los capitalistas, dar los pasos necesarios para poner fin a la guerra imperialista sin necesidad de una revolución sangrienta»²³.

El ambiente moderado de aquel Congreso de los soviets, hegemonizado por mencheviques y socialistas revolucionarios pudo condicionar sin duda el tono también moderado de la presentación de la línea bolchevique por Lenin. Pero hay otros datos

²² Esa misma idea está formulada, con variantes, en «La dualidad de poderes» (9 de abril) y en «Las tareas del proletariado en nuestra revolución» (escrito también en esas fechas). Se recalca, de todas formas, con más fuerza en el informe central presentado a la VII Conferencia del POSDR(b), como se comprobará consultando *Obras Escogidas*, ed. cit., tomo 2, páginas 40-142.

²³ *Obras Escogidas*, tomo 2, págs. 171-173.

que confirman la posición equilibradora, de centro, que Lenin estaba representando en ese momento. Por ejemplo, la entrada de Trotski y de su grupo en el partido bolchevique. Esa entrada, gestionada personalmente por Lenin y que pese a todos los distingos formales que se hicieron venía a significar de hecho una fusión, fue muy presumiblemente el resultado de un acuerdo entre el centro (o sea, Lenin) y la derecha (o sea, Kámenev) para debilitar a la izquierda considerada por unos y por otros como el principal peligro de desorganización en el partido en aquellas circunstancias. Tal fue, desde luego, la interpretación que de ese asunto hicieron los principales representantes de la corriente de izquierda en el comité de Petrogrado. Y la respuesta de Lenin a sus objeciones, no exenta de cierta ironía, lo confirma parcialmente²⁴.

Segundo momento. A partir de mediados de julio los giros tácticos de Lenin en la concreción de la línea general se hacen más acentuados y sus cambios de opinión sobre ciertas cuestiones básicas de la misma mucho más relevantes. Eso tiene sin duda su fundamento en la aceleración del ritmo del proceso revolucionario, perceptible ya en las primeras manifestaciones obreras de junio pero que se haría particularmente rápido desde comienzos de julio. Los días 3 y 4 de julio una multitud que rozaba el medio millón de personas se manifestó en Petrogrado contra el gobierno provisional enarbolando pancartas cuya consigna dominante era la popularizada por los bolcheviques: “¡Todo el poder a los soviets!”. En esa oportunidad el partido (ausente Lenin de Petrogrado) vaciló por temor a que la participación de los soldados en la concentración convirtiera a ésta en un intento insurreccional prematuro. Lo cierto es que, después de haber desconvocado inicialmente la manifestación, los bolcheviques decidieron al final encabezarla para evitar un desenlace extremo de la misma. Tal actuación concuerda, por lo demás, con las orientaciones tácticas de Lenin que acaban de mencionarse. Pero al día siguiente el gobierno dictaba orden de detención contra el dirigente bolchevique, que tuvo que pasar a la clandestinidad, y clausuraba el periódico *Pravda*. La crisis del poder oficial, por lo demás, empezaba a ser notoria al verse los elementos liberales del gobierno desbordados por los partidarios encubiertos de la restauración de los zares.

Una semana después Lenin argumentaba por primera vez *en favor de retirar la consigna* “Todo el poder a los soviets”. Su razonamiento en este caso es, sin embargo, bastante paradójico. Empieza identificando el sentido de esa consigna con la formulación más moderada que de la misma él había hecho en junio, y pasa a continuación a reinterpretarla: considera ahora que con el traspaso del poder a los soviets se quería indicar la posibilidad de una vía de desarrollo pacífico de la revolución. Pero “pacífico” tiene en esta ocasión para Lenin —que finge polemizar con quienes han visto en esa consigna “otra cosa”— dos sentidos. En primer lugar, este: que ninguna clase podía oponerse al paso del poder a los soviets impidiéndolo. En segundo lugar, este otro: que el conflicto entre clases y partidos adversarios se hubiera dado, «una vez que los soviets se hubieran hecho cargo de todos los poderes», dentro de los soviets mismos y del *modo menos doloroso*, menos violento posible.

No hará falta decir que en esa forma de ver las cosas pasadas hay una parcial desvirtuación de sus propios argumentos anteriores, según los cuales “los soviets no se hacen cargo de todos los poderes del estado existente” sino que son un poder nuevo, distinto precisamente del existente. Pero esa desvirtuación de su pensamiento es ahora inesencial, puesto que lo que Lenin quiere demostrar es precisamente que no hay caso,

²⁴ Una versión extensa y desapasionada de esa cuestión se puede ver en Gerard Walter, *Lenin*, ed. cit., págs. 297-302. Walter reproduce parcialmente el acta de la sesión de discusión de Lenin con el comité de Petrogrado a propósito de Trotski.

que eso ya no es posible: la senda pacífica de la revolución se ha cerrado, los soviets en la forma conocida han fracasado, “son como ovejas conducidas al matadero que ante la cuchilla del matarife balan lastimeramente”. De manera que seguir manteniendo aquella consigna sería engañar al pueblo, “una quijotada”, una burla. Consecuencia: se abre otro camino, no pacífico y mucho más doloroso. De pasada Lenin empieza a esbozar otra concreción de la línea: la única fuerza que puede lograr el triunfo de la revolución es el proletariado revolucionario organizado en nuevos soviets.

Esta otra formulación de la línea la mantuvo Lenin durante todo el mes de agosto, prácticamente hasta unos días después de la sublevación reaccionaria del general Kornilov contra el gobierno dirigido ya por Kerenski. A finales de julio Lenin habla de los soviets en pretérito imperfecto, como cosa pasada, pero adelanta, en cambio, una interpretación más plausible de su temporal fracaso: la correlación de fuerzas hasta entonces favorable en ellos a los partidarios de la conciliación, del pacto con el gobierno y, en consecuencia, de subordinar su poder, el poder de los soviets, al poder oficial.

Tercer momento. En la primera semana de septiembre, valorando el viraje que significa la sublevación de Kornilov, Lenin cambia de opinión por dos veces en el curso de dos días. El día uno de ese mes propone un compromiso de los bolcheviques con mencheviques y socialistas revolucionarios para solucionar la crisis de gobierno abierta. De acuerdo con ese compromiso los bolcheviques harían *una cesión*: volver a la reivindicación anterior a julio (“¡Todo el poder a los soviets!”) ayudando a los otros dos grupos a formar gobierno sin participar en él. El compromiso implicaba además una renuncia temporal por parte de los bolcheviques a “*exigir el paso inmediato del poder al proletariado y a los campesinos pobres*” y el abandono temporal de la vía insurreccional. Vuelta, pues, a la posibilidad anterior: un desarrollo pacífico de la revolución poniendo fin, de forma igualmente pacífica, a las luchas entre partidos en el seno de los soviets. A cambio de aquellas concesiones los bolcheviques obtendrían plena libertad de actuación en los soviets y para su prensa.

En esta ocasión, no obstante, la posibilidad del giro se expresa con interrogantes y va precedida de varias fórmulas dubitativas. Cuarenta y ocho horas después, el tres de septiembre, Lenin sigue con las dudas pero ahora en sentido inverso. «Me digo: quizá sea demasiado tarde para proponer un compromiso. Quizás hayan pasado también los pocos días en que era posible todavía un desarrollo pacífico. Sí, todo indica que han pasado ya».

Pensamientos tardíos quería titular Lenin esa reflexión solitaria desde Finlandia, hecha durante los días —conviene no olvidarlo— en que está redactando *El estado y la revolución*. Como tardías tenían que ser por necesidad casi todas las reflexiones suyas sobre los giros tácticos durante esos días, dado el alejamiento forzoso del escenario de los hechos. El 27 de septiembre uno de los periódicos bolcheviques publicaba todavía, con considerable retraso, la reflexión de Lenin sobre “uno de los problemas fundamentales de la revolución”, precisamente el problema de los soviets, que acaba así: «El poder a los soviets: esto es lo único que podría hacer que el desarrollo ulterior fuese gradual, pacífico y tranquilo, y avanzase a la par de la consciencia de las decisiones de la mayoría de las masas populares, a la par de su propia experiencia»²⁵. Varios días antes de que ese artículo se hiciera público Lenin había escrito las célebres cartas al comité central del POSDR (b) en que planteaba la necesidad y la urgencia de pasar a organizar la insurrección.

Cuarto momento. La conquista de la mayoría por los bolcheviques en los soviets de Petrogrado y Moscú a principios de septiembre fue el hecho determinante, aunque no

²⁵ Véase «Uno de los problemas fundamentales de la revolución» en *Obras Escogidas*, ed. cit., pág. 291.

el único, en la reformulación definitiva de la táctica propuesta por Lenin. En las semanas siguientes, a medida que progresa en la redacción de *El estado y la revolución*, adelanta sugerencias notables sobre el tipo de transformaciones económico-sociales necesarias para la resolución de la crisis, de “la catástrofe que amenaza” a Rusia, probando que el partido bolchevique es en aquellas circunstancias la única organización del país con un programa alternativo. Pero, sobre todo, recupera el hilo central de su ideario del cuatro de abril y desarrolla la concepción de los soviets como nuevo aparato de estado embrionario con capacidad para destruir el antiguo estado y dar forma a unas relaciones entre los hombres más democráticas, antiburocráticas, como una institución, en suma, que «comparada con el parlamentarismo burgués, representa un avance de transcendencia histórica-mundial en el desarrollo de la democracia».

Con una condición: la de que esos mismos soviets lleguen a ser de verdad estado, tomen el poder, pues de lo contrario —razona Lenin— «no tienen nada que hacer y quedan reducidos a simples células embrionarias (estado, que no puede durar mucho tiempo) o meros juguetes. La “dualidad de poder” es la parálisis de los soviets»²⁶.

Desde mediados de septiembre la preocupación central de Lenin pasa a ser el problema de la toma del poder. Un problema cuya resolución favorable para el proletariado depende de las condiciones objetivas pero también de la decisión de los sujetos interesados. Todavía en Finlandia, acumula argumentos en favor de desencadenar la batalla decisiva cuanto antes: la mayoría en los soviets, la mayoría entre los soldados de Moscú, el crecimiento de los votos bolcheviques en las Dumas urbanas de Petrogrado y de Moscú, las patentes vacilaciones del enemigo... Pese a ello advierte: no se trata de fijar de antemano el día ni el momento, “se trata de orientarse en ese sentido”; la organización técnica de la insurrección “depende de la consulta” a aquellos hombres que están en contacto más directo con las masas obreras y con los soldados. Pero el curso de los pensamientos de Lenin ya no es tardío: la imaginación y la voluntad adelantan acontecimientos. Inicialmente encuentra resistencias en el núcleo de dirección del partido que busca aún salidas intermedias; rebate la acusación de “blanquismo”, de estar preparando una conspiración, un golpe de estado. E inmediatamente después establece las condiciones para la insurrección: «no apoyarse en una conjuración ni en un partido, sino en la clase más avanzada, actuar en función del auge revolucionario de todo el pueblo, aprovechar el momento de viraje ascensional de la revolución».

Días después sigue acumulando argumentos: la situación internacional es favorable, la evolución de las acciones en el frente obliga a actuar con rapidez, “hay síntomas de que la revolución va a estallar en Alemania y en Italia”, “se está en el umbral de la revolución proletaria mundial” y, sobre todo, *es posible* organizar técnicamente la insurrección y vencer con las fuerzas que ya se tienen. El 16 de septiembre la preocupación de Lenin se hace obsesiva. El CC del partido no ha tomado en consideración su propuesta. Se impacienta, pierde la calma, escribe alterado: «al ver todo esto, debo considerar que existe una sutil insinuación de la falta de deseo del CC incluso de discutir esta cuestión, una sutil insinuación del deseo de taparme la boca y de proponerme que me retire. Me veo obligado a dimitir de mi cargo en el CC, cosa que hago, y a reservarme la libertad de hacer agitación en las organizaciones de base del Partido y en su congreso».

Organiza el regreso a Petrogrado saltándose las medidas de seguridad habituales

²⁶ En «¿Se sostendrán los bolcheviques en el poder?», *Obras Escogidas*, ed. cit., pág. 429. Ésa es la opinión final y más madura de Lenin sobre los soviets antes del 25 de octubre. El artículo fue escrito a finales de septiembre.

en él. Sin embargo, la evolución de la realidad va más lenta que la voluntad de Vladímir Uliánov durante esos días. El comité central no acepta su dimisión. Lenin tiene que reconocer que se ha precipitado, pero sobre todo acusa a los vacilantes. El 8 de octubre, clandestino en Rusia, empieza a dar detalles acerca de cómo organizar la insurrección armada. El núcleo dirigente del partido se divide en el momento decisivo. Lenin multiplica las acusaciones contra Kámenev y Zinoviev que están dubitativos, exige su expulsión del partido el 19 de octubre, insiste en que se tome la medida el día 22. Y repite una y otra vez: *la insurrección es un arte, demorar la acción es la muerte*. El día 24 sigue insistiendo.

El día 25 de octubre de 1917, a las 10 de la mañana, Lenin escribía, en nombre del Comité Militar Revolucionario del Soviet de diputados obreros y soldados de Petrogrado, el siguiente comunicado dirigido *A los ciudadanos de Rusia*:

El gobierno provisional ha sido depuesto. El poder del estado ha pasado a manos del Comité Militar Revolucionario, que es un órgano del soviét de diputados obreros y soldados de Petrogrado y se encuentra al frente del proletariado y de la guarnición de la capital.

Los objetivos por los que ha luchado el pueblo —la propuesta inmediata de una paz democrática, la supresión de la propiedad agraria de los terratenientes, el control obrero de la producción y la constitución de un gobierno soviético— están asegurados.

Las cosas han salido de un modo muy distinto a como lo esperaban Marx y Engels

El mismo 26 de octubre de 1917 Vladímir Uliánov, al parecer presionado por los miembros del CC del partido bolchevique, aceptó cargar con la responsabilidad de la presidencia del Congreso de los Comisarios del Pueblo, cargo en el que fue ratificado por el Congreso panruso de los soviets reunido en esa misma fecha. Cuando pronunció sus dos primeros discursos en aquel Congreso, uno sobre la paz y otro sobre la tierra, las previsiones hechas a finales de septiembre acerca de las posibilidades de la insurrección se habían cumplido: soldados y obreros habían ocupado el Palacio de Invierno de Petrogrado con gran facilidad, encontrando una resistencia incluso menor que la esperada; el gobierno de Kerenski caía como desplomado sin otra fuerza que la que le daban algunos núcleos del ejército en puntos aislados del inmenso país. De hecho hasta algunos meses después esas fuerzas del antiguo régimen, paralizadas por la sorpresa y por la propia debilidad, no lograrían reorganizarse contra el poder de los soviets provocando la guerra civil. El momento, la oportunidad para la toma del poder había sido, pues, bien elegido de acuerdo con una de aquellas reglas que Lenin consideraba elementales en el arte de la insurrección. Para Rusia empieza una historia nueva marcada, sin duda, por la emulación pero también erizada de enormes dificultades. En la vida de Lenin se abre otra etapa, la del estadista.

Tanto el Lenin estadista como los otros principales dirigentes bolcheviques volverían luego muchas veces su memoria, en ocasiones deformada por las luchas del momento, sobre los acontecimientos de aquellos días decisivos de octubre. En la hora de la discusión del nuevo programa del PC (b) hubo incluso quien propuso discutir qué fecha había que tomar como comienzo de la revolución proletaria rusa. Lenin —y ese es un rasgo muy característico suyo ante la historia— se negó sistemáticamente a que los dirigentes bolcheviques se convirtieran en historiadores de su propia revolución y en 1922, con ocasión del XI Congreso del partido, dedicó una buena parte de sus sarcasmos precisamente a los historiadores. En su opinión, la tarea de los bolcheviques no era mirar hacia atrás sino siempre hacia adelante reservando los esfuerzos esenciales a resolver los problemas pendientes. Pese a lo cual, también él mismo se ocupó de aquellos acontecimientos, aunque siempre con la óptica del político revolucionario que busca en el pasado las lecciones de la historia para el futuro inmediato. Por lo general su versión más repetida al respecto fue ésta: la revolución proletaria rusa sólo fue posible por la feliz coincidencia de toda una serie de hechos favorables, como la evolución de la guerra mundial, el estallido de la protesta campesina contra el gobierno de Kerenski, la desarticulación del ejército ruso, la implantación de los bolcheviques en los soviets y en los principales centros urbanos industriales, las divisiones internas de social-revolucionarios y mencheviques... Esto es, un cúmulo de circunstancias difícilmente repetibles en otra coyuntura y, desde luego, de mucha más difícil realización en cualquiera de los países europeo-occidentales minados entonces por la crisis revolucionaria.

Pero si no se quiere idealizar la concepción de Lenin en este punto conviene añadir que no de todos sus textos hasta 1921 se desprende una visión tan equilibrada de la propia historia. Hay en sus discursos e informes de 1918, por ejemplo, excelentes apreciaciones retrospectivas, sobre la consciencia política de las mayorías y sobre la enorme importancia que tuvo para el proceso revolucionario la capacidad de organización autónoma de éstas. Así en un paso de su informe al VII Congreso urgente

del PC (b): «La República Soviética de Rusia surgió de golpe y con tanta facilidad porque en febrero de 1917 las masas crearon los soviets, antes incluso de que ningún partido hubiera tenido siquiera tiempo de lanzar esta consigna. Ha sido el mismo genio creador del pueblo el que ha creado esta forma de poder proletario». Apreciación ésta que en esa oportunidad le lleva a ser muy cauto acerca de organizaciones aparentemente idénticas a los soviets surgidas de la lucha de clases en la Europa occidental, por lo que contestando a Bujárin, que se había referido a la experiencia de los comités de delegados de fábrica ingleses, quiere dejar constancia de que éstos no son lo mismo que los soviets y añade significativamente: «Crecen, pero aún están en desarrollo intrauterino. Cuando salgan a la luz, ya veremos. No obstante, decir que nosotros regalamos los soviets rusos a los obreros ingleses no soporta si la sombra de la crítica». Nada de exportación de las experiencias rusas, por tanto.

Pero junto a esas muestras de sensibilidad ante la particularidad histórica de la revolución rusa o junto a apreciables destellos de una buena “sociología electoral”, como la contenida en su artículo acerca de “Las elecciones a la Asamblea Constituyente y la dictadura del proletariado”, no es difícil descubrir en el Lenin estadista una cierta glorificación de las excelencias del poder en sí, del poder sin más. En ese mismo artículo citado, sin ir más lejos, después de dar una interpretación plausible de ese hecho a primera vista sorprendente como es el que los bolcheviques se hicieran con el poder desde la situación minoritaria que indica su porcentaje del 25 % de los votos emitidos en las elecciones de octubre (frente al 48% de los socialistas revolucionarios que sumados al 6% de los votos mencheviques constituían la mayoría absoluta), en ese mismo artículo, digo, se puede encontrar a continuación un tratamiento de la relación masas/poder ciertamente inquietante. En efecto, el análisis pormenorizado de la realidad existente por debajo de aquel 25% (mayoría real de los bolcheviques en las dos ciudades más importantes, mayoría en el ejército y, sobre todo, hegemonía absoluta en los cuerpos armados de las capitales o en los frentes próximos a ellas) explica el aparente milagro de la toma del poder. Pero eso —argumenta Lenin— sería insuficiente para comprender por qué razón se mantuvieron los bolcheviques en el poder. He aquí la razón: *arrebatat*, inmediatamente después de la toma del poder, «unas horas después de la toma del poder», y utilizando el instrumento que ese mismo poder representa, *la masa mayoritaria de partidarios que hasta entonces seguían a las otras formaciones pequeño-burguesas* (en especial los campesinos)²⁷.

¡Como si la opinión política, la consciencia, la psicología de masas enormes trabajadas durante lustros por sus propios intereses de clase pudiera cambiar de golpe por el mero hecho del traspaso del poder de unas manos a otras! No era ésa, desde luego, la concepción del poder estatal defendida por Lenin en *El estado y la revolución*. Pero así fue, en parte, la realidad, o al menos ése fue el intento de Lenin en su primer acto como estadista: ganarse desde el poder, antes incluso de que el nuevo estado hubiera empezado a ser construido, a las masas campesinas proponiendo un decreto sobre la tierra literalmente tomado del programa agrario del gobierno derrotado, es decir, de los socialistas revolucionarios. A quienes en aquella histórica sesión del II Congreso panruso de los Soviets le llamaron la atención sobre la contradicción o el oportunismo existente entre, de un lado, derrocar a un gobierno pequeñoburgués y, de otro, aceptar sin más su programa en una cuestión tan esencial como la reforma agraria, Vladímir Uliánov les contesta inmediatamente que «no podemos dar de lado la decisión de las masas populares, aunque no estemos de acuerdo con ella» y que «la vida nos

²⁷ En «Las elecciones a la Asamblea Constituyente y la dictadura del proletariado», trad. castellana, Moscú, Progreso, 1966.

obligará a acercarnos en el terreno común de la iniciativa revolucionaria, en la elaboración de las nuevas formas estatales». ¿Aceptar los mandatos de los gobernados o elevar la consciencia de éstos a los objetivos de la clase gobernante?

Ahí estaba ya la contradicción básica de la revolución de octubre, el problema de *una revolución proletaria en un país de campesinos*. ¿Puede ser socialista una revolución en esas circunstancias? Es posible el socialismo en ese mar de campesinos, de nacionalidades y culturas tan diversas, de abigarrado entremezclarse de formas de producir y de pensar tan diferentes como las de los kirguizes, uzbekos, tadjikos y turkmenos, por un lado, y la del proletariado industrial ruso, extremadamente concentrado en unos cuantos núcleos fabriles, por otro? O más difícil aún: ¿Es posible construir el socialismo en esa abigarrada mezcla de formas de producir, nacionalidades, culturas, religiones y clases diferentes *partiendo encima de la ruina económica*? Se comprende que ante una pregunta como ésta un revolucionario como Bujárin, que había estudiado economía marxista, que buscaba en todo la coherencia lógica del sistema y para quien la realidad tenía que adaptarse a los principios de la teoría, perdiera los nervios y suscribiera aquello de *en interés de la revolución internacional consideramos conveniente aceptar la posibilidad de la pérdida del poder soviético*. Pues ¿no era mejor desistir en Rusia, pasar a engrosar los ejércitos internacionales del proletariado y esperar a que la revolución se hubiera realizado canónicamente en los países avanzados del occidente capitalista?

«Peregrino y monstruoso», contesta Lenin. Pero por segunda vez desde abril de 1917 la izquierda bolchevique le había tomado la palabra. ¿No había dicho él mismo que una vez conquistado el poder los bolcheviques desencadenarían una guerra revolucionaria contra el imperialismo? En efecto, algo así había dicho en los días de preparación de la insurrección al dar respuesta precisamente a la pregunta de si los bolcheviques podrían mantenerse en el poder:

Por último, nuestro partido es el único que, si triunfa en la insurrección, puede salvar a Petrogrado, pues si nuestra oferta de paz es rechazada y no se concede ni siquiera un armisticio, nos convertiremos en “defensistas”, nos pondremos a la cabeza de los partidos de la guerra, nos convertiremos en el partido de guerra más encarnizado de todos los partidos, y libraremos una guerra verdaderamente revolucionaria. Despojaremos a los capitalistas de todo el pan y de todas las botas. No les dejaremos más que migajas, no les daremos más que alpargatas. Y enviaremos al frente todo el calzado y todo el pan...²⁸.

Optimismo de la voluntad. Luego, en 1918, 1919, se impone el pesimismo de la inteligencia. Pero, ¿es posible el socialismo en esas condiciones?

De la misma manera que en abril de 1917, ante la mayoría socialdemócrata de los soviets que comentaba la inexistencia de un partido de gobierno alternativo, Lenin había lanzado el desafío —«¿ese partido existe, es el partido bolchevique!»— entonces recibido con sonrisas autosuficientes por sus adversarios; de la misma manera que en septiembre se había adelantado a sus camaradas proclamando la posibilidad de la insurrección y amenazando con la renuncia a su cargo en el CC si no se cumplían sus orientaciones, así también en 1918, en 1919, no duda en afirmar que, pese a todas las dificultades, pese a la contradicción existente entre la coherencia formal de la teoría y la

²⁸ Tal era la opinión manifestada por Lenin en la carta ni CC del 13 de septiembre de 1917, conocida luego con el título tuc «El marxismo y la insurrección» (*Obras Escogidas*, tomo 2, pág. 400). Parece claro que en ese momento Lenin tenía una excesiva esperanza en el desarrollo revolucionario en Alemania o que exageraba esa hipotética evolución positiva para forzar a organizar la insurrección en Rusia a los miembros vacilantes del CC bolchevique.

ruina económica de Rusia, es posible construir el socialismo. Con varias condiciones, sin embargo. *Primera*: el triunfo de la revolución socialista en occidente y particularmente en Alemania. Pero ésta no puede ser, para Lenin, una condición *absoluta*. Si la revolución socialista no llega a cuajar en la Europa occidental «estamos perdidos» —argumenta—, pero si se condiciona todo a esa victoria ni siquiera cabe discutir sobre el socialismo porque *antes* se habrá perdido hasta la posibilidad misma. Por tanto, mientras el peligro principal sea la ocupación de Rusia por los ejércitos alemanes, sólo hay una salida: la retirada para ganar tiempo, «defender la patria socialista» no mediante una guerra revolucionaria para la que no que existen condiciones, sino mediante una retirada estratégica.

El lenguaje del Lenin estadista empieza a cambiar. “La *patria socialista*”, subrayan con ironía los comunistas de izquierda; “la patria”, en un marxista que ha estado repitiendo durante años, contra reformistas y nacionalistas de la II Internacional, que los obreros no tienen patria. “La *patria socialista*” en un país —objeta la izquierda— en el que hasta el poder de los soviets es ya una pura formalidad, decretos-ley inaplicables en la práctica. “La *patria socialista*”, comentan irónicamente la derecha y el centro de la socialdemocracia alemana para añadir, otra vez citando a Marx, sus argumentos de siempre: la revolución rusa no puede ser sino burguesa, los bolcheviques se han precipitado y ahora pagan las consecuencias volviendo al redil del marxismo ortodoxo; lanzaban acusaciones contra los “socialpatriotas” y ahora ha resultado que los socialpatriotas son ellos mismos. Lenin prefiere subrayar el adjetivo: la *patria socialista*. Socialista, sí. Pero para ello hay que coger el toro por los cuernos, decir la verdad y revisar una vez más la teoría, razonar como el campesino, esto es, con el realismo del estadista, y no “como los hidalgos cervantinos que confunden molinos de viento con castillos”.

De ahí la *segunda condición*: atenerse a los hechos, no soñar, no creer en cuentos. Eso implica para Lenin reconocer de entrada que la historia ha seguido un camino no previsto en la teoría. Al contrario de lo que se pensaba, la revolución socialista ha resultado más difícil precisamente en aquellos países en los que más habían madurado las condiciones económicas para ello: «*las cosas resultaron de modo muy distinto a cómo lo esperaban Marx y Engels*. La revolución en Europa acabará estallando, pero habrá que esperar». Plausiblemente —argumenta— el movimiento empezará con más facilidad en los países “que no figuran entre los explotadores”, no en los países imperialistas, por tanto. La actualidad de la revolución proletaria es un hecho, pero un hecho solamente aceptable si no se entiende esto como una consigna para su aplicación inmediata sino como la caracterización de toda una época histórica que puede ser más o menos larga y sobre cuyas fechas no se pueden hacer previsiones. *La guerra mundial*, concluye Lenin, *ha cambiado el curso de la historia*.

Es muy notable, por la finura de la percepción, lo tempranamente que llegó Lenin a captar la importancia del giro histórico que los años de la guerra imperialista iban a representar. En esa finura de percepción hay, sin duda, el desesperado bracear del hombre que está a punto de ahogarse y trata de salvar la vida, pero también la reflexión teórica del estratega que ha hecho un mal cálculo sobre las fuerzas del enemigo y sabe corregir a tiempo, en la retirada, la evaluación de las propias fuerzas y las del adversario. Ya a principios de marzo de 1918 se encuentran en su obra muestras de ambas cosas cuando analiza el problema central de la revolución rusa, su relación con las revoluciones socialistas en la Europa del capitalismo maduro. Muestra del braceo desesperado: la exageración de la facilidad con que se puede iniciar una revolución socialista en países atrasados (idealizando el proceso mismo de la revolución rusa). «Tan fácil como levantar una pluma», afirma Lenin polémicamente. Pero muestras

también del grado de reflexión sobre la situación en el campo adversario: «En un país donde el capitalismo se ha desarrollado y ha dado una cultura democrática y una organización que alcanzaba hasta el último hombre, comenzar la revolución sin la debida preparación es un desacierto, es un absurdo»²⁹.

Eso significa que «la historia nos ha pegado muy fuerte en nuestras esperanzas» y que, al retrasarse la revolución europea, «nos esperan las derrotas más duras». ¿Qué tipo de socialismo, pues, cabe en las ruinas rusas si no triunfa la revolución en Alemania? Al responder a ese interrogante, pasado ya el peligro de la ocupación por los ejércitos imperialistas, pero todavía con la espada de Damocles de la intervención internacional, y las consecuencias de la guerra civil sobre la cabeza, Lenin piensa que tampoco en este caso son los bolcheviques quienes revisan a Marx sino *la historia, la cual*, al refutar esperanzas elementales basadas en principios centrales de la teoría, *obliga a los hombres que construyen algo nuevo a reflexionar a la vez más acá de Marx y más allá de Marx, por así decirlo*. Más allá de Marx porque éste nada pudo decir acerca de las tareas concretas de la construcción del socialismo en un país pobre, atrasado económicamente y culturalmente, como era la Rusia de entonces. Y más acá de Marx porque, precisamente debido a esos condicionamientos de partida, ni siquiera puede llegarse a la altura de los principios generales, de las máximas jurídicas mediante las cuales aquél caracterizaba la fase de transición desde el capitalismo al comunismo. Y en este sentido podría decirse también que más acá del propio Lenin teórico de la revolución y del estado en septiembre de 1917. Ésa sería a partir de entonces la contradicción central de la construcción del socialismo en Rusia y, por paradójica extensión —consecuencia ella también del desenlace de la guerra mundial— la contradicción central igualmente de la lucha revolucionaria en el occidente europeo. Lucha, esta última, encerrada desde entonces entre los dos fuegos simbolizados por el más acá de Marx que eran las realidades rusas y el más allá de Marx como esperanza derrotada. De un lado, la “revolución contra *El Capital*”; de otro, *El Capital* contra la revolución.

Fruto de esa constrictoria situación ruso-internacional son las *dos* versiones dadas por Lenin del estado, de la política y de la economía del sistema soviético. La primera ampliamente argumentada en sus años de estadista (1918-1921) y la segunda apenas esbozada desde que en el invierno de 1921 la enfermedad le obligó a retirarse parcialmente de las tareas de estadista y, con ello, a ver con un cierto distanciamiento el tipo de estado que se estaba construyendo en Rusia, la situación del movimiento comunista internacional y las “pequeñas cosas” cotidianas de la administración y del partido.

En la primera de esas fases el pensamiento de Lenin se caracteriza parcialmente por hacer de necesidad virtud. En su opinión, si bien el poder de los soviets no cumplía canónicamente con la idea de la dictadura proletaria como fase de transición al comunismo se acercaba a ella. Incluso en el reconocimiento de aquellas medidas, instituciones o situaciones concretas que evidentemente se apartaban del modelo esbozado por la Comuna de París en 1871. Este reconocimiento explícito de la desviación temporal respecto de los principios, al hacer de necesidad virtud, es lo que diferencia sustancialmente el talante intelectual y político de Lenin de lo que luego sería norma bajo el poder de Stalin: la glorificación de todas las necesidades como virtudes. Por ejemplo, Lenin no dice —como se hará luego— que tenga que haber varias fases o etapas previas a la construcción del socialismo porque los rusos las estén pasando, sino

²⁹ Véase el informe político presentado en nombre del CC al VII Congreso (urgente) del PC(b), en Obras Escogidas, ed. cit., tomo 2, pág. 624.

que argumenta más sencillamente y con más verdad: los rusos se encuentran forzosamente en la primera etapa de la construcción del socialismo y probablemente tendrán que pasar por otras en las que no puede hablarse todavía de socialismo propiamente dicho.

Con esa importante salvedad hay que reconocer, sin embargo, que el concepto de “dictadura del proletariado” utilizado en 1918-1919 por Lenin se aparta considerablemente de la versión sugerida por Marx y desarrollada por el propio Lenin en *El estado y la revolución*. Ciertamente es que para justificar esa desviación o, mejor dicho, para ocultar esa desviación emplea argumentos fuertes: no se puede estar a favor de la dictadura del proletariado en la teoría y asustarse ante lo que la dictadura significa de hecho, en la práctica; esa constante división del alma es, para el Lenin estadista, propia de los intelectuales pequeñoburgueses siempre vacilantes y blandos, aunque éstos hayan dado en otros casos pruebas de innegable valentía revolucionaria como Nicolai Bujárin. Pero ese argumento es un adorno polémico. En efecto, cuando a mediados de 1918 se publica *El Estado y la revolución*, Bujárin, entonces principal figura de la corriente de izquierda en el partido bolchevique, comenta la obra muy favorablemente. Lenin, polémicamente, le contesta con un exabrupto, le acusa de quedarse mirando el pasado (a los aspectos libertarios de *El Estado y la revolución*), de no ver el futuro y de olvidar que en aquella obra suya cuando se habla de dictadura del proletariado se hacía referencia también a la “dictadura sobre los obreros corrompidos por el capitalismo”³⁰. Bujárin y la izquierda olvidaban, efectivamente, ese “también”, pero el Lenin estadista parece olvidar que ese “también” no era la sustancia de *El estado y la revolución*, sino que, por el contrario, la sustancia del tipo de poder allí propugnado era la extensión y la ampliación máxima de las libertades para el proletariado como clase.

Esta desviación o deformación es más patente aún en el informe de Vladímir Uliánov titulado *Las tareas inmediatas del poder soviético*, el cual constituye precisamente uno de los trabajos suyos más meditados de este período y en el que intenta definir con mayor concreción el tipo de economía y el tipo de estado existentes en el país. Allí recoge Lenin la formulación de Marx acerca de la dictadura del proletariado, argumenta las razones por las cuales ésta es imprescindible en toda transición del capitalismo al socialismo, y añade: «Pero la palabra dictadura es una gran palabra. Y las grandes palabras no deben ser lanzadas a voleo». Hay que ver, por tanto, qué quiere significarse con la palabra. A continuación recuerda la naturaleza dictatorial de todo poder, de todo estado desde el punto de vista de clase, pasando luego a argumentar, en otro plano, por qué no existe absolutamente ninguna contradicción de principio “entre la democracia soviética (es decir, socialista) y el ejercicio del poder dictatorial por determinadas personas”. Todo el resto de su razonamiento es una identificación de dos cosas, obviamente, distintas: la dictadura del proletariado como forma política, estatal, de la transición de un modo de producir a otro (del capitalismo al socialismo o, dicho con más propiedad, al comunismo) y la dictadura unipersonal de los dirigentes sobre los dirigidos dentro y fuera del proceso mismo de producción. En este último sentido, presentado por Lenin como una concreción práctica del primero (pero que es en realidad una deformación evidente del mismo) tienen que entenderse frases del tenor siguiente: “subordinar la voluntad de miles de hombres a la de uno solo”, “subordinación incondicional de las masas a la voluntad única de los dirigentes del proceso de trabajo”, “subordinación incondicional a las órdenes personales de los representantes del Poder

³⁰ La mera comparación de *El estado y la revolución* y «El infantilismo izquierdista y el espíritu pequeño burgués» (publicado en mayo de 1918) prueba el cambio de orientación de Lenin, forzado sin duda por las nuevas circunstancias, sobre la relación entre los obreros y su estado.

soviético en las horas de trabajo”, etc.

Hacer de la necesidad virtud, pues. *Pero esa necesidad es lo contrario del autogobierno de los trabajadores*, esa necesidad es ya la dictadura *sobre* el proletariado, nada que tenga mucho que ver, por tanto, con el socialismo. Y, efectivamente, en ese mismo texto se revela el origen de una dictadura así entendida, la base material de la deformación de la democracia obrera: el capitalismo de estado, una fase del modo capitalista de producir al que en Rusia no se ha llegado todavía pero al que, según Lenin, hay que tender, puesto que ese capitalismo de estado es “la antesala del socialismo” y conlleva ya elementos propios de la nueva formación social. Modelos del mismo son para Lenin la alta capacidad técnica, el sometimiento del obrero alemán a la disciplina del trabajo, y el sistema Taylor puesto en funcionamiento en las empresas punta norteamericanas.

La forma conservadora y explotadora, causa directa de numerosas alienaciones, que es propia de ese modo de producir y de ese tipo de organización del trabajo, se salvarían en Rusia, tomando un contenido presuntamente revolucionario, gracias al poder de los soviets, gracias a la sobreestructura política. En esa perspectiva, la superación del atraso secular, de la “incultura y de la falta de disciplina del ruso como productor” sólo podría superarse aprendiendo de los alemanes y de los norteamericanos, de la misma manera que el vínculo entre la revolución rusa y la revolución mundial estaría en la enseñanza mutua: los rusos enseñan a los obreros alemanes y norteamericanos el ejemplo del soviets y reciben como enseñanza la disciplina en la producción, la cultura técnica, la organización científica del trabajo. De ahí la fórmula “socialismo = soviets + electrificación”³¹.

El hecho de que aparezcan juntas, en un mismo texto, la teorización degradada de la dictadura del proletariado y la justificación acrítica del capitalismo de estado no puede ser una casualidad. Es la consecuencia directa del intento de construcción del socialismo en la miseria, en la ruina económica. En ello puede verse una muestra más de la valoración unilateral por Lenin de la civilización técnica característica de los países en los que, según la teoría, el socialismo “está maduro”. Pero hay que ver también en esa coincidencia el esfuerzo del estadista, del político práctico, por encontrar la forma de sacar del hambre y de la miseria a miles de campesinos. En cualquier caso, sería erróneo sacar de ahí la impresión de que éste fue el modelo de transición al socialismo en que Lenin pensó siempre. Para disipar esa impresión conviene hacer un par de precisiones. En primer lugar, que ya *antes* de la revolución, *antes* de la toma del poder, Lenin había escrito sobre el capitalismo de estado como antesala del socialismo, aunque entonces confiando una misión, un papel más directamente creador y liberador a los soviets, un papel, por tanto, *distinto* de ese rígido sometimiento de las voluntades de las masas a la dictadura de los dirigentes que se teoriza en 1918. Además, antes de la revolución, concretamente en “la catástrofe que nos amenaza”, relacionaba el tipo de economía característico del capitalismo de estado con la democracia revolucionaria (burguesa todavía). En segundo lugar, que junto al disciplinado sometimiento de las voluntades a la dictadura unipersonal en la fábrica, Lenin habla en 1918 del debate de masas garantizado por las leyes soviéticas, esto es, de la corrección jurídica de los excesos despóticos sobre el proletariado.

Unos meses después Lenin añadiría a ese esquema, como tantas otras veces, la consciencia de la paradoja: hay que atreverse a pensar la aparente contradicción de un

³¹ «Las tareas inmediatas del poder soviético» (artículo escrito en abril de 1918) apareció en el contexto de una situación internacional muy difícil para el gobierno de los soviets en Rusia. Eso explica seguramente el tono desabrido de algunas expresiones.

capitalismo de estado *distinto* de los capitalismos de estado hasta entonces conocidos, un capitalismo de estado que, por así decirlo, se desarrolla bajo la dominación del proletariado en un régimen que ha abolido ya en buena parte la propiedad privada de los medios de producción y en el que los capitalistas y los técnicos o especialistas burgueses ocupan un lugar subordinado, dependiente. La sociedad rusa es, pues, para Lenin un principio de capitalismo de estado que es, a su vez, el principio del socialismo. En cierto modo, ésa es, otra vez, la paradoja de 1905, la paradoja de *Dos Tácticas*. Ratificada también en este caso por la comparación con las revoluciones del occidente de Europa: «*Si tomamos como punto de comparación las revoluciones de la Europa occidental —escribe Lenin— nosotros nos encontramos aproximadamente en el nivel alcanzado en 1783 y en 1871*». Desde el punto de vista político, jacobinismo que aspira, luchando contra la realidad socio-cultural, a realizar los principios de la Comuna de París; desde el punto de vista económico, un plan que ponga a Rusia a la altura de las conquistas alemanas y norteamericanas, para lo cual no hay más remedio que hacer concesiones a los técnicos y especialistas burgueses rusos.

Pero vista con un poco más de distanciamiento la realidad resulta menos virtuosa. En el invierno de 1921 Lenin se siente enfermo. Esta vez no es una simple depresión pasajera como las de 1908 o 1910, sino algo más serio. No logra recuperarse de las heridas sufridas por las balas que le disparara Fanny Kaplan en el atentado de 1918; se toma unas vacaciones que se van prolongando durante algunas semanas; se entusiasma con la idea de ir a Génova para participar en la conferencia de jefes de estado sobre los problemas económicos de Europa. No pudo ir, aunque siguió de cerca la actividad de los representantes soviéticos. En cambio sí pudo redactar y leer el informe político del CC al XI Congreso del PC (b), el día 27 de marzo de 1922. Entre tanto la nueva política económica, presentada como otra retirada estratégica por las numerosas concesiones que en ella se hacían tanto al capitalismo ruso como al capital internacional, seguía su marcha ya con un año de existencia.

Se ha dicho muchas veces que aquel discurso de Lenin en el XI Congreso señalaba el comienzo de una nueva fase en su vida política, la cual quedó inconclusa. Y es cierto. Incluso desde el punto de vista formal, por la construcción del mismo, ese discurso se parece poco a las piezas oratorias del Lenin estadista en otras oportunidades. El hombre que siempre evitaba la anécdota para ir recto a lo esencial, que evitaba las divagaciones propias y cortaba con aspereza las divagaciones de los demás, insiste ahora una y otra vez precisamente en aquel tipo de hechos que en otros momentos le hubieran parecido anecdóticos secundarios. Empieza hablando sobre Génova pero enseguida dice que, pese a ser la cuestión más palpitante del momento, eso no es lo esencial ni va a ser el centro de su discurso. Y ya en el segundo párrafo empiezan los sarcasmos sobre la situación del país, sobre la política que se está haciendo, sobre el estado que se está construyendo. Más que un informe ese discurso parece, por su tono coloquial y por su contenido, una confesión. Y, efectivamente, la palabra “confesión” es la que Lenin utilizó aquel día.

Una confesión en la que a lo largo de las casi cuarenta páginas que ocupa el texto escrito se repite cinco o seis veces esta frase: “*Hay que volver a empezar desde el principio*”. Y otras tantas esta otra: “*Hay que ponerse a estudiar*”. Una desagradable confesión —dijo Lenin en aquella oportunidad— necesaria para salir de una situación de estancamiento. La crítica, o la autocrítica, tiene como objeto directo el funcionamiento de la administración en el plano de la economía, la aplicación de la nueva política económica, pero alcanza al conjunto del aparato estatal y en primer lugar a los propios funcionarios del partido. Ninguna concesión, en cambio, a los socialdemócratas de la II Internacional que se jactaban de haber predicho las catástrofes

que se avecinaban en Rusia. Para éstos, que traicionaron la revolución en sus países y dedicaron sus principales esfuerzos a criticar a la república de los soviets acusándola de “dictadura omnímoda”, tiene Lenin las palabras de desprecio de otras veces. Pero al mismo tiempo no deja de subrayar la importancia que adquiere el escuchar las críticas de los enemigos de siempre, porque, efectivamente, “la historia da muchas vueltas” y no puede descartarse el que poder de los soviets “acabe convirtiéndose en un vulgar poder burgués”.

Esa autocrítica enlaza, desde luego, con anteriores alusiones de Lenin al peligro de burocratización del aparato estatal. Pero en 1922 no se trata de alusiones: la sociedad rusa se halla en una textura sin precedentes en la historia, «ha saltado de los raíles del capitalismo y no ha entrado aún en los nuevos raíles» porque no puede existir todavía una base socialista. El capitalismo de estado y su concreción en la nueva política económica constituye ahora para Lenin solamente “una exploración” a la que el gobierno de los soviets se ve obligado por el hecho de que los clásicos del socialismo no pudieron decir nada sobre eso. Y, sin embargo, el obstáculo para llegar al socialismo no está únicamente en la base material de la sociedad, entendida ésta en un sentido económico estrecho, sino que hay que buscarlo también en las bases espirituales, en la formación de los hombres. De ahí brota la pregunta central del informe: “¿Qué es lo que falta?” A juicio de Lenin, *falta cultura, capacitación, instrucción*.

Tampoco es la primera vez que dice esto. Pero a diferencia de otras ocasiones, al hablar de la falta de cultura e instrucción, no se refiere al pueblo en general, a las masas, sino a los dirigentes, a los miembros del partido comunista, a los principales funcionarios: «No toda la clave está en el poder político, sino en saber dirigir... en los hombres, en la selección de los hombres». De donde concluye: «Sólo podremos gobernar si sabemos expresar con acierto lo que el pueblo piensa. Sin esto toda la máquina se desmoronará». Una importante rectificación, como se ve, de su idea sobre la relación entre masas y dirigentes expresada en el Congreso de 1918. Ya no se trata del “sometimiento incondicional de las masas a la dictadura unipersonal de los dirigentes”; al contrario, se trata de que los dirigentes sean capaces de captar e interpretar el pensamiento de los ciudadanos, esto es, del campesinado y de los obreros.

La cultura y la instrucción: éstas serían las banderas bajo las cuales libraría Lenin en los meses siguientes el último combate de su vida³² en el partido. No es fácil decir con precisión hacia dónde se orientaba ese combate que el progreso de la enfermedad y el intento de desplazar a Stalin (ya secretario general del partido), conspirando a espaldas de los médicos y del comité central con la colaboración de familiares y secretarías, acabarían convirtiendo en tragedia. Pero sí es posible señalar, en cambio, algunos de los puntos necesitados de rectificación según el último Lenin.

En primer lugar, acentuación de la particularidad histórica de la revolución rusa respecto de todas las revoluciones europeas anteriores. Esa acentuación no implica la aceptación de la crítica según la cual “Rusia no estaba madura para el socialismo”, sino la confirmación de que es posible *llegar al socialismo por un camino distinto del previsto*, “con ciertas correcciones absolutamente insignificantes desde el punto de vista de la historia universal”. Implica, en cambio, *una rectificación de la estructura orgánica de los partidos comunistas de la Europa occidental*, de los métodos de actuación y del contenido de la labor de los mismos, todo lo cual —según palabras de Lenin en el IV Congreso de la Internacional Comunista— “ha estado supersaturado de espíritu

³² Sobre este punto, aquí sólo esbozado, puede verse: MOSHÉ LEWIN, *El último combate de Lenin*, Barcelona, Lumen, 1970 (para la reconstrucción histórica de los últimos meses de vida de Lenin) y CARMEN CLAUDIN, *Lénine et la révolution culturelle*, Mouton, Archontes, 1975 (para la noción de cultura en el último Lenin).

ruso”.

En segundo lugar, cambio del centro de gravedad de las tareas de la revolución rusa. Ese centro de gravedad se situaría en la lucha por superar la “incultura semiasiática”, dominante en el país, a través de una “*revolución cultural*” que Lenin entiende como toda una fase histórica nueva. Elementos de esta segunda rectificación serían: el reconocimiento autocrítico de que la necesidad de utilizar a los especialistas burgueses, pagándoles sueldos muy superiores al medio de un obrero, ha sido una de las causas esenciales de la persistencia en lo fundamental del viejo aparato estatal; la propuesta de modificación de la composición de los órganos centrales del poder; la exigencia de introducir un cambio en las relaciones entre el partido y el aparato estatal; y, finalmente, la búsqueda de un nuevo tipo de relaciones entre ciudad y campo³³.

Lenin tuvo a lo largo de su vida tres obsesiones: el partido, la insurrección y la revolución cultural. Para esta última obsesión suya sólo le quedó tiempo de encontrar una vieja consigna, repetida constantemente a lo largo de las páginas que pudo escribir en los últimos meses de su vida: *estudiar*. En el sentido siguiente:

«Estoy convencido de que debemos decir no sólo a los camaradas rusos sino también a los extranjeros que lo más importante del período en que estamos entrando es estudiar. Nosotros estudiamos en sentido general. En cambio, los estudios de ellos deben tener un carácter especial para que lleguen a comprender realmente la organización, la estructura, el método y el contenido de la labor revolucionaria. Si se logra esto, entonces, estoy convencido de ello, las perspectivas de la revolución mundial serán no solamente buenas sino incluso magníficas».

³³ Tales son los temas de los cuatro últimos artículos de Lenin escritos entre enero y marzo de 1923.

Bibliografía

La literatura sobre Lenin traducida al castellano es ya muy extensa, pero desigual: se han publicado, sobre todo en los últimos años, numerosos textos de interpretación o valoración de su pensamiento y escasas fuentes de información sobre su vida. Desde este último punto de vista son de consulta obligada:

Nadeshda Krupskaja, *Mi vida con Lenin*, Barcelona, Madrágora, 1977 (que abarca la vida de Lenin desde 1894 hasta la revolución de octubre) y Gerda y Hermann Weber, *Crónica de Lenin (Datos sobre su vida y su obra)*, Barcelona, 1975).

Una biografía completa (aunque desigual según los períodos) es la de Gerald Walter, *Lenin*, Barcelona, Grijalbo, 1967.

Valoraciones de la evolución del pensamiento de Lenin hay muchas más. Un buen resumen introductorio de su trayectoria es el del historiador inglés Christopher Hill, *La revolución rusa* (cuyo título original es *Lenin y la revolución rusa*), Barcelona, Ariel, 1967. El cual se puede complementar con las sugerencias de interés que proporciona E. H. Carr en *La revolución bolchevique (1917-1923)*, volumen 1, Madrid, Alianza Editorial, 1972 (texto notable además por el conocimiento de las fuentes).

Desde el punto de vista de la valoración de determinados aspectos del pensamiento de Lenin o de algunas de las etapas del mismo se pueden consultar también: Georg Lukács, *Lenin (la coherencia de su pensamiento)*, Barcelona, Grijalbo, 1970. Este libro de Lukács, escrito en 1924, es una de las primeras interpretaciones globales del pensamiento de Lenin y su lectura tiene un doble interés: el conocimiento de la evolución de la obra de Lenin y la comprobación de la madurez intelectual del joven Lukács.

Roger Garaudy, *Lenin*, México, Grijalbo, 1970 (una sencilla y aguda clarificación de los varios momentos del hacer político de Lenin en relación con sus estudios filosóficos).

Rudi Dutschke, *Lenin (Tentativas de poner a Lenin sobre los pies)*, Barcelona, Icaria, 1977. Éste es un libro escrito desde las preocupaciones más apremiantes del marxismo occidental de hoy, felizmente alejado de toda beatería leninista y que, a pesar de perder en muchos momentos el hilo del discurso, adelanta sugerencias o hipótesis de notable valor al reconstruir el pensamiento de Lenin sobre la revolución.

Walter, *Lenin*, Barcelona, Grijalbo, 1967. Para los dos últimos años de su vida hay que consultar el excelente libro de Moshé Lewxn, *El último combate de Lenin*, Barcelona, Lumen, 1970.

Carmen Claudin-Uriondo, *Lénine et la révolution culturelle*, Mouton, Archontes, 1975 (próxima publicación en castellano por la Editorial Anagrama).